

La niñera de la mafia

Ana Luzardo



Image not found.

Capítulo 1

1: Premio al impulso de idiotez

Esta mañana mi don de la impuntualidad me jugó a favor: no voy a llegar a tan mala hora como otros lunes; aunque para decir verdad, hasta yo me he cansado de esta rutina estúpida de llegar tarde los días de inicio de semana laboral. Pareciera que algún ente sobrenatural tratara de ubicarme donde debo estar, poniendo en mí la torpeza. No sé si son las hormonas propias de una adolescente cliché, pero siento que debería estar en otro lugar haciendo otras cosas; no sé si con otra gente. Claro, luego recuerdo mis deseos más profundos y me miento a mí misma diciéndome que debo estar en alguna parte del mundo dibujando los sueños de la gente.

—Voy tarde — digo exasperada a Regina, la clásica rubia y mi mejor amiga del secundario, que trae su desayuno en manos.

—Te despedirán —advirtió tomándose el paso.

—Eso dice siempre —dije rodando los ojos.

Mi jefe, el Sr. Marshall me ha puesto muchísimos ultimátum pero nunca cumple. Tengo una gran mancha en mi currículum por llegar tarde los lunes. Pero es que no es culpa mía, sino de ese estúpido reloj despertador que no cumple con su trabajo. La tienda de Victoria Secret, se manifiesta ante nuestros ojos. Sí, trabajo ahí, no obstante no soy del todo una bomba sexy. Soy más bien lo último que encontraron.

—Buenos días —susurré viendo al jefe parado en la puerta.

—Buenas tardes, querrás decir —dijo en su tono malhumorado de homosexual frustrado.

—Oiga, lo siento, es que la alarma....

—No aguantaré más excusas. Ya tienes un remplazo, así que puedes recoger la poca dignidad que tienes y marcharte —bufó el hombre que salió a toda prisa dejándome ahí, con la boca abierta y Regina con su blusa cubierta de mostaza.

—Vamos por otro para ti, yo invito. Ya encontraremos otro trabajo —mi amiga me puso la mano en el hombro y me guió, empujándome hasta la

tienda de comida.

— Y ahora, ¿cómo pagaré la escuela de arte?

—Sabes que yo...

—Ni hablar —le advertí, siempre se ofrece para pagarme las cosas. Su familia tiene una gran fortuna, pero nunca pregunto por ella. De hecho, ni los conozco.

—Está bien, pero busca otro trabajo. Tal vez de camarera —señalo el local, pero con mi gran falta de atención a los detalles, seguro me despedirían. Tengo memoria de pez.

—Solo me faltaba... —y entonces, recordé algo.

— ¿Qué? —Regina me miro con el seño fruncido.

—Es el empleo en el que más he durado, un año para ser exacta. Comencé medio tiempo cuando estaba en el colegio.

— ¿Y eso qué?

—Que me debe una liquidación —la rabia se me subió a la cabeza, aparte de que me humillo, no dijo nada de lo que me corresponde.

—Oye, Mónica... —comenzó a decir, pero ya yo estoy caminando, casi corriendo hacia la tienda. Se me deben muchas explicaciones.

A penas siento a Regina detrás de mí y no presto atención, porque cuando llegue a mi destino, no pasó más allá de la puerta. La oficina del <<jefe>> está al final de un pasillo largo y oscuro. No obstante, al llegar a la puerta solo sentí una voz profunda y con un acento italiano.

— ¿Así que no me vas a dar lo de este mes? Robert...

—Yo.... —comenzó a decir, tiene un hilito de voz nervioso.

— ¿Tú? —Inquirió la voz— ¿Sabes lo que pasaría si me quedas debiendo y no pagas?

—Te pagaré el próximo mes, éste y el que viene.

De repente, hubo un silencio, uno perturbador, seguido de unos pasos, unos que vienen hacia.... La puerta se abrió y un hombre bastante guapo, con boca carnosa, ojos verdes profundos y nariz respingada está haciendo

sonar su zapato ante mi cara. A pesar de ser hermoso, es espeluznante.

—Así que ¿qué tenemos aquí? —me hizo señal para que pasara y renuente e intimidada le obedecí.

— ¿Quieres mandar un espía a la policía?-El señor Marshall lo miro, parece confundido.

—Yo no....

—Es una niña y pones su vida en riesgo. Pero qué irresponsable —ahora la mirada del hombre está sobre mí.

¿Mi vida? ¿Pero en qué está metido Marshall? Me hinche de valor o más bien de impulsos estúpidos y exclamé —: Óyeme, —clave mis ojos marrones en el hombre— Yo no sé qué te traes con éste. —Le lance una mirada despectiva a mi ex jefe— Pero conmigo no te metes, mi nombre es Mónica, no niña estoy aquí de pura casualidad y en busca del dinero que este hombre me ha negado. Así que a mí me sacas del paquete, —me puse a su altura, subiendo ligeramente en las puntas de mis pies. El hombre me observa con una ceja levantada mientras agrego —: Niño.

Hubo un minuto de silencio y una atmósfera fuerte entre el chico y yo. Marshall nos mira temblando desde la parte trasera de su escritorio marrón claro. Y así como así, el hombre soltó una carcajada.

—Tienes agallas, chica. Acompáñame.

Lo mire estupefacta.

—No voy con usted a ningún lado.

Él se encogió en hombros y me tomo en brazos. Comencé a patalear mientras salimos por la puerta de atrás para aparecer en un callejón. Justo a mi derecha está una limusina negra esperando.

— ¡Qué me sueltes, imbécil! —expresé a los cuatro vientos, una y otra vez. Arañe y mordí, pero el hombre no se inmuto. Y entonces, me metió en la parte de atrás del auto.

— ¡Esto es un secuestro! —grité tantas veces como mi garganta me dio. Pero estoy sola en un auto desconocido, con aquel hombre hermosamente temible y Dios.

— ¿Adónde me llevas? —pregunté entre un grito y un paro cardíaco, pero no obtuve respuesta. Pienso en mi madre, solo somos ella y yo. Sé que se

preocupará si llego tarde. En Regina y en qué hará cuando no salga.

¿En qué te metiste?

Y así como arrancó, el auto se detuvo. La puerta está cerrada, probé abrirla en el camino. No obstante el hombre le abre y me ofrece ayuda para bajar. ¿Pero qué...? ¿Tiene la cara de ofrecerme su mano para bajarme?

— ¿Dónde estamos?

—Solo baja, Mónica —separo en silabas mi nombre.

—No bajare sin saber dónde estoy.

—Estás en la casa en la que trabajaras —dijo rodando los ojos, en un gesto que me recordó a Regina.

— ¿En dónde? —Frunzo el ceño—, ¿quién eres?

—Serás la niñera de Mileto Cappone.

¿Cappone? ¿Ese no es el apellido de la principal mafia del estado? Si no es del país.

Capítulo 2

2: El lobo se viste de seda

Al comprender la gravedad del asunto, no he podido hacer otra cosa que quedarme paralizada. ¿A caso estos tipos me mataran y no encuentran nunca ni mis cenizas?

—Entonces ¿vas a quedarte ahí? —preguntó el italiano mirándome con impaciencia.

— ¿Tengo opción?

—No —dijo encogiéndose en hombros y halándome por la mano. Intenté hacer parecer que es demasiado brusco. Ya de pie, me doy cuenta de que estoy frente a una casa bastante grande. Hay pilares blancos en frente, cuatro para ser exactos; los mismos sostienen un porche con pisos en madera. Luces en neón lo iluminan, haciéndolo parecer elegante. La puerta principal, es grande y doble, aunque la pared, está pintada igual que los pilares. Puedo ver que la persona que le decoro, se esforzó bastante.

—Yo...

—Tu madre pensará que fuiste con tu amiga de viaje. Mi hermana te prestara de su ropa vieja y...

¿Quién se cree éste para manejar mi vida? Siempre he pensado, que solo Dios y yo, podemos mover los hilos invisibles y el grafito que escribe mi destino. Nadie va a venir de buenas a primeras, a decirme que debo hacer. Yo solo puedo asegurarme de que todo vaya bien, o mal, pero siempre como tiene que ir.

—Hey —me puse a su altura—, tengo ropa en casa para ponerme y créeme que no necesito ropa vieja. Aparte, no he solicitado trabajo en ninguna palabra que te he dicho. Solo he pedido irme de aquí.

—Bien —se encogió en hombros. Comienzo a pensar que es su gesto más utilizado o un tic nervioso—. Entonces, te arriesgaras a perder la vida.

— ¿Cómo?, ¿qué dices? —exclamé sin dejar notar la inseguridad que labró en mí.

—Robert ya te cree trabajadora de nuestra familia —dijo despreocupado— Y él, bueno... No es quién crees. Ya se debe saber en los bajos fondos que

tú eres un nuevo punto débil en la familia. Te intentaran sacar información y como sabes...

—Deja de meterle miedo a la nueva amiga, Connor —articuló con calma un hombre de cabello entrecano que baja las elegantes escaleras con un paso seguro. Esas escaleras que me voy percatando, están ahí. Él fuma un tabaco y lleva un traje con su corbata celeste a juego con sus ojos.

—Padre —dice con respeto el joven, este ha de ser... ¡O por dios!

—Así que esta es la señorita de la que me hablaste por teléfono —me examina de arriba hacia abajo, sosteniendo su habano en la boca—. Se ve con carácter, sí.

—Escuche, señor, yo no...

— ¿Te hablaron de la paga? —pregunto el hombre, sacando una chequera y un bolígrafo del saco.

—Señor, yo solo deseo retirarme —pero entonces, el hombre me mostró un cheque con el cual los ojos se me salieron de las orbitas.

Nunca me ha importado el dinero. Sin embargo con esto podré pagar la escuela de arte y ahorrar. Lo consideré un poco, pero al mismo tiempo pensé en mi madre. De igual manera, la concentración en cualquier elección va y viene, ya que los hombres los hombres me miran expectantes.

—Yo no sé si sea conveniente...

—Patrañas —dijo el hombre poniendo su brazo en mis hombros. Connor, quien me entero es su hijo, endureció la mirada—, te acostumbraras. Las empleadas aman trabajar con nosotros, somos buenos jefes.

—Pero, debo pensar bien las cosas, mi madre...

—Protegeremos a tu madre —dijo Connor en tono severo.

—Le mandaremos una cantidad diaria —ambos parecen desesperados. No comprendo bien porqué, aunque en ese instante, se escucha algo rompiéndose arriba, algo como una placa de yeso cayendo del techo.

El señor mayor cierra los ojos y respira profundo, al tiempo que Connor masculla —: Muchacho del demonio.

Un pequeño de cabello castaño y ojos cafés, asoma la cabeza por el hoyo del techo con una sonrisa de suficiencia. Afortunadamente, cayó cerca de

la puerta y no en nuestras cabezas.

— ¡Mileto! —se hoye la voz de una mujer, supongo su madre, saliendo de uno de los arcos del vestíbulo, que cual tiene una araña de techo en medio, los suelos en mármol y las paredes en madera forradas con obras de arte. Justo a la izquierda hay un arco y a la derecha, que es de donde proviene la voz, también. Los pasos ligeros se hacen nada y ante mi tengo a una razón para helar mi sangre.

— ¿Regina? —pregunto con asombro y a ella parece que se le hubiese aparecido el fantasma de la ópera.

Regina, viste una camiseta color rosa con cuello en “V”. La compré con ella o eso creo. Trae unos pantalones holgados y zapatillas de hacer ejercicio.

— ¿Mónica? —preguntó atragantándose con el nombre.

—Oye, las preguntas las hago yo. ¿Qué demonios? pensé que eras mi amiga ¡Que no había secretos! ¿Y ahora me sales con esto?

—Tiene carácter —oigo que susurra el señor mayor a Connor.

—Ni que lo digas —respondió a mis espaldas.

Entonces, me doy cuenta de que Connor sabe quién soy, de que no estoy aquí siendo desconocida. Me doy la vuelta y evitando sentirme intimidada por su puesto en la mafia, lo examino con la mirada.

— ¿Tú sabías que la conocía?

Connor hace un gesto con la mano para restarle importancia —: Soy el perro guardián de mi hermana.

— ¿Tu hermana? —me vuelvo hacia Regina, que está intentando contener sus lágrimas.

Me siento herida, traicionada y engañada. Sin embargo, quizá y me vi venir un silencio de su parte. Yo le confié todo y quizá aunque no le pregunté, debió habérmelo contado desde el principio.

—Primor —oigo decir a su padre, mientras ella guarda silencio mirando los patrones abstractos del mármol—, luego puedes hablar con ella sobre sus... Cosas de chicas, pero ahora, estamos hablando de negocios.

— ¿Negocios? —preguntó Regina mirándome extrañada.

—Sí, negocios que veo que podré aceptar.

Quizá me arrepienta, pero caí por donde caen los soñadores: por las oportunidades que puede brindar el dinero. Ya mi madre se las arreglará sin mí, o bueno con su novio y sin mí. Últimamente la casa es frecuentada por Janson, un hombre que conoció en el área de comestibles de un supermercado.

—Magnífico, justo lo que necesitaba —El hombre hace un gesto a una de las mujeres de servicio, aunque más bien parece una autómata.

Regina me mira sin comprender la situación. Por lo que veo aquí es una sumisa de su padre, pero en la calle es una chica distinta ¿Tiene dos personalidades? Ve ira en su mirada, una que puede ser capaz de derretir el suelo. Su pie resuena en la habitación, tal vez por ansiedad ¿De qué? No lo sé, pero ahora mismo estoy mirando justo lo que ella: la nada.

Sin esperarlo, el chico que apareció en el hueco del techo viene bajando las escaleras, con la autómata de la criada.

—Aquí viene el niño Mileto, señor —dijo la mujer quedándose parada al pie de la escalera.

—Lo siento. —susurra Regina y yo creyendo que era por la discusión, la hundo al mar con la mirada. Sin embargo, cuando el niño toca el suelo, comprendo mejor el porqué de sus palabras.

—Así que tú eres la mujerzuela que va a hacer el intento de no desaparecer en dos días. —se mofa el chico.

— ¿Que yo qué? —pregunto mirando al pequeño niño con el pelo hacia atrás y trajecito, un clon de Connor.

—Ya sabes, irte del mapa en un abrir y cerrar de ojos por... —busca la palabra— ¿Causas misteriosas? —Comenzó a reír— Mira, te aclaro que no he desaparecido a Cecilia por ser mi hermana —señalo a Regina— Pero contigo... —toco su barbilla, pensativo.

— ¿Cecilia? —una nueva cosa que adjuntar a los secretos de la mujer que está a mi lado. Esta que ahora desconozco.

—Sí —dijo Connor—. Lamento decirte, que tu amiguita no es quién crees —agregó esbozando una sonrisa. Como si no lo supiera ya.

Regina, o Cecilia, como quiera que se llame, me lanzan una mirada cargada de disculpas. Intento aislar ese tema y concentrarme en el chico

de unos doce años que, ¿me está amenazando de muerte?

—Niño... —comencé a decir, pero levanto un dedo para callarme.

—Mileto.

—Niño —dije manteniéndole la mirada—, no te he conocido bien. No he comenzado a trabajar, ni mucho menos sabes mi nombre para que vengas a hacer falsas expectativas. Podemos ser amigos.

Los hombres me miraban maravillados.

—Fantástico —dijo el señor mayor—. Betzabeth —llamo a la criada que apareció por el arco a la izquierda—, llévala a su nueva habitación. Ya Cecilia hablara con ella mas tarde.

—Pero padre... —refuto la rubia con rapidez.

—Más tarde, dije —advirtió el hombre en post amenazante y en seguida, ella guardo silencio.

—Sígueme, señorita —me exigió la muchacha a la cual obedecí.

Es una morena con ojos color miel un poco saltones. La seguí por un amplio pasillo que también consta de paredes en madera y suelo en mármol. Aunque éste está un poco más alumbrado.

—Betzabeth —probé con su nombre.

— ¿Dime?

— ¿Cuánto duró la ultima niñera de Mileto?

Ella bajo la mirada, parece compadecerse por mí.

—Era agradable. —dijo finalmente y continúo con su camino.

¿Agradable? ¿Era? Al parecer hay algo aquí que se me oculta. Claro, aparte de quizá toda la vida de alguien en quien creí poder confiar. Pero bueno, al parecer debo estar alerta. Creo que seguí los pasos de caperucita, solo que no soy tan tonta como para dejarme comer del lobo.

—No respondiste mi pregunta —dije siguiéndola por una puerta transparente y corrediza.

—Un mes. Luego decidieron buscar lo más fuerte. Y bueno, llegaste tú.

Estamos en una estancia pequeña, pero esta, está mucho más iluminada. Hay un juego de cuatro sillones grandes rojos y una mesa para el té en medio. Me doy cuenta de que al parecer, toda la casa sigue el mismo patrón: techos en yeso, piso en mármol y paredes de madera. En un pasillo, al fondo, puedo divisar una pequeña cocina y mesa de comedor. De esto, hay tantas puertas como luces.

—Esta es la sala del personal. Aquí se reúnen los trabajadores de la casa, tenemos una pequeña cocina al fondo. La última a la derecha, es tu habitación —dijo dirigiéndose a un pequeño estante, que me percato está a mi izquierda y saca unas toallas me pasa un juego de seis con una sonrisa amable y agrega—: Bienvenida a la familia de trabajadores de los Cappone.

No sé que esperar, aparte de terminar muerta. Pero igual le devuelvo la sonrisa y me dirijo lentamente a la habitación. Abro la puerta y me consigo con una cama grande y mullida, un pequeño escritorio junto a la ventana y un closet pequeño con dos puertas.

Me lanzo a la cama con un cobertor turquesa y miro el yeso, evitando dirigir mis cavilaciones a la traición de quien creí mi amiga. Pienso en mi madre y su preocupación, pero también pienso un poco en mí. Sé que este niño no sabe con qué se ha topado y que quizá, ni se imagina el carácter que puedo tener. Puede que triunfe a pesar de todo, en un empleo en el que, prácticamente llegue a la fuerza.

Capítulo 3

3: Un contrato con el diablo

He estado aquí por más o menos doce horas y no he dejado de pensar en la preocupación de mi madre. Ya son horas de la noche y aunque sea mentira que tengo hambre, no tengo otra excusa para estar sentada en la sencilla mesa rústica de la cocina del ala de servicio.

Es pequeña y su espacio, en su mayoría, está ocupado por la mesa. Sin embargo, pegada a la pared, se encuentra una cocina eléctrica de cuatro hornallas. Los utensilios de cocina están a un lado; en una serie de gabinetes vidrio un tanto extraños, que dejan ver su interior.

Mi madre ya me debe haber preparado la cena. Debe estar en el sofá esperando a que abra la puerta para pegar el grito al cielo, ya que mi hora de llegada es a las cinco y media de la tarde. Pero esta vez no, ahora no llegaré tarde ni temprano, simplemente no llegaré.

Juego con mi vaso de leche, estoy un tanto preocupada porque no sepa de mí. Sé que la haré recostarse y no pegará un ojo en toda la noche. También sé que cualquier sonido la hará pensar que soy yo entrando a casa. Al igual que sé, que probablemente por la mañana ya haya una búsqueda de equipos SWAT por todos los Estados Unidos y papeles con mi cara por aproximadamente, nueve mil kilómetros a la redonda. Aunque no sé muy bien donde me encuentre, sé que no me encontrarán a menos que el señor Cappone así lo desee. O la otra opción, un tanto perturbadora, es que mi cadáver sea encontrado flotando en el río.

Por lo menos, mi madre tendrá que poner un plato de comida menos a la mesa. No obstante, le dejará de entrar el dinero extra por mis pequeños intentos de empleo. Aunque el señor Cappone prometió pasarle una cantidad al mes. Así que creo que quizá está mejor sin mí y aspiro madurar un poco sin ella.

Después de todo, los hijos siempre les agradeceremos a los padres preocuparse por nosotros. Sin embargo, también le agradeceremos infinitamente soltar el cordón de la sobreprotección, antes de hacernos unos autómatas dependientes. Creo, que mi madre no entiende mucho de lo último y también que el que su hijita haya cumplido la mayoría de edad, le tiene los pelos de punta.

No tengo tanta experiencia en esta área de los «Trabajos para adolescentes». Porqué la verdad, mi amor hacia los niños es igual que el de Hitler a los judíos, bueno... Ya saben lo que paso con eso. Siempre he buscado trabajos comerciales, más no domésticos, buscando tal vez, evitar denuncias en mi contra. Eso del amor sumado con mi paciencia, es igual a un gran desastre en potencia.

Tengo la habilidad de explotar como un fosforo: Con el más mínimo roce. La pintura me ha ayudado a canalizar eso. Solo que deje de hacerlo por ser tan caro para mi madre pagar una escuela de arte.

—Así que ¿Cómo se siente la nueva adquisición de la familia? —una voz que conozco me estremece, así que volteo. Connor esta recostado en el arco de madera que hace como entrada al comedor.

—Uh, no lo sé, así como que... ¿Secuestrada? ¿Enjaulada? —digo levantándome. Él es la razón por la que estoy aquí.

— ¿Enjaulada? —Su tono se vuelve más conciliador mientras se acerca a una silla a mi lado, la toma y se sienta en ella— ¿Cómo un ave?

—Más o menos —sisee—. Siempre me ha gustado volar.

— Volar ¿eh?

— ¿Es que acaso no me escuchas? —dije acercándome un poco más a su cara.

—No, es solo que yo conozco algunas formas de hacerte volar —esbozó junto con esas palabras una sonrisa picara, mientras yo siento como la sangre se concentra en mis mejillas.

Pero no, no puedo darle el gusto de hacerme sonrojar. No puedo perder el juego de las miradas, aunque la de él acabara derritiendo mis murallas y a mí en el proceso.

—Sí, sé que conoces unos cuantos boletos de avión —intenté decir con indiferencia alejándome de él.

—No, nena. Aunque también puedo hacerte volar en un avión. O en su baño, como tú prefieras.

— ¿Cómo me dijo? —Le dirijo una mirada de odio, mientras la de él es de descaro— Vuelve a decirme nena y tendrás que ir por un doctor de...

—Connor se encogió en hombros antes de terminar.

—Son tan predecibles las mujeres y sus frases. Pero bueno, — se levantó negando con la cabeza— creo que quedará en veremos esa negociación,

nena.

—No tienes derecho a decirme así —me levante de golpe.

—Y tú, no tienes derecho a decirme que hacer o decir. —dijo encaminándose por el pasillo. Por encima de su hombro, masculló secamente—: Mi padre te espera arriba, tienes que firmar el contrato y sin decir más se fue. Me dejó ahí medio confundida, pero con una tarea pendiente.

Betzabeth, que apareció en la cocina minutos más tarde. Me guió hacia la oficina del señor Cappone. Saliendo del ala de empleados, subiendo las escaleras, a la derecha y justo en frente, en lo que parece un tapón. La muchacha se voltea a mirarme y luego, toca dos veces la madera.

Para mi sorpresa, lo que ahora sé es una puerta corrediza, se abre y deja ver una lujosa oficina con una araña en el techo, pisos rojos —primera vez, que veo que cambia el patrón del suelo en esta casa— y muchos estantes con libros. En medio, hay un escritorio de vidrio en forma de ovalo, el cual está hecho un desastre con tantos papeles encima. Y justo detrás con unos anteojos y un bolígrafo en mano, está el señor Cappone.

—Puedes retirarte, Betzabeth. —la muchacha asiente y me deja sola. Sola con el lobo.

Haciendo a un lado mi nerviosismo e intimidación, me tomé el atrevimiento de sentarme en una de las sillas. Aunque no pareció importarle mucho.

— ¿Me mando a venir, señor Cappone?

—Dime Misael, Mónica —por alguna razón, que diga mi nombre me causa un estremecimiento, pero lo disimulo con una sonrisa. Él dejó escapar un suspiro y me pasó lo que estaba examinando.

—Es el contrato y... Lo que asegura la confidencialidad —dijo dudando un poco al decir eso ultimo.

— ¿Confidencialidad?

—En este mundo —me dijo con mirada penetrante— no puedo permitirme confiar en nadie. Pero desde luego —levanto una ceja—, si puedo permitirme callarlos.

— ¿Puedo leerlo? —dije tragando en seco, pero sin denotar emociones de pánico y aunque no sé nada sobre leyes o contratos, si sé que debo leer lo

que firmo.

—Por supuesto.

Me tome mi tiempo, miré hasta los errores de impresión en la tinta. Pero nada, absolutamente nada, capto mi atención o alarmo mis instintos. Así que tome el bolígrafo plateado, con texturas de rombos negros minúsculos y puse mi firma estilizada en ambos documentos.

—Perfecto —dijo el hombre tomando los papeles—, comienzas mañana. Puedes retirarte.

Mañana, comienzo mañana.

Salí de ahí con eso en la cabeza y una presión en el pecho.

¿Qué si me arrepiento de firmar ese trato? ¿Qué si firme un trato con el diablo?

Capítulo 4

4: Comprobando la brutalidad Cappone

Lo que no entiendo muy bien, es porque un pequeño niño de doce años necesita aprender a disparar. Sin embargo, aquí está Mileto Cappone: sostiene un arma y apunta a un blanco de goma, mientras un hombre sombrío, de traje y ojos oscuros le corrige: la postura, el pie y la altura del arma.

Estamos en el jardín de la casa. Es espacioso y lo verde del pasto te invita a rodar en él. Hay uno que otro árbol de sombra y cuenta con un vivero pequeño de paredes y techos transparentes, que se asemejan al vidrio. Pero, la preciosidad se rompe por la muralla que recorre el horizonte y limita la vista. Un gran muro de concreto se extiende a lo largo y ancho de los alrededores de la casa y su monótono gris, no hace más que entristecer el paisaje.

Me pregunto si hay cocodrilos y perros asesinos al otro lado. Ya saben, de esos que impiden la huida. Sería útil saberlo, por si necesito escapar de esta gente, o de sus enemigos.

Una figura de gnomos, rompiéndose en mil pedazos, me saca de mis planes de escape. El gnomo estaba justo a mi lado, en el pasto. Y entonces me doy cuenta de que fue una bala perdida, o falta de puntería.

—Hey —regañó al chico que tiene una sonrisa maquiavélica—, pudo haberme herido.

—Iba a herirte, pero entonces me di cuenta de que sería muy fácil. Me gustan las torturas —el hombre detrás de él reprime una risita.

—Y a mí no me gustan los mocosos que se creen el oro al final del arcoíris. —dije acercándome hasta él, que se encogió en hombros.

—No me lo creo —dijo apuntando al blanco y disparando—, lo soy. —sopló el cañón de su pequeña arma y se la pasó al hombre que sostiene un pañuelo de seda blanco.

—Sí, puede que seas oro pero yo soy la compradora sé que hacer contigo. Nos vamos directo a la casa —señalé la puerta corrediza que da a la

cocina del ala de los señores.

—Bien —dijo Mileto con indiferencia—, necesito practicar mi puntería con dardos. Ya sé que fotografía utilizaré para practicar. —el niño me guiñó un ojo y salió corriendo hacia las puertas.

—El imbécil de Connor tenía razón —mascullo mientras cierro la puerta corrediza.

—Sí, es un muchacho del demonio y yo un imbécil —me sobresalté. Me volteo y me doy cuenta de que el Connor está con solo una toalla alrededor de la cintura. Su abdomen esta cincelado por los dioses y sus brazos, forman el Edén en plenitud.

Estoy siendo adsorbida por el mundo que se forma con sus pectorales, pero entonces me sacudo. Éste tipo debe creerse que está muy bien físicamente —y en realidad es un dios—, pero, yo no voy a caer. No voy a ser una más, mi orgullo no me lo permite.

— ¿Qué haces aquí?

—Es mi casa, mi cocina y tengo hambre —dijo metiéndose una rebanada de queso amarillo en la boca—. ¿Ahora no puedo desayunar?

— ¿A las once y media de la mañana?

—Cualquier hora es buena para comer lo que sea —expuso levantando una ceja y recostándose al mesón de mármol de la cocina, que es casi tan grande como un estadio de Fútbol. Todos los utensilios, incluyendo el refrigerador, están empotrados y son de acero inoxidable. Es de verdad el paraíso para mi madre.

—Sí, cualquier hora debe ser buena, por eso es que estas obeso —mentí.

El hombre soltó una carcajada y entonces dirigió la vista hacia el arco de madera pulida que sirve como entrada. Cecilia tiene una mochila roja colgando de un hombro.

— ¿Qué es tan gracioso? —pregunta insegura.

—Que no sepa apreciar el arte de mis músculos —me señala con indiferencia—, hermanita.

Siento que estoy tensando demasiado la mandíbula. No sé si es por vergüenza o por la rabia que aún me embarga debido a la traición de quien creí Regina.

—Debo ir con Mileto —dijo respirando profundo, a ver si me trago un poco las palabras que deseo soltarle. No obstante, cuando voy a pasar por el arco me retiene con una mano en el estomago.

— ¿Piensas irte sin escucharme?

—Escucharte —aclaré— porque no planeo hablarte en lo que me queda de vida.

—Uh, pelea de gatas —dijo Connor abriendo la nevera y sacando una bebida energética—. Es mejor que me vaya a entrenar —paso por nuestro lado y le regaló un apretón en las mejillas a su hermana, la cual chilló exasperada.

Me quede con quien una vez creí conocer a quien ahora siento como si fuese el fondo del océano: lejano y lleno de secretos.

—Escucha, sé que quizá y no quieras verme de nuevo, pero tendrás que hacerlo porque lastimosamente —dijo sentándose en una de las sillas altas del mesón— vives en mi casa. No es que no me guste, si no que no quiero exponerte.

— ¿Exponerme?

—La casa es hermosa, lujosa y cómoda, pero...

— ¿Pero?

—No tienes idea de lo horrible que es ser hija de la mafia; que todos te tengan miedo o a tu familia, por eso me lo guarde. Quise vivir como los otros, solo que no soy como los demás.

La mire tratando de comprender.

— ¿Me conociste por tanto tiempo y aun así te lo guardaste? ¡Sabias que no te iba a juzgar!

—No te quise en este estilo de vida —dijo sin perder la compostura.

—Creo que es tarde para eso, porque me metí sin que tú me advirtieras.

Ella juega con un anillo en su dedo, parece impaciente.

—Solo quería protegerte.

—Hay veces que la protección nos lleva un poco más al barranco —me

voltee para irme, pero ella me atajo, se quito la mochila y me la entrego.

—Fui a tu casa y recogí algunas de tus cosas, tu madre cree que estas trabajando en...

— ¿En?

—Canadá.

Mi corazón se acelero, mi madre va a matarme.

—Escribí una carta en tu nombre, ella simplemente lo acepto y...

— ¿Hiciste qué? —mis manos comenzaron a temblar.

—Fue lo único que se me ocurrió.

— ¡No te metas en mi vida! —rugí y salí a toda prisa de ahí.

Capítulo 5

5: Las emociones atrapadas en una fotografía

No puedo creer el atrevimiento de esa mujer. Me indigna que ni siquiera me consultara para ir en busca de mi madre, ni los pretextos para no dormir en casa, no es tan sencillo decirle: «Su hija se fue del país para buscar trabajo sin siquiera vino a despedirse, o consultarlo. Tenga linda tarde, señora Bradshaw»

No puedo ni imaginarme lo que decía la carta, pero tampoco puedo pensar en la reacción de mi madre. Me niego a creer que simplemente lo haya aceptado, así como así. Su hija se fue, desapareció de su vista y ella ¿Simplemente lo acepta? Eso no tiene ni pies ni cabeza. Pero bueno, quizá y Cecilia tenga razón en una cosa: A mi madre no le queda más que aceptarlo. Son cosas que se escapan de su poder.

Lanzo en mi cama la mochila roja y respiro profundo antes de abrirla. Hoy no me ha quedado otra cosa que utilizar la misma ropa de ayer y me he reusado a aceptar la ropa de Cecilia. Solo usarla me haría sentir sucia.

Antes de abrir el bolso, me siento a su lado y pienso en las palabras de quien creí mi amiga. En realidad, no puedo pensar en lo que se debe sentir ser parte de un clan de la mafia. Y estar en la posición de trabajadora de la familia, no ayuda mucho.

Si yo me siento ahogada ¿Cómo ha de sentirse ella? Ella que está directamente relacionada con todo. Digo, no sé si alguna vez se ha metido en uno de los negocios de su padre. Y sin saber eso, puedo suponer que se siente muerta en vida. Sin oxígeno las veinticuatro horas.

Pero sentir lástima por ella, no la excusa conmigo. Ella siempre tuvo que tener presente que yo nunca me hubiese alejado, que yo sí conozco la confianza y el valor de los secretos. Sé que si ella me hubiese hablado de eso antes, tal vez y no estaría justo donde estoy: sentada en una cama cuyo colchón quizá fue pagado por el dinero obtenido de la muerte de alguien.

Ahora que lo pienso, hice bien en evitar —inocentemente—, que me regalara cosas. Porque ahora no puedo imaginar el cargo de conciencia que me embargaría al saber que he usado o comido algo sacado del trabajo duro de alguien más. O bien de las lagrimas de una familia al que

se le fue arrebatado alguien importante. No podría con mi vida.

No sé si podre con mis demonios cuando reciba mi primer pago. Al fin y al cabo ese dinero saldrá de los bajos fondos y su inmundicia. Pero por lo menos me consolaré sabiendo que ese dinero no será mal utilizado, que con ello le daré vida a mis sueños. Aunque los billetes fueron obtenidos por robarle los sueños y la existencia a otro ser.

Respiro profundo y me dispongo a abrir la mochila. Sé que todo lo que tengo no cabe aquí, pero confié en que lo más esencial esté en esta pequeña bolsa. Justo cuando estoy por correr el broche, un toque en mi puerta interrumpe el autocontrol que he forjado.

Lo ignoro y continuo con el proceso de abrir el bolso que me traerá un poco de familiaridad. Pero no, el toque aumenta su insistencia. Suelto el aire que he estado reteniendo, me levanto y corro a abrir la puerta.

—Así que... Mónica, la pequeña piedra en mi zapato, se pierde de mi vista —dijo Mileto con cinismo, parado frente a mi puerta entre abierta.

—No, quise que tú te perdieras de la mía. —masculle entrecerrando los ojos, y poniéndome a su altura.

—Magnifico, eso quiere decir que falta poco para que renuncies. Ya te cansaste de mi —de repente sonrió como si la noticia le alegrara.

Negué con la cabeza.

—Al contrario, pequeño niño. Eso quiere decir que me he dado cuenta de que no vas a la escuela y me he tomado la libertad de ponerte tareas.

— ¿Tareas?

—Tareas —afirme abriendo la puerta de mi habitación del todo—. En la vida no te bastara con solo saber disparar.

—Créeme que ahora, eso sería muy útil —dijo mirando mi habitación con desprecio. Mileto se sentó en mi cama y cuando me di cuenta de que observa con interés la mochila, la aparte de su vista.

El hecho es que una tarea fue lo primero que se me ocurrió para no admitirle en cara a mi pequeño némesis, que me quiero largar cuanto antes. Ayer por la noche, me percate de que en unas gavetas del escritorio hay unas hojas blancas. Quizá y para escribir cartas. Tome la primera que vi y le puse unos ejercicios de matemáticas, al mejor estilo de maestra de preescolar.

—Sabes, Mónica —dijo tomando la hoja y acomodándose frente al escritorio—, no comprendo que hago aquí perdiendo mi tiempo, en vez de estar lanzándole dardos a tu foto en la pared —tomo la hoja y me la rompió en cara—. No vuelvas a hacer que otro árbol muera en vano.

Me quede petrificada al ver al niño salir por la puerta.

—No sabes de matemáticas ¿cierto?

Mileto se detuvo dándome la espalda.

—No es tu problema, te veo en la cena para discutir la hora a la que me acompañaras de caza —cerró la puerta con la misma frialdad y yo por fin volví a la vida.

¿Un niño que no ha ido a la escuela en su vida? Es lo más probable, aunque aberrante diría yo. Apartando a Mileto de mis pensamientos, me di cuenta de que por fin puedo tomar la bolsa que me trajo Cecilia.

Cuando el cierre hace el sonido para abrirse, me parecen cantos de ángeles. Lo primero que veo, es ropa: Jeans, blusas y ropa interior bien acomodada, la cual saco y desparramo por toda la cama. Me doy cuenta de que hay un poco de dinero en el fondo. La misma cantidad que guardaba en un frasco de mermelada que estaba en la mesa de noche de mi habitación: trescientos setenta dólares que he reunido a lo largo del año.

Entonces, miro la bolsa y me doy cuenta de que en otro compartimento se siente algo duro, así como un cuaderno. Es un álbum de fotos que mi madre guarda bajo su colchón. Ese que nunca me ha dejado ver. Con la mano temblorosa lo abro y veo fotos mías cuando era pequeña: una en el zoológico, otra posando cuando la casa se estaba construyendo y una más en el jardín de la abuela.

En esta última estaba acompañada y al reconocer la cara del pequeño niño que me da la mano y sonrío a la cámara, se me detiene el alma: Mileto, con unos tres años, esta posando a mi lado.

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

6: La ventisca que toma de improviso

Mi infancia no fue tan hermosa como la de alguien normal y por “alguien normal” me refiero a una niña con dos padres, una abuela consentidora y un montón de juguetes bajo el árbol de navidad.

A mí, me toco ver cómo iban y venían hombres que me pedían que les llamara «papá» o los moretes en los brazos es mi madre en las mañanas. Esos que me intentaba ocultar con blusas de mangas largas y huevos y tocino de desayuno.

Claro, un día mi madre consiguió trabajo de cajera en el supermercado. Luego, de supervisora de pasillos y después dejo de llevar hombres que intentaban meterse en nuestras vidas a toda costa. Pero si bien, ninguno de esos hombres logro algo, uno de ellos consiguió cambiar un par de cosas.

Sin esos sucesos, no hubiese moldeado mi carácter y tampoco tuviese alguien a quien ¿recordar? Mantengo mi teoría de que la vida, es una simple cadena de sucesos, con eslabones débiles, claro está. No obstante, sin ellos fuera un simple objeto inservible y sin final alguno. Todos esos eslabones se forman de recuerdos, que aunque dolorosos, tienen un sentido, un camino y un fin.

Exhalo profundamente antes de tocar a las puertas de la biblioteca. Están en la parte de abajo, justo detrás de las escaleras, pero entonces algo me detiene.

— ¿Vas a dejarlo morir, Misael? —susurra una voz profunda al otro lado de la puerta.

—Puede que si me sirves, no sea tan necesario —refuto una voz cantarina.

—Siempre le he servido, señor.

—Algunas veces más que otras —acoto una tercera voz.

—Pero ahora puedo servir de mucho —dijo la primera voz, un tanto

nerviosa.

—Callen ambos, creo que es hora de que veas la última hora, sapo —la voz del señor Cappone es callada por un disparo. Toda la casa, que antes estaba silenciosa, se cubre de un mutismo más profundo y sepulcral. Acallo un chillido y me muevo rápidamente ¿qué pasaría si se enteran que estaba detrás de esa puerta?

Me muevo a toda prisa y siento como mis latidos se impulsan a la velocidad de mis pies ¿he sido testigo no visual de una muerte? No conozco ni conocí a esa voz tras la puerta, ni se quien halo del gatillo. Solo sé que he conocido a la helada muerte y que por casualidad, he sentido sus labios en mi cuello. Medito lo que debo hacer. Sin darme cuenta estoy en el jardín y cuando tomo aire fresco, se me refrescan las ideas.

¡Por dios! Debo guardar silencio, porque de ilusa me he estado negando lo que mis jefes son capaces de hacer. Una mano se posa en mi cintura y con el susto que tengo, no hago otra cosa que estampar un derechazo sin ver primero de quien se trata, así que volteo y Connor tiene su mano en la nariz y el ceño fruncido.

—Lo siento —tartamudee al hablar.

Él soltó una carcajada.

—Tienes mejor gancho que algunos que conozco, Bradshaw.

No sé lo que me helo la sangre, si me llamara por mi apellido, o ver como quita su mano de la nariz sangrante y sonrío.

—Bueno, fue la sorpresa, solo eso —traté de mantener mi compostura, no debe darse cuenta de lo que fui testigo.

— ¿Pasa algo? —preguntó divertido sacando un pañuelo blanco del bolsillo de su saco. Parece que va a salir.

—No, nada, solo... Necesito un respiro, antes de...

— ¿Volver con el muchacho demoniaco?

Mire mi reloj y me di cuenta de que ya son las seis de la tarde.

—Algo así.

—Sabes...—dijo pensativo— me recuerdas a alguien, bueno, no tanto tú, si

no tu carácter.

— ¿Mi carácter?

—Sí, ya sabes, tu altanería y el gran orgullo que sospecho que tienes —dijo mirándome a los ojos, con esa mirada profunda en la que sentí que esa pequeña niña dentro de mi puede refugiarse.

Me tomó por la cintura apegándome a él y me dijo al oído— De repente, te arrepientes de los "te quiero" que no respondiste, de los besos que no diste, de los abrazos que no recibiste, de los segundos que no viviste, o de los que acabas de vivir...—me dijo con su aliento rozando mi mejilla. Me llené del orgullo del que me hablo y lo empuje lejos de mí.

—No te acerques nunca de esa forma otra vez, ¿Está claro?

—Si lo hago ¿qué? —se acerco retándome.

Un pinchazo se hizo de la parte baja de mi muslo y cuando voltee a ver quién me había clavado algo, Mileto me devolvía una mirada divertida.

—Lo siento, necesitaba ver si no me había oxidado. Servirá para los alces —todo comenzó a dar vueltas, el sueño me abrazo y caí en no sé donde, o en los brazos de no sé quien, solo sé que el dardo tranquilizador funcionaría para clavárselo a Mileto cuando despierte.

—Pásame la pelota, moni —gritó un pequeño niño de cabellos rizados. Traía pantaloncillos cortos e iba sin camisa. Mileto.

¿Moni?

Tomo la pelota roja, esa que saltaba por el jardín y la lanzo alto. El niño sonrío y yo también.

— ¿Te quedaras para la cena?

—Le diré a mamá que hable con tu... con papá —me corregí y salió hacia la puerta de la abuela.

Cada verano solíamos ir a ahí justo cuando mi madre terminaba con sus novios y buscaba otros, ahí en Pasadena, California. El viento rugía suave mientras aquel niño esperaba que la puerta se abriera. No obstante, la puerta no se movió. No hasta que un hombre la abrió, tomó al niño en brazos y estampó la puerta.

El niño comenzó a patlearle, daba manotazos y mordiscos a aquel hombre sombrío de sombrero, chaqueta larga y zapatos recién pulidos.

— ¡Moni, no dejes que me lleve! —gritaba exasperado el niño.

—Cállate, mocoso —masculló el hombre mientras lo metía a un mercedes que apareció rápidamente.

Yo estaba mordiéndome las uñas, impactada al ver aquel hombre que no reconocía. O bueno, ver lo poco que se divisaba a través de su ropaje. Para cuando mi madre vino por mí con lágrimas en los ojos, el auto desapareció en la distancia, junto con los gritos de Mileto.

Desperté bañada en sudor, con un sabor metálico en la boca y los ojos ardiendo en llamas. Estoy en mi habitación de la casa Cappone. Ahora huele a flores porque unos lirios blancos descansan bajo la ventana en un jarrón con agua que es más bien un frasco de pepinillos. Debo haber dormido más de un par de horas, porque ya es de noche y mi reloj marca las ocho y treinta.

El niño me clavo un dardo en el muslo, pero ¿qué hace ese niño en mis sueños? Corro a buscar el álbum, el cual metí en mi librero y me encuentro con la fotografía.

Rememoro aquel sueño, pero no hago otra cosa que pensar en lo que sentí cuando gritaban «Moni» pero no en quien lo hacía, ni como fue aquel episodio. ¿Qué hacia este niño hace unos años en mi vida?

Guardo la foto en su lugar preguntándome un millón de cosas. Mirando por un pequeño hueco al pasado, por una pequeña brecha que sin querer se abrió y no encuentro pegamento que haga que se cierre. No encuentro otro remedio que quedarme con las preguntas, porque sé que es muy

difícil obtener respuestas.

Me obligo a dormirme, a dejar de martirizarme con ideas que no hacen otra cosa que llevarme a un camino inconcluso; pero mi cuerpo es rebelde y no obedece así se lo torture con insomnios. Al parecer, a mi mente le importa más el ayer, que un pequeño descanso. Le importa llenar un pedazo en blanco e intenta decirme algo.

Ignoro cualquier advertencia de mis instintos y me dejo llevar por el vacío de la realidad. El dardo tranquilizante sí que sirve, porque no me ha dejado espacio para preguntas. Solo quiero dormir y no despertar; caer en la inconsciencia de golpe y en picada. Sin embargo, justo cuando Morfeo esta llevándose mi última gota de energía, una bala rompe con todo el silencio que había en mi habitación. Rompe las ventanas y mi calma en el proceso.

— ¿Qué demonios? —pregunto a la nada, asustada, pegándome a la cabecera de la cama.

Otro balazo rompe el frasco de pepinillos y las flores y el agua se dispersan por la habitación. No hay tiempo por preguntar quién dejó esas flores, porque afuera escucho una detonación.

¿Será Mileto? ¿No le basto con sedarme?

Debo salir de aquí. Le recuerdo a mis piernas lo que es caminar y aunque temblorosas, me obedecen. Abro la puerta y Betzabeth aparece regia, calmada y con un par de armas en las manos.

—Si es necesario, úsala —me ordena pasándomela y aunque no sé cómo utilizarlo, lo tomo entre mis manos temblorosas— Sígueme —me ordena y me guía hacia el pasillo. Ella también lleva un arma en manos, pero esta vez la pone en frente mientras caminamos, apuntando a la mínima hormiga que se cruce.

— ¿Qué sucede?

Fue lo único que se me ocurrió preguntar entre mis nervios.

—Los Santineli nos atacan. Habían tardado mucho.

— ¿Santineli?

—Los enemigos de la familia —me miró como si viviera en otro mundo.

Trago en seco y en ese instante, un grito desgarrador vuelve a romperme la calma. Ambas nos miramos y corremos unos metros. En la sala de estar, vemos a un hombre flacucho con el cabello un poco largo y un

traje, tirado en el suelo en un río de sangre. Cecilia está sobre él y unos hombres corren hasta el frente de la casa.

— ¡Esto es la guerra!, ¡Bastardos! —grita mi ex amiga con lagrimas en los ojos. Toma el arma que sostenía aquel hombre abatido y dispara.

Parece fuera de sus cabales, como un arma para matar, Betzabeth se le une y yo no hago otra cosa que volverme de piedra, entrar en pánico y esconderme entre las sombras del arco de madera.

Me pongo en posición fetal y veo como hombres en el frente de la casa caen y a Betzabeth y Cecilia se agachándose, rodando en el suelo, disparando y repitiendo; así como si fuese una danza, pero esta, es la danza de la muerte.

¿Guerra? ¿En qué te has metido, Mónica?

Capítulo 9

Por más que me esfuerzo en recordar, qué demonios hacia Mileto en el jardín de la abuela y quién es Mileto en mi vida no hago otra cosa que sentir el miedo y la desesperación de aquel recuerdo. Me veo con lágrimas en los ojos mientras mi madre me carga y no recuerdo nada de ese niño en mi vida. Eso es frustrante.

Estoy escuchando el alboroto de la casa. Los sirvientes se esfuerzan por limpiar, acomodar y dejar todo tal cual estaba antes del ataque. Solo Pireli, un primo de la familia y refuerzo, murió en el ataque. Y uno que otro guardaespaldas salió herido. Caigo en cuenta de que solo conozco a Betzabeth y a algunos de la familia, así que no me preocupo por nadie más.

— ¿Está bien, señorita?

Me congelo en la silla de la cocina del ala derecha de la casa. Se supone que no debo estar aquí, pero todo es un caos y este sitio me recuerda a mi madre, así que aproveché. Me doy la vuelta lentamente, esperando encontrarme a alguien que me eche de aquí. En su lugar, me consigo a un rubio como de dos metros y ojos grises. Viste una chaqueta de cuero larga y dentro puedo ver una camisa y unos jeans.

—Yo... No debería estar aquí, mejor me voy y...—me levanto rápidamente, dejando que el café salpicara un poco.

—No te apures, yo tampoco debería estar en este sitio —el hombre abrió el refrigerador y saco un poco de queso amarillo— ¿Eres nueva? —dijo metiéndolo en su boca.

—Sí, no tengo ni una semana trabajando.

—Oh, debes ser la chica a la que Mileto...

— ¿Conoces a Mileto?

—Es imposible pasar a ese niño por alto —soltó una carcajada y se sentó a mi lado. Por primera vez en esta casa, me siento cómoda. La verdad quiero saber más acerca del niño, me parece extraño que Connor y Cecilia, sean mayores y el tan solo sea un niño. Apartando la pregunta de, ¿dónde estará la madre?

— ¿Hace cuánto lo conoces?

— ¿Un par de años? Quizá año y medio.

—Y... Es un niño extraño ¿no?

Él mordió sus labios.

—No siempre fue así —respondió mirando fijamente la mesa.

— ¿No siempre?

—Era recatado, serio y disciplinado antes de... —se detuvo, como si estuviese hablando demás.

— ¿Antes de...?

Se acercó, como para secretarme, causando que el vello de mi nuca se erizara ante su aliento.

—Grayson, no deberías estar aquí —la voz de Connor nos sobresalta a ambos. Miro al rubio que se tensa inmediatamente.

—Sí, señor —se levanta sacudiendo su camisa y le pasa por un lado casi tropezando con su hombro.

— ¿Tienes que aparecer como un fantasma?

—Prefiero y sea gasparin —comentó recostado en el arco de madera.

—Supongo que tampoco debería estar aquí —contesté levantándome.

—No te apures, te ves hermosa justo donde estas.

—Pues tú no te ves nada atractivo en ninguna pose —dije poniendo mis manos en jarra.

— ¿Quieres probar algunas para ver cómo me veo? —su tono se volvió sarcástico mientras se acercaba a mí y en el proceso me robo la respiración.

—Créeme que contigo, no me provoca experimentar nada.

—Lastima, principesca, te tocará —sacó un arma de su cinturón—. Te enseñaré a disparar.

— ¿Enseñarme a qué? —pregunte temerosa, dejando el arma que me ofrecía en el aire.

—A darle al blanco. Todos en esta casa saben cómo hacerlo. No queremos que nadie salga herido en...—se alejó de mí, puso el arma encima del mesón de granito y se dirigió a un gabinete. Sacando un vaso de vidrio— Ataques como el de ayer.

—Pero yo no quiero aprender.

— ¿Quieres morir? —indagó buscando hielo en el refrigerador. Acto seguido, busco un poco de Whisky.

— ¿No es muy temprano para beber?

— ¿No eres muy joven para morir?

—Está bien —dije tomando el arma del mesón—. Aprenderé, pero no serás mi maestro.

El hombre tomo un trago y rodo los ojos con indiferencia.

—Tampoco lo será Grayson o Betzabeth. Dudo que quieras que Mileto te enseñe, así que...

— ¿Por qué no puede ser Grayson?

—Porque es el guarda espaldas y amante de Cecilia. Ella cree que no lo sé —soltó una carcajada— y en estos momentos, deben haber salido de compras —dijo la última palabra haciendo comillas en el aire.

¿Grayson? ¿Amante de Cecilia? Vayan a ver, otro secreto que ni salió de su boca.

Suspire y saque todo el aire que tenía en mis pulmones.

—Solo una lección, no soporto lo repelente que eres —el hombre asintió con media sonrisa y a mí se me revolvió el estomago. Aunque viendo las posibilidades, tal vez me diga más sobre Mileto.

—Bien —dije dirigiéndome a la puerta, hacia el jardín—. Salgamos al jardín antes de que Mileto se levante.

— ¿Quién dijo que la practica seria en la casa? —Puso su vaso medio vacío en el mesón y caminó directo hacia la cesta donde se colocan las llaves— Te montarás en mi Bugatti, nena.

No sé bien porque se me desboco el corazón; si por salir, o que me dijera nena. Lo único que sé, es que mis piernas ahora son de gelatina.

El motor de Bugatti ruge mientras salimos de lo que parece ser un condominio. Los árboles pasan a toda velocidad y los observo desde el puesto del lado del copiloto. El auto es pequeño y elegante, está pintado en un azul cobalto y por dentro es puro cuero.

—Sé lo que piensas. Sí, soy un maniático por los autos —dijo Connor rompiendo el silencio. Ahora la atmosfera está cargada de un millón de emociones y son todos menos la incomodidad. Parece más relajado fuera de casa.

—No pensaba en eso precisamente.

— ¿Y en qué? —preguntó mientras tomaba la palanca de velocidades y aumentaba los kilómetros por hora.

—En que no sabía en qué parte estábamos exactamente. No me detuve a mirar afuera mientras me trajiste secuestrada.

Él mordió sus labios y su mandíbula se puso tensa.

—Lo siento por eso. Pero bueno, estamos en las afueras de Miami. Muy a las afueras de Jacksonville, casi llegando a Georgia.

Me paralice en el acto.

— ¿Dónde? ¿Cruce un estado? —la verdad, es que no me detuve a medir el tiempo mientras iba a la casa. No me paré a pensar cuanto duró el viaje. Supongo que mi noción del tiempo fue empañada por mi instinto de supervivencia.

— ¿Qué esperabas? ¿Las playas de Malibú? Tenemos que escondernos bien en éste... estilo de vida —soltó un suspiro y no pude evitar mirarlo con fijeza. Me percaté de que detrás de ese tipo duro y escalofriante del centro comercial, se esconde una persona totalmente distinta.

Supongo que todos tenemos mascararas y mostramos de nosotros sólo lo que nos conviene. Así seamos totalmente transparentes, siempre hay rocas en el fondo de un agua clara.

—Estilo de vida, tu padre dijo lo mismo.

De repente, el auto se detuvo y me dirigió una mirada penetrante. Justo como la del centro comercial.

—Nunca compares lo que digo o hago, con mi padre. —su voz sonó fría y lejana. Al punto de que un escalofrió me recorrió, pero me hice la fuerte y

no demostré la debilidad que creó en mí.

—De acuerdo, pero si tú dejas de hacer eso.

— ¿Hacer qué? —dijo entrando a un estacionamiento salido de la nada. Su tono se volvió más cálido.

—Darme órdenes.

Connor apago el auto y se me acerco por encima de la butaca, la palanca y mi propio asiento. Dejándome contra la puerta.

—Eso, ¿o intimidarte? —fijó su mirada del color de la naturaleza en mis ojos chocolate. En ese instante, fui consciente de que estaba en peligro de perderme en ellos.

Sin esperarlo, una bala entro zumbante por el vidrio de la parte de atrás. El cuerpo de Connor se puso alerta. Sin restarle centímetros a nuestra cercanía tomó el arma que tenía en su cinturón, miró hacia el orificio que causó el proyectil entre el vidrio de atrás y el parabrisas, y blasfemó por lo bajo.

—Toma el arma —me pidió calmado mientras cargaba la suya.

— ¿Qué arma? —mi corazón se aceleró.

—La que está bajo el asiento —contesto sin mirar, concentrado en su pistola.

Mis manos tiemblan. Y aunque no quiero hacerlo y mi rebelde interior me grita lo contrario, sé que cuando firmé aquel contrato vendí mi vida y lo único que tengo para enmendar ese error estúpido, es instinto de supervivencia y ahora, una pequeña arma de quien sabe que calibre o marca, está en mis manos.

Se siente pesada entre mis sudados dedos. No obstante, Connor no duda en mirarme de reojo y con eso, siento las palabras de aliento no dichas.

—Nos están provocando, tú solo haz lo que yo.

Asentí y cuando salió del auto, un hoyo se formo en mi estomago. Debo ser fuerte, fuerte como he sido en cosas un poco menos graves. Debo evitar que esa muralla se venga abajo.

Tome una bocanada de aire y salí de mi escondite, de lo único que quizá me mantendría a salvo. No puedo huir, no puedo dejarme llevar por la

cobardía que minuto a minuto me grita que debo salir corriendo.

Tengo el corazón en la boca mientras el aire frío me golpea en la cara. Connor permanece a mi derecha, sostiene el arma a la altura de su pecho y mantiene el pie derecho frente al izquierdo. Lo imito y veo como busca en los alrededores. Estamos en un polígono, una carretera pasa por el frente y justo al otro lado, la maleza se extiende en hectáreas incontables.

—Connor... —mi tono sonó estrangulado cuando vi a un par de hombres de traje salir del mini bosque.

—No demuestres miedo, no los mires a los ojos, no creas nada de lo que dicen y... No dudes en disparar. Si es a matar recuerda que tu vida vale más que la de cualquiera de los dos.

—No creo que mi vida valga más que la de cualquiera —susurré mientras aquellos hombres cruzan la carretera.

—Para mí, tu vida vale más que cualquier cosa —dijo por lo bajo, justo cuando el par de hombres casi idénticos, de ojos claros, nariz respingada y rasgos inexpresivos cruzan la reja del estacionamiento.

Mi alma acelero las revoluciones cuando aquel par empuño un arma.

—Y bien, ¿a cuál de los gemelos Francesco, se le ocurrió dañar a mi bebé?

Uno de los hombres soltó una carcajada.

—Por favor, Cappone —el tono del más bajo es profundo, pero no deja de tener un poco de cinismo— ¿Traes a una chica a un polígono? Pero que idiota, nos pusiste más fácil el trabajo de asesinarte.

—Esta chica puede ponerte una bala en el cerebro, compañero —reté con el corazón desbocado.

El que rió me miro desafiante y Connor puso los ojos como platos viendo al hombre acercarse. Al parecer, a estos hombres de la mafia no les gustan los desafíos. Puso su arma en el cinturón y me miró con una sonrisa perversa.

—No te mato, porque me gustan las mujeres como tú —masculló mirándome a los ojos. Su aliento huele a alcohol y su ropa a sudor.

—Y a mí, mi amigo, me repugnan los hombres como tú —lo miré con hastío y pude advertir como dirigió su mano a la funda bien camuflada en

su cinturón con aquel traje negro.

Sin dudarlo, mire a Connor que apuntaba al otro hombre, cogí aire y apreté el gatillo. Lo primero que sentí fue un estremecimiento y luego un grito ahogado.

El hombre se tensó por completo y puso su mano en el estómago, el cual sangraba sin dar tregua.

— ¡Sube al auto! —grito Connor con el arma aun empuñada. El segundo hombre sostiene a su hermano en el suelo mientras subimos al auto y arrancamos a toda velocidad.

Una detonación se escuchó mientras salimos, pero Connor respondió al fuego mientras conducía como podía. Y aunque mis manos tiemblan y la adrenalina comenzó a consumirme, no pude evitar sentir un pequeño sabor a victoria cuando Connor le pegó en el brazo a aquel hombre mientras nos alejamos del lugar.

—Aprendiste a disparar, Bradshaw —dijo Connor con un aire de orgullo—. Ahora, vamos por un par de vidrios nuevos.

Capítulo 10

8: Tres, dos, uno, cero. Comienza de nuevo.

Comenzó a llover camino a casa y aunque todavía no pueda creer nada de lo que vivo, comienzo a aceptar que estoy aquí: A las afueras de Jacksonville aprendiendo a disparar y cuidando a un mocoso insufrible,

No puedes evitar, detenerte preguntarte lo que de verdad es importante. Te paras a mirar lo que has construido y lo que por miedo, has dejado detenido. Te pones a pensar en las personas que no están y fueron importantes. De pronto, te cuestionas lo que eres y lo que podrías llegar a ser.

Le di tantas marchas atrás a tantos sueños, dejé que el miedo me ganara y creo que hoy, he aprendido como doblegarle. Hoy soy otra y eso que solo aprendí como empuñar un arma.

— ¿Lista para que Mileto vuelva tu vida a cuadros? —preguntó Connor, esperando a que un gran portón de rejas pintadas de dorado nos diera la bienvenida. Ignorando su pregunta, puedo ver como los muros se extienden hasta quien sabe dónde y lo mejor de todo: no hay cocodrilos de este lado.

—Yo... Puedo soportarlo —respondí por fin, respirando profundo, y viendo como entramos a la casa.

Desde este punto, el terreno se ve hermoso. La casa al mejor estilo de Italia y la fuente de un ángel que se rodea de vegetación y esplendor. Es una hermosa vista desde el Bugatti, el cual se detiene en frente de la casa, justo al lado de la fuente, que con coloridas luces parece en medio de una plaza.

—Escucha, —Connor atrajo mi atención entre susurros— si te preguntan estuvimos en el pequeño bosque de en frente y te enseñaba a disparar en una pequeña casa, ¿de acuerdo?

A pesar, de que la petición me pareció extraña, yo simplemente asentí. Dije que si porque la verdad, quiero librarme de todo esto y evitar algo grave. Algo tan grave, como aquella enfermedad infecciosa que es llamada amor en los bajos fondos.

Bajamos del auto y él subió corriendo las escaleras del porche. Connor busco las llaves en la parte de atrás de sus pantalones y cuando abrió la puerta no pude hacer algo más que sorprenderme. Mileto, está parado aun en sus pijamas del 'Capitán América', al lado de la escalera. Tiene los brazos cruzados, al igual que las piernas y esta recostado sobre la madera marrón chocolate.

—Vaya, vaya... Iba a empezar a cantar aleluya. Pensé que te habías ido —dijo el niño acercándose a nosotros, y dirigiéndose a mí con sus palabras—. O aun mejor, que te habían matado ayer por la noche. Pero viéndolo bien... Ese Jesús de los católicos no escucha mis peticiones. —espetó lanzándome una mirada de desprecio que sentí falsa.

—Hablando de Jesús, creo que te llevaré a la iglesia del pueblo más cercano. A cualquier sacerdote le encantaría deshacerse del demonio.

Connor soltó una carcajada y por mi parte, me quedé mirando más de cerca esa carita. Sin poder evitarlo, traje sus gritos de mis sueños a la realidad.

¿Por qué Mileto causa esto en mí?

— ¿Llevándote a mi servidumbre, Connor? —examinó el niño al muchacho de las carcajadas.

— ¿Siendo demasiado mayor, hermanito?

Me levanté en el acto, mirando la disputa de dos niños malcriados.

—Sabes mejor que yo, que no soy tu hermano —masculló el niño entre dientes.

Y con esa declaración, quedé helada ¿Quién no es hermano de quien? ¿Qué es toda esta fanfarria? y ¿qué hago en medio? ¿Quién es entonces Mileto en esta casa? ¿Qué paso para que este niño fuese así?

Son tantas preguntas que embargan mi cabeza, que no puedo hacer otra cosa que dirigirme a mi habitación. Ante la mirada de aquellos dos niños, desaparecí por el arco que lleva al ala de servicio. ¿Qué se supone que hago yo aquí? Abro la puerta de mi habitación, y mis manos comenzaron a temblar. Ahí están de nuevo: los lirios blancos descansan sobre el escritorio en un frasco de pepinillos ¿Quién me deja flores? Y ¿por qué?

Pero no me doy tiempo a pensar, porque siento como Mileto me llama. Y aunque tenga preguntas sin respuestas, ya sé lo que hago aquí: estar a las órdenes de un mocoso, que revive en mi mucho más que el instinto

maternal.

— ¿Estas huyendo de mi? —preguntó haciéndose presente.

Estoy huyendo de mis recuerdos, quizá.

—No tengo necesidad de huir.

—Oh, me alegro de escuchar eso, porque me gusta tener con que divertirme.

— ¿Te diviertes conmigo? —no pude hacer más que fruncir el ceño.

—Claro, torturarte es mi pasión.

Pensé por un minuto sus palabras ¿no es demasiado joven para decir eso? Entonces, vi al pequeño niño encerrado con gente mayor, pero más allá de eso: gente mayor y violenta.

—Creo que... tengo una mejor idea para que te diviertas —una sonrisa se dibujo en mi rostro, y una idea me ilumino la mente.

— ¿Tú tienes ideas?

— ¿No sales afuera con una pelota? —el niño se quedo de piedra. Y aunque está inmóvil, por primera vez pude verle una sonrisa sincera.

—Pero está lloviendo... —dudó un poco saliendo de su estado de éxtasis.

—Mucho mejor.

Capítulo 11

9: Cómo romper la muralla de orgullo y no morir en el intento

Las flores descansan sobre el escritorio. Su aroma evoca algo más que un sentimiento de tristeza, traen a colación la frustración de no saber cómo, ni porqué están en mi habitación y más aún: no sé porque produce el acongojo en mi alma. Lo que si he aprendido, con una semana en esta casa, es una cosa: No tengo necesidad de enemistarme con Mileto.

Desde que jugué fútbol americano con él en el patio de atrás, nuestra relación se ha vuelto soportable. Pero no comprendo aún su fría coraza de orgullo, ni tampoco entiendo porque la ha construido.

No necesariamente se necesita que algo malo pase en la vida para levantar muros, tapar las cicatrices o más bien protegerlas de que alguien más te las vea. Pero sí se necesita algo trascendental, algún cometa que pase por tu universo y deje algo más que frío, escarcha y soledad.

Mi muralla de orgullo fue levantada a punta de malos recuerdos, de memorias duras, partidas imborrables y de secretos permanentes guardados en las rendijas de un alma rota.

— ¿Extrañas a tu madre? —la voz de Mileto me estremeció mientras miraba por la ventana.

—Algo así —respondí recuperando la compostura.

El niño se sentó en mi cama y aunque guardó silencio por unos minutos, no fue incomodo, fue más bien de esos silencios preciosos en los que aprecias las palabras no dichas y atesoras los recuerdos que se despiertan.

— ¿Tu madre jugaba contigo como jugaste conmigo?

— ¿Cuándo era niña? —me eche a reír y lo mire, componiéndome en la silla.

Los ojos saltones de Mileto se enfocaron en la historia obvia que iba a contarle a continuación. Me permití pensar en los pocos recuerdos hermosos que tuve, en aquellas canciones de cuna de la abuela y los pasteles que hacía mi madre cuando estaba sobria y recompuso su vida

cuando me volví mayor.

—...Y entonces, la abuela me persiguió por toda la calle mientras yo perseguía al cachorrito para bañarlo. Claro, lo alcanzó ella primero y cuando lo hizo nos dimos cuenta de que ya se había ensuciado un poco más. Teníamos que poner más agua en la tina y buscar un poco de Shampoo extra.

Mileto comenzó a reír y yo me alegré de que riera como un niño, no como un anciano con problemas con la ley.

— ¿Y tu padre?, ¿Cómo era él?

Su sola mención me recorrió hasta los huesos.

—Yo... no conocí a mi padre —mentí y recordé aquella noche.

En aquel entonces, mi madre era muy joven y yo muy pequeña. Pero aunque tuviese 3 años y medio y la sillita alta para comer me apretara, mi pequeña conciencia me permitió atajar una gota de recuerdo: Mi padre saliendo por esa puerta y el chillido de mi madre.

—A mi me gustaría —dijo el niño dudando—, no haberlo conocido.

Aunque sus palabras sonaron duras entre los dientes, su tono de voz me rompió el alma y caló en mis sentimientos cual humo de cigarrillo.

—El señor Cappone no parece ser mal padre...

—No lo entenderías —susurró Mileto bajando la cabeza—. Siempre que puede, antepone su vida ante la mía.

A pesar de que no comprendí sus palabras, sus susurros no hicieron más que impulsar a mis brazos para un abrazo inevitable. Lo estreché contra mi pecho y sentí como se estremecía en mi pecho.

— ¿Sabes?, Mónica... Me gustaría que se borrara toda mi familia y que solo quedaras tú.

Sus palabras hicieron una grieta en mi coraza de orgullo y unas lágrimas intentaron asomarse. Mi error al llegar fue verlo como lo que no era: un niño malo.

—Tu familia vale más que yo.

—Conócelos solo un poco y veras...

—Connor... —susurre el nombre de su, en duda, hermano.

—No es lo que parece —dijo endureciendo su mirada.

Y de pronto, sus palabras me impregnaron de inseguridad ¿Por qué un niño diría estas cosas? ¿Por qué tanto odio hacia su familia? El presentimiento de que hay cosas que no debo saber, la sensación y el deber de quedarme en respuestas, me recorrió en el acto. Pero lo aparté de inmediato cuando la silueta de Connor se dibujo en mi puerta.

—Pero qué bonito...

El cuerpo del niño se tensó, pude ver la transformación de su personalidad y como la guardia que había bajado durante su charla conmigo, subió enseguida.

— ¿No deberías estar en otra parte? —masculló el niño entre dientes.

—Estoy justo donde quiero estar...

—Y yo estoy en el medio y no quiero estar así —murmuré levantándome—. Connor, deberías tratar mejor a tu hermano.

—Nadie dijo que la sabandija era mi hermano. Pensé que había quedado claro —Mileto, le echo una mirada de desprecio mientras dirigía sus palabras al muchacho, que no tuvo la decencia ni de inmutarse.

—Y creo que es mejor así, pequeño mocosito.

Connor dejó el lugar con un aire de tristeza. Quizá después de todo si quisiera al pequeño, pero no le demostraba. Lo que sí queda claro, es que: o no son hijos del mismo padre, o algo pasó en el pasado para que rivalidad se suscitara entre dos personas bajo el mismo techo.

— ¿No son hermanos? —pregunte de indiscreta, mientras miraba la puerta que quedo abierta.

— ¿Me parezco a tal fenómeno?

—No tanto para ser exactos —figuré pensando en el rostro perfecto de aquel hombre que, sin saberlo, fue metiéndose en las fibras de mi alma y aunque necesito pensar en otra cosa, en estos instantes, sé que la atracción es tan inminente como la noche.

Mileto miro mi rostro, y pude ver algunas lágrimas resbalarse.

—Él se parece más a mamá.

Un sollozo de cachorrito herido se le escapó, pero para que no lo viera llorar salió corriendo y en el proceso yo detrás de él. Sin embargo, cuando salí al pasillo ya había desaparecido en la oscuridad. Me dispuse a volver a mi habitación, pero entonces unas risas provenientes de la habitación de Betzabeth me helaron la sangre. Me acerqué con sigilo a la puerta entreabierta y entonces lo vi: Betzabeth también tiene un escritorio y está sentada frente a él. Pero Connor está parado detrás de ella, con las manos apoyadas en la madera y casi abrazando la pequeña figura de la muchacha.

Será qué... ¿Tienen una aventura?

Capítulo 12

10: Después de todo, parece que soy importante.

Morris, la cocinera, le prepara a Mileto un Sándwich de atún para un acontecimiento importante: Su primer día de escuela. Luego de un mes acá, lo he podido convencer de que su futuro, puede ser otro que el de acabar muerto en un contenedor de basura.

— ¿Y si no les agrado? —preguntó el niño frente a la casa, mientras la limusina que una vez vi pasar a buscar a Cecilia, se estaciona en frente.

—Pequeño —me arrodillé frente a él— Los amigos no se buscan, se encuentran solos.

—Pero papá dijo...

—Se tu mismo, eso es todo —el chofer hizo sonar el claxon y sin tener motivo alguno, me sentí orgullosa de aquel niño que corría hasta el asiento trasero. Inteligencia le sobra, y sé que arrasará con los niños del sexto grado.

Me volví hacia la casa y por primera vez la sentí vacía, sabiendo que me esperaría todo un medio día sin él. Él ha sido mi única distracción para no detenerme a pensar en lo inevitable: Las preguntas, esas que se hacen más grandes con el paso del tiempo. Me siento en la cocina del ala de los señores viendo a Morris cocinar y oliendo las preparaciones antes de que siquiera ella las pruebe.

— ¿Algún problema, querida? —preguntó con voz cantarina, mientras revuelve un caldo que huele a ángeles.

— ¿Cuándo no hay problemas?

—Cuándo no los buscas, quizá —la mujer se encogió en hombros y se puso a cortar algunas verduras. Con aquella acción, me fijé en la sombra del anillo faltante en su dedo anular izquierdo.

— ¿Estabas casada? —pregunté de indiscreta entre susurros.

La mujer se sorprendió, pero bajo la cabeza.

—Se llamaba Reinald y era socio del señor Misael —respondió sin

mirarme, cortando con menos prisa una zanahoria.

— ¿Era?

La mujer se detuvo, miro al cielo tratando se sorber las lágrimas y finalmente respondió —: Supongo que todos tenemos a quien extrañar, ¿no? Hasta el mismo señor Misael, o... Connor —dijo el nombre del muchacho que he tratado de evitar volviendo al corte de sus verduras, dándome a entender que no quiere seguir con la charla.

Me quedé con más preguntas que respuestas mientras salía de la cocina. Ahora sé que todo aquí debe ser así: sellado por secretos, mentiras y cosas propias de la vida; como la muerte. Este mes, he tratado de evitar todo aquello que me impulse a querer saber más, ignorando la latente curiosidad en mí.

Pero con eso, no he logrado otra cosa que desbocar las preguntas en este momento, romper el dique, el muro de contención de todo aquello que no debo saber o cuestionar. Me siento estúpida, como aquella muchacha que abre la puerta en la película de terror. Pero se me hace imposible no abrir la puerta de la biblioteca. Quizá aquí encuentre mis respuestas o mi perdición. Dicen que la curiosidad mato al gato, ¿no?

Necesito ver el registro de nacimiento de Mileto que deben estar en alguna parte de esta biblioteca con paredes pintadas de un verde oscuro, rompiendo una vez más el patrón de decoración, y una gran estantería que luce grandes libros de lomos con letras doradas y plateadas. La estantería se extiende por toda la habitación ovalada.

Hay un archivero como de dos metros justo en medio. Me dirijo hacia él y su fría armazón plateada me intimida y hace que me cuestione lo que hago en este sitio. No debo estar aquí, no debo hacerme preguntas y entre esas cosas que no «debo» con su larga lista, está escrito en mayúsculas: No debo sentir atracción por él. Pero su retrato está en la pared; Connor viste un traje negro de etiqueta y sus ojos verdes atraen a cualquiera a perderse.

Toco el lienzo donde está pintado y sus fibras me impregnan de irrealidades. O eso creo, porque justo al tocarlo, un pasillo oscuro se abre frente a mí. Aunque este oscuro, al final del corredor una luz cuelga alumbrando una mesa redonda donde están sentados: Betzabeth, Connor y un par de señores que me examinan curiosos.

El muchacho se dirige hacia mí, mientras mis piernas tiemblan descontroladas. Ahora me convengo aún más de que no debo estar aquí, que cometí una estupidez y puede que muera. Aunque la estupidez es

infinita ¿no?

— ¿Qué haces aquí? —susurra Connor casi robándome el aliento.

—Yo... Vine por un libro, y no pude...

El chico me haló, apartándome de las personas que me escudriñaban, incluida Betzabeth a quien iban a salirse los ojos. Al salir, el cuadro volvió a su sitio.

—Tú no has visto nada ¿de acuerdo? — susurró conciliador.

—Y si he visto... ¿Qué? ¿Qué ocultas? —supongo que si voy a morir, debo saberlo todo, el gato murió sabiendo.

—Si lo has visto y hablas... —dudó buscando las palabras— morirás ¿entiendes? —nuestros cuerpos están aún más pegados que de costumbre.

— ¿Me estas amenazando de muerte?

—No dije que sería yo quien te mate —paso sus manos por su cabello engomado y me miro fijamente— Dije que te mataran y amo demasiado mi vida como para atravesarme intentando detener la bala. Sin embargo, si hablas me obligaras a hacerlo y en el proceso, nos mataran a ambos ¿Y sabes? Sería imposible para mí decirte muchas cosas.

— ¿Qué quieres decir?

El chico mordió sus labios y me miro perdiéndose en mí.

—En su debido tiempo, sabrás.

El vapor del agua caliente en la regadera me hace evocar un poco de paz. Pero con la calma vienen los recuerdos, aunque también los demonios. Esos que quité de mi vida y que he estado intentando evitar para no convertirla en el infierno que fue, para no traer las flamas al paraíso que tanto me intento construir.

Respiro hondo y dejo que las gotas de agua me lleven con ellas. Me transportan a un mundo que hace años me construí en la imaginación.

Flash Back

Estoy pateando en mi mesita alta para comer. Tiene unos lindos dibujos de monos, bananas y selva, me aprieta un poco. Pero me distraigo con los

patrones de la tela en mi vestidito negro con blanco. Tiene pequeños hilitos suaves que me estoy ensuciando con el puré de papas en mis manos y bueno, mi boca y la cara de mamá, sobria en estos momentos.

Ella tiene unos ojos marrones tan bonitos. Su cara es delgada y su cabello color chocolate, tan largo como el cordón que va de aquí a la luna, está recogido en una coleta.

— ¡Mónica, ahora tengo que lavarme! —me regañó levantándose de su posición en cuclillas y tomando así un pañuelo de cocina, el cual mojé para limpiar su cara y proseguir conmigo.

—Así está mejor —dijo sonriente, tomó mi nariz entre sus dedos y la pellizco.

Comencé a llorar, cuanto odio que haga eso. Pero me vi obligada a callar, porque un azote en la puerta con tal magnitud solo puede ser de una persona: Mi padre.

Es un hombre alto y atlético, con una mirada penetrante, del color de los zafiros que brilla cuando me ve. Pero yo solo siento miedo. Lo veo de mes en mes, cuando se digna a aparecer, según mamá, quien se levanta anonadada dejando el pañuelo verde con rayas blancas sobre la mesa del comedor.

—Terreen, no te esperaba. Si quieres puedo hacerte algo o...

El hombre de pelo negro negó con la cabeza y se dirigió a mí. Intentó levantarme y yo comencé a patallar.

—Tan fuerte como su padre —masculó con orgullo, pero empecé a llorar. El hombre me sonrió y me puso en la mesita alta al tiempo que susurraba —: Un día sabrás cuanto te quiso papi y espero que ese día no llores.

Mi madre contuvo un gemido.

— ¿Qué sucede, Terreen? —Puso su mano derecha en su corazón y la otra en su boca— ¡Sabía que pasaría!

Mi padre se acercó a ella y la abrazó haciendo que no se escucharan tanto sus sollozos. Ella comenzó a darle puñetazos en el pecho, pero mi padre tomo sus muñecas inmovilizándola.

La miró a los ojos y le dijo: —A mí la vida me dañó, tu no mereces que yo te dañe.

Mi madre levanto la vista esperanzada y entre sollozos exclamó: — ¿Has pensado que podrías hacer feliz a una persona con solo sonreír? —acunó

su rostro entre sus manos, lo miro a los ojos y entonces susurro: —Pues esa persona soy yo.

—Ya no queda nada que hacer.

—Terreen Santineli siempre tiene algo que hacer —dijo mamá pensativa, soltándose del agarre de mi padre con un aire de esperanza.

—No esta vez...

Mi madre contuvo el llanto y entonces con un grito detuvo el mundo.

—Dijiste que nadie nos separaría. Olvidaste decir que nadie tiene falda, bonitas piernas y voz de mujer.

—No nos estamos separando —mi padre intento tomarla por la cintura, pero ella se negó.

—Yo te estoy echando de aquí —contestó mi madre casi sin voz. Mi padre simplemente bajo la cabeza, me miró y se encaminó hacia la puerta.

Pero esta vez no fue un portazo lo que rompió la tranquilidad y tampoco el grito que vendría después. Sino el balazo y el golpe seco en el frente de la casa...

Fin del flash back

Con una gran exaltación salgo de mi momento de «relajación». Aunque para mí, fue más bien de estrés. Ahora tengo una nueva pregunta, la cual probablemente solo una persona pueda responder... O una fría lapida.

No me da tiempo para reaccionar, porque un toque desenfrenado en la puerta del baño, me deja gélida. Me puse mi toalla de baño y cuando abro Grayson está sosteniendo un arma.

— ¿Estás bien?

— ¿Por qué tendría que estar mal?

De pronto, parece darse cuenta de que estoy casi como Dios me trajo al mundo.

—Estamos bajo... —se sonroja— bajo ataque Santineli, toma ropa y...

—Espérame en la sala.

Él negó con la cabeza.

—Me mandaron a protegerla.

— ¿Protegerme?

—Connor...

Cerré la puerta en su cara para ser consciente de pronto de las detonaciones en el exterior. Pero apartando todo eso y como si fuese poco, la razón de mis cuestionamientos y la de mantener mi boca cerrada, están en la sala de esta casa en este preciso momento, luchando a muerte por quien sabe qué razón.

¿Y si esa razón...? ¿Y si yo soy una Santineli?

Capítulo 13

11: Todos tenemos una historia

El silencio de Grayson ante la situación, no me ayuda mucho. Simplemente estoy aquí a su lado, detrás de la puerta de mi armario, esperando a que el fuego baje o que hayan tantas bajas de un bando, que ya no haya ser andante a quien disparar. Ambas opciones son perturbadoras.

—Grayson...—susurré con voz entrecortada.

— ¿Sí?

— ¿Cuál es la razón de esta guerra?

El chico dudo un poco, pero finalmente respondió.

—No lo sé...

— ¿Cómo que no lo sabes? —el espacio reducido comienza a dejarme sin aire.

—Pues, supongo que no teniendo el conocimiento de algo, es que no se sabe nada sobre el asunto.

— ¿Pelear por algo que no conoces?

—Peleo por dinero, no por razones.

—Así que tu eres un matón...

Él gesticulo con sus manos y cara un «más o menos»

—Prefiero el término «Asesino a suelo» pero, sí —siguió custodiando la rendija de la puerta en mi armario con su arma en manos—. Soy un matón— empujó la puerta y salió.

Un hombre de un metro cincuenta, está fumando una pipa y tiene su mano derecha escondida en el bolsillo de su traje de vestir. Sus facciones son claramente asiáticas y su cabello un poco blanco, quizá y por la edad,

le da un aire de elegancia. Sí, estos tipos son delincuentes con clase, nada más, nada menos.

—Quédate dónde estás —susurró Grayson.

—Oh, así custodian los tesoros. Puedo ver a la perla detrás de la ropa de mal gusto, muchacho.

«La perla» No entiendo muy bien a que se refiere, pero no puedo respirar, no aquí. Así que desobedezco toda orden y salto al lado de quien intenta protegerme. Pero lo vuelvo a decir, soy la chica de las películas de terror, esa que abre las puertas para conseguirse con la perdición.

El asiático parece sorprenderse de mi acto claro de estupidez. Y Grayson, se limitó a blasfemar por lo bajo.

—Vaya, decían que eras hermosa, pero esto es pasarse —dijo el asiático soltando el humo de la pipa.

—Cierra tu boca, Santineli.

«Santineli» ¿De dónde me conoce éste tipo? Pregunto mi mente uniendo las fichas.

— ¿Por qué dice eso? —le susurré a Grayson, pensando que aquel hombre no me escucharía. Pero lo hizo y pareció divertirse.

—Ven conmigo y sabrás el porqué —pensó un poco, y finalmente dijo —: Mónica.

Que mi nombre saliera de sus labios, me dejó helada, petrificada en mi lugar. Sumando a la larga lista de preguntas, unos nuevos signos de interrogación.

— ¿Qué acaba de decir?

—No lo escuches, Mónica, solo quiere confundirte.

El asiático soltó una carcajada y entonces se guardó la pipa en la parte interior de su saco.

—Piénsalo, Mónica.

Grayson apuntó justo en medio de los ojos, pero el asiático fue más rápido y le puso una bala en su brazo. En ese que sostenía el arma, lista para disparar. Le soltó una mirada de desprecio y luego me miro

expectante.

—Solo piénsalo, bonita —dijo soltando una sonrisa un tanto cínica y desapareció.

Me arrodille a ver a Grayson, el cual maldecía al tipo.

—Hagas lo que hagas, no salgas a la sala ¿Está bien?

—Pero, ¿y si te desangras? —pregunté buscando algo con que pararle, pero es inútil. No presté atención en clases de primeros auxilios, el profesor era un... ¡Debo concentrarme! Me dije buscando a tientas.

—Solo pasa un pedazo de cobertor de camas.

— ¿Cómo? ¿Te la paso completa?

— ¡Córtala!

Con mis manos temblorosas, quite el un pedazo de cobertor y se lo pase. Grayson lo enrolló alrededor de la parte baja de su hombro y entonces suspiró.

—Voy a estar bien, son deberes del oficio.

—Entre esos deberes, acabaras muriendo.

—Sabia esto cuando entre a la mafia...

Me quede mirándolo un rato. Las detonaciones se escuchan en la sala; lejanas, pero en el jardín hay un silencio perturbador. Me permití pensar en las palabras de aquel hombre asiático y en su invitación un poco fuera de lugar. Espero que esto no confirme mis sospechas y si lo hace, aspiro no salir muerta por estar habitando un territorio enemigo.

— ¿Por qué entraste a la mafia? —pregunté de pronto. Si voy a estar encerrada con él por una media hora, debemos tener un tema de conversación. Eso o la incomodidad y el silencio acabaran matándonos.

—Digamos que... Necesitaba un poco de paz para mi alma —comenzó sosteniendo su herida, aún apretándola con la mano izquierda—. Mi padre era policía y fue asesinado en un caso el día de navidad. Esperábamos en casa con el pavo y las velas, pero su plato quedo frío y su silla vacía.

— ¿Y qué tiene que ver eso con la mafia?

—Que quien lo mato no fue un maleante, fue un compañero que quería quedarse con su puesto —contestó mirando a la ventana—. Entonces,

desde pequeño entendí que la justicia es solo una noción del bien y que la única que existe es la divina. Nosotros como humanos no podemos juzgarnos entre sí, pero sí podemos quitarnos la vida entre todos, para que el superior lo juzgue por tus actos.

Me quede pensando. Mirando la misma luz lejana, que sospecho, él mira también.

— ¿Y tú? ¿Por qué entraste?

—Yo no he entrado a la mafia.

— Sin importar el estatus, todos aquí tenemos una historia, hasta los de la familia...

Cuando dijo estas palabras, sentí un escalofrío recorrerme.

—Grayson, ¿Qué ibas a decirme cuando nos conocimos?

— ¿Qué iba a decirte de qué?

—Pues de Mileto...

Se quedo mirando al suelo y susurró.

—El niño no es un Cappone, hace tiempo se enteró de eso.

— ¿No es un Cappone?

—Connor lo averiguo hace unos años, le dijo a Cecilia y al niño...

—Y Cecilia te dijo. Pero si no es un Cappone, ¿qué es?

Grayson me observa ausente y ahí, me doy cuenta que mira hacia la puerta donde Connor recostado al marco.

De todas las cosas que llevo conociendo hace un mes y medio aproximadamente, aún no me acostumbro a la mirada penetrante de Connor Cappone. Luego de aquel hallazgo tras su retrato, nada ha vuelto a ser igual; ni su intensidad sin sentido hacia mi persona, ni tampoco los encuentros como el de hace una semana: él recostado en la puerta de mi cuarto para asegurarse de que Grayson y yo estábamos bien.

Observo a Mileto haciendo su tarea de español y me doy cuenta de que, si bien no es un Cappone, tiene ciertos rasgos de Connor en sus facciones. O son sus gestos, quizá, pero algo en él me recuerda a su hermano. Recuerdo cuando Mileto dijo «Él se parece más a mi madre» y entonces me pregunto: ¿quién es o fue, la madre de estos niños?

Estamos en el gran salón, está del lado de los señores, justo en frente de la habitación de Mileto. Tiene los pisos en mármol, como casi todo en la casa, pero el patrón es distinto y juega con la vista del que se ponga a mirarlo. Las paredes, están en un tono de madera más suave en el techo, cuelga lo que parece ser una réplica de la araña de techo en la entrada.

— ¿Puedes dejarme comer un poco y luego terminar? —me miró sentado desde la alfombra mientras superviso desde el sofá que haga sus deberes.

Betzabeth, se aproxima con una bandeja y a mí me tiembla todo. Son tantas las preguntas que tengo sobre ella. ¿Qué hacía en aquella habitación oculta con Connor? Y además, ¿tienen un romance? Ella me mira de reojo mientras coloca un plato de cereal en la mesa donde está el niño. Esta mirada está cargada de muchas cosas, entre ellas, ¿Miedo?

—Mileto, ¿Qué tal si comes mientras, voy a tu habitación por información para la tarea?

— ¿Vas a ayudarme a hacerla? —preguntó animado, ignorando así mis verdaderas intenciones.

Puedo ver como cada musculo del cuerpo de Betzabeth se tensa, pero no me importa, es hora de tomar el toro por los cuernos, o mejor: las verdades por la garganta.

—Sabes que es mi deber, chiquillo.

Me levanté justo en el momento en el que Betzabeth, no sé si escapando, sale por las puertas dobles de madera. Igual, la atrapé al final del pasillo y no le quedo otra que detenerse. Era eso o emprender una carrera sin sentido para quien nos viese, levantando sospechas de que lo que guarda, es bastante grande.

— ¿Qué sucede? —preguntó la morena. Aún está de espaldas y me mira por encima del hombro.

—Dímelo tú —contesté acercándome con sigilo, poniendo cuidado especial en mis pasos.

—Yo no tengo nada que decir —dijo astutamente y sin mirarme a los ojos,

puesto a que ahora, la tengo frente a frente, impidiéndole el paso.

—Nosotras sabemos que sí.

— ¿Tú y quien más?, porque yo no me incluyo en saber cosas.

—Pero yo si te incluyo, pequeña amiga.

Ella soltó una sonrisa sónica.

— ¿Y yo soy tu amiga?

—Me gustaría pensar que sí. Pero entonces, temo equivocarme, así que mejor diré que no y en todo caso, eres alguien de interés. —contesté rápidamente y sin dejar signos de duda en mis palabras.

—Bien, bien, señorita Mónica Bradshow —replicó, haciendo un gesto que aprobaba mis palabras—. Hemos llegado a un punto, aquí no hay amigos, así que no te fíes de nadie. Es más, aún mejor, aléjate lo más que puedas de lo que viste. Si es posible, de aquí. —pasó por mi lado tropezando mi hombro y dejándome gélida en aquel pasillo. Aquí, la luz del sol entra por cinco ventanas consecutivas y da la ilusión de parecer una iglesia, ivaya comparación hace mi mente retorcida!

Aunque no sé a qué viene la advertencia de Betzabeth, la tomo en cuenta mientras me dirijo a la habitación del niño; es bastante grande, mucho más que la mía, claro está. Sigue el patrón de la casa, aunque sus paredes están de un color mucho más fuerte y está desprovista de ventanas.

La computadora al lado de su cama, en la mesa de noche, junto a la foto de una mujer joven en vestido de novia. La chica tiene los ojos verdes, la tez blanca y el cabello largo y en ondas. Dejo de pensar en cosas que no me incumben, tomo la laptop gris que abro rápidamente.

Le doy al icono del buscador y busco la biografía de Benedetti. Pero en el preciso momento en el que abro Wikipedia, mis preguntas vuelven para acosarme. ¿Y si mi padre tiene una biografía? ¿Esto no aclararía mis dudas?

Me acomodo un poco en la cama, intentando liberar la adrenalina que esta idea me produce y tecleo: Terreen Santineli. Me estremezco cuando se despliegan una serie de noticias.

Fue un gran mafioso. Estuvo al mandato de la familia Santineli durante unos años. Asesinado, según esto, por un maleante vengativo, pero se desconocen las causas, o el porqué de la venganza. Solo se sabe, que

como todo en la mafia, fue un ajuste de cuentas.

Cerraron el caso por falta de evidencias y si bien no me conmueve su muerte, sí lo hace un poco el camino que tomó. Eso y saber quién era o fue en mi vida. ¿Cuál sería la historia de mi padre? O bueno, sus razones para entrar en este medio.

En un portal de noticias, me conseguí con algo que me paralizó: Sus restos fueron enterrados en Georgia. Justo al lado de la infanta que perdió la vida, quien se presume su hija... Mónica Santineli. ¿Por qué aquí dice que estoy muerta?

Mileto aparece y rápidamente cierro la noticia de unos cuantos años atrás que me ha revelado parte de mi presente. Tengo que disimular un poco mi angustia mientras el niño copia su tarea y yo atribulada, decido visitar la tumba de mi padre. Y tal vez, ¿la mía?

Capítulo 14

12: Puedes escapar, pero no esconderte

La suave brisa de un invierno latente me golpea en la noche de principios de noviembre. He decidido, que si no es hoy, no es nunca. Porqué a tener tantas preguntas en una sola mente no es sano; acaban haciendo a un lado la cordura y convirtiendo al ser humano en un instrumento auto destructivo. O bueno, tal vez yo sea autodestructiva, un poco loca o más bien suicida, al intentar escapar de una casa de mafiosos. Pero, yo quiero ser la gata que murió sabiendo; la curiosidad no es buena, puede acabar con la vida de lo que le contiene.

Me abrí paso por el ancho jardín y con la creencia de que ninguna construcción es perfecta, me dirijo hacia la gran muralla que nos separa del exterior, tal cual como una burbuja. Lo primero que debo hacer, es escapar, y luego pensar en cómo demonios voy a llegar a Georgia y regresar en el intento. Escapar, porque no creo que les agrade a los dueños, que la niñera se haya ido luego de dejar al niño durmiendo.

Recorro los alrededores y al parecer, si hay algo perfecto en el mundo, o bueno, cercano a eso, es esta estúpida valla perfectamente construida; ningún bache u orificio construido por la erosión.

¡Mierda!

Me encuentro ahora en el frente de la casa, la reja esta erguida frente a mí, pero cerrada. Me permito respirar profundo, haciendo que el aire frio congele mis pulmones. No es para menos, en un intento desesperado, sin un plan, ni un mapa, no pude haber esperado que saliera bien.

Me siento frustrada, pero a la vez aliviada. Tal vez ahora sí puedo tener un poco de calma para planear mis movimientos y conocer el sitio, para formular una idea tonta menos en la cabeza y por fin salir de aquí. Para poner una respuesta a los signos de interrogación que rondan mi mente, así como las polillas a la luz.

Mientras regreso a la casa, se me ocurren miles de cosas, pero entre todas, recuerdo la última y única vez que salí de aquí. Me permito darle una pausa a mis preguntas y enfocar mi atención en otra cosa, o bueno, en alguien que no hace más que ser otro enigma; otro fino interrogante

con nombre, apellido y una atracción inminente y peligrosa que no me llevará a nada bueno.

Cedo a las peticiones de mi cerebro de recorrer con mis dedos cada pared de madera de en la casa, de darle una distracción a mis ojos con el granito del suelo y de sentirme en otro mundo siguiendo las formas del yeso en el techo. Es media madrugada, pero para mí, el inicio de una pequeña aventura sin el cielo abierto. De repente, me consigo con un pasillo que ya conozco y con un sonido inconfundible proveniente del final.

La luz de la luna entra por las ventanas consecutivas, mientras yo, siendo demasiado estúpida o teniendo poco sentido común, me dejo guiar por el piano y su melodía, como si fuese una abeja que sigue rastros de polen. Le doy paso a la advertencia de Betzabeth mientras camino y aún así, solo somos la música desde el gran salón, mi inminente llegada y yo.

Aléjate de lo que viste. La frase se repite en mi mente una y otra vez, pero las notas la borran en solo segundos ¿Estoy siendo una idiota y debo escapar? No lo sé, quizá deba irme, pero cuando tomo esas decisiones, Connor se materializa en la esquina de aquel gran salón. Está tan ensimismado en la música, que me absorbe en el torbellino de emociones, que se asientan en mí.

Había ignorado por completo aquel instrumento cuando estuve aquí, este que con manos maestras es tocado a altas horas de la noche y como si no hubiese mañana. Sin embargo, saliendo de mi pequeño trance, me doy cuenta de que no debo estar aquí, de que quizá se enoje por estar espionando en un momento en el que tal vez quiera estar solo.

Lentamente doy unos cuantos pasos hacia atrás. Pero la rendija de la puerta, por la cual estaba viendo a aquel muchacho, suena y él detiene el deleitante sonido para mis oídos.

— ¿Quién anda ahí? —exigió saber un poco asustado, levantándose del pequeño banco de negra madera pulida, que hace juego con el piano.

¡Tonta! Me grite, mientras me hago paso lentamente entre las puertas.

—Oh —dijo al verme. Parece un poco aliviado— Solo eres tú.

—Lo siento, no podía dormir y...

—Decidiste salir a caminar —completo sentándose de nuevo en el banco.

—Algo así, pero creo que debería irme —contesté dándome la vuelta, pero

interrumpió mi perfecta huida a los sentimientos con sus palabras.

—Puedes escapar, pero no esconderte, Bradshow.

—Justo eso dicen en las películas de terror y la protagonista siempre asesina al villano. —repuse de súbito, dándome la vuelta y encarándolo.

—Yo creo que es más bien la estupidez de la protagonista, la que se mete en líos por andar con tonterías, eso, o no pedir ayuda...

— ¿A qué te refieres? —pregunte haciéndome la inocente y ocultando mi nerviosismo.

— ¿Crees que no hay circuito cerrado en la casa? —replicó mirándose las uñas perfectamente recortadas— Pero para tu suerte, estoy de guardia y nadie más te ha visto.

—Yo...

— ¿Para qué quieres salir? —incursionó un poco en mi mente, acercándose a pasos largos hasta mi.

—No te incumbe.

—Parece que ahora si —alcé mi barbilla, topándome con él a centímetros de mi cara, sus ojos verdes y su mirada causan una pérdida de rigidez en mis piernas.

—Asuntos familiares —dije sin más, alejándome del peligro de caer en las palabras. Del orgullo y aquella seguridad que exterioriza el capullo cerrado que es Connor Cappone.

—Tus asuntos familiares, al parecer, me conciernen ahora...

—Es tu problema si te las quieres dar de entrometido —respondí ofendida y dándome la vuelta con intenciones de salir de ahí; no tengo muy claro lo que mi cerebro le dice a mis músculos en estos momentos.

— ¿Qué tal si yo te ayudo a escapar?

Me detuve en el acto, mirándolo por encima del hombro y dándome cuenta de que habla en serio.

Cecilia, baja lentamente las escaleras. Puedo verla desde la oscuridad que me escuda bajo el arco; lleva aún su pijama amarilla y unas pantuflas, con un bolso que cuelga de su hombro derecho que sostiene con decisión.

— ¿No es muy temprano para andar fuera de la cama? Señorita Cappone —le sorprende desde mi escondite, sostengo una taza de café, pues no he dormido nada.

Ella parece morir del susto, pero entonces se da cuenta de que soy yo, su ex amiga de casi toda la vida. Ex, así con X de «ya no es importante» y con E de «End»

—Mónica, agradecería que no me llamas así —dijo suspirando, pasando el susto.

—Y yo agradecería que me hablara de usted.

—Como si no nos tuviésemos confianza —susurró desistiendo de cargar la mochila y dejándola caer en el suelo.

—Que tú me tengas confianza, no quiere decir que yo te la tenga —contesté acercándome y sintiendo lo caliente de la porcelana en mis manos.

— ¡Vamos, Mónica! Tienes que entender que hay cosas que no debían ser dichas.

—Y así como hay cosas que deben callarse, hay hechos que hacen que salgan —tomé un poco de mi café y completé mi idea—: Lo que sucede con esos hechos, es que hay veces que no son los mejores, pero te dejan una idea clara de quienes son las personas.

—Supongo que entre cielo y tierra no hay nada oculto —comentó Connor bajando las escaleras.

—Y supongo, que tú no dejas de ser entrometido —dijo ella dándose la vuelta y consiguiéndose con el muchacho.

— ¿Vas a alguna parte, hermanita? —El muchacho sonó cínico, pero a la vez serio. De hecho, así parece su ceño al encontrarse con el pequeño bolso naranja en el suelo. Lo levanta y la mira como esperando una explicación.

— ¿Otra vez?

—Yo no... —Cecilia comenzó a negar con la cabeza— Sabes cuales son las

razones.

—Las sé, pero no se me hacen suficientes.

Ahora mismo me siento ignorada, como si no necesitara estar aquí, en primer lugar. Pero debo y quiero...— ¡Leila! —grito Connor a los mil vientos.

Entonces, una muchacha subordinada de Betzabeth, apareció por el oscuro pasillo con su gran masa de cabello rojizo, un cepillo de dientes en la mano y una pequeña batita rosa en seda. Connor, al ver la vestimenta de la muchacha, hizo como si ignorara el hecho, pero un leve enrojecimiento le robo el protagonismo a las reservas que intentaba guardar en ese momento. Le pasó sin mediar palabra el morral a la muchacha que sonrió con frescura y subió las escaleras. Cecilia bajó la cabeza y siguió el camino que iba marcando Leila.

— ¿Todo listo? —preguntó dándose la vuelta y rompiendo mi burbuja de invisibilidad ante los hechos.

— ¿Seguro que Mileto no me buscará cuando despierte?

—Le he dejado un regalo, así como si fuese papá Noel. Lo menos que querrá será ir a la escuela o verte —rodó los ojos y se encaminó hacia la puerta. La abrió y dejó entrar unos rayos de sol—. ¿Vienes?

Me limite a asentir y salí solo para oír como cerraba la puerta y ver como baja los escalones del pórtico. Caminó sobre la gravilla e hizo sonar la alarma del mismo auto en el que me subí aquella vez. Estoy paralizada en el primer escalón, mirando sus acciones: su gracia al caminar, el tintineo de sus llaves en su dedo anular y como les da vuelta.

— ¿Te vas a quedar parada ahí, Bradshow?

—Solo estoy examinando que no sea una trampa, Cappone —contesté bajando lentamente los escalones y haciendo rugir la gravilla bajo mis pies.

—Tú solo sube al auto.

Obedecí y en cuanto el auto estuvo fuera de esa gran muralla pude respirar hondo.

— ¿Georgia? —preguntó de pronto, parece estar intentando mantenerse en calma.

— ¿Cómo lo sabes? —indague extrañada.

—Porqué a menudo voy al mismo lugar.

Guardó silencio y le puso más velocidad al auto. Éste que, al parecer, es su favorito. Me enfoqué en mirar el paisaje que dejábamos atrás; como se cambian las palmeras altas por pinos y como las hojas de algunos árboles caen debido al otoño y su paso a pies agigantados.

¿Va al mismo lugar que yo? Me permito pensarlo, pero su silencio sepulcral, roto a penas por el rugido del motor, me deja claro que no debo hacer preguntas si es que no quiero una mala respuesta.

Nos estacionamos en un pequeño pueblo, luego de pasar la frontera entre ambos estados. Al bajarnos del auto, me doy cuenta de que estamos del otro lado de la calle ante la fachada delantera a una barbería y una carreta con flores. Frente a todos estos negocios, se encuentra lo que parece ser un parque, pero no está ni cerca; es un cementerio con una reja metálica que se extiende por todo su lado de la calle. Dentro, se pueden ver distintas gárgolas, ángeles y esquelas con distintas inscripciones.

Me quedo paralizada, pensando que ayer estaba enloqueciendo si planeaba venir a un cementerio a media noche. O por lo menos a este. Porque de solo verlo del lado izquierdo de la calle, me recorre un escalofrío.

—Es el mal llamado «cementerio de mafiosos» —dijo Connor detrás de mí. Lo miro de nuevo y sostiene un gran ramillete de flores.

¿Para quién son? Me pregunto mientras cruzamos la calle, va adelante con paso decidido. ¿Cómo sabía a donde iba? Son varias las preguntas que me pasan por la cabeza mientras él abre la chirriante reja con cautela. Casi no hay nadie por las calles. Solo el viejo de las flores y puede que uno que otro barbero curioso en el frente. Al parecer, pocas personas vienen por estos lados.

Nos paramos en medio del gran panteón. Muchas tumbas se extienden de lado y lado, irrumpiendo la continuidad del pasto mal recortado y de la maleza que lentamente se hace dueña de lo que el hombre le quitó.

— ¿Sabes a dónde vas?, ¿O quieres que te dirija? —indagó por encima del hombro.

—En primera instancia, ¿Cómo sabes a donde voy?

—Solo sígueme —continuó su camino y dos pasos más adelante, cruzó a la derecha. Pasó cuatro pequeñas esquelas y se detuvo frente a tres que

están unidas; pegadas entre sí.

Me arrodillo y toco la esquila de la izquierda, en la cual dice mi nombre, al tiempo que se me acelera el corazón. Siento la mano de Connor en mi hombro y un estremecimiento me recorre.

—Ambos nos engañaron, Santineli. Ambos engañaron a sus familias por un amor imposible.

Levanto la vista ante sus palabras y veo que algunas lágrimas recorren sus mejillas. Se arrodilla a mi lado, dejando caer su ramillete y veo entonces que dice: Ofelia Cappone, en la esquila del centro.

La tumba de su madre, esta junto a la de mi padre.

Capítulo 15

13: Efecto colateral del amor imposible

Corría el verano del ochenta y seis y Ofelia Cappone, obstinada de ser una hija de la mafia, decidió vivir por sus propios medios. O bueno, simplemente simular que era otra chica más disfrutando sus años universitarios en New York. Era irónico quizá, que al ser hija de unos mafiosos recién llegados de Sicilia, Italia, la chica estudiara leyes. Pero así era y le iba de lo mejor.

Para su sorpresa, luego de ser una niña malcriada de papá, le fue perfecto: mantenía su renta trabajando en un bar de moda en el campus y con suficiente dinero, consiguió pagar su propio auto. La vida le sonrió a Ofelia Cappone o al menos, por unos cinco años.

Miriam Pevens, así era conocida por el mundo desde hacía 5 años. El nombre fue un regalo de su padre, Vittorio Cappone. El cual, exiliado de Italia por sus crímenes, decidió sembrar sus negocios en la elite Estadounidense. Viendo los deseos de su hija, decidió alejarla del mundo en el cual nació; de la cuna de oro manchado con sangre que por mucho que intentara borrar de su memoria con regalos caros y cantidades exorbitantes de dinero, siempre era sacada en cara cuando menos lo esperaba.

Trabajando del lado contrario de la ley, Miriam, no hizo otra cosa que hacerse enemiga de sus raíces. Que ahora, por mucho que intentará dejar a un lado, siempre acababa evocando en la cara de los acusados, que como abogada principiante, tenía en frente día tras día en los juzgados.

Miriam Pevens, la chica de cabello oscuro, ojos verdes y piel blanca y perfecta. Esa que inspira aires europeos a quien le observa con atención; ese aire italiano, que por más que intentó alejar de su vida, siempre es recordado cuando se mira al espejo.

Pero algo salió mal en sus planes, terriblemente mal para ser exactos. Cuando entró a la sala a conocer a quien esperaba su defensa: Terreen

Santineli. El acusado de falsificación de firmas, fue liberado a los tres días y quedando en total plenitud de sus derechos, acudió a la cita concretada con aquella mujer de mirada más hermosa que la suya.

El romance entre la chica con doble identidad y el mafioso reinante, creció como la espuma. Y en las calles de la pujante Manhattan no hacían otra cosa que demostrarse aquel cariño. Hacían esto, hasta que los Cappone entraron en el acto.

Una tarde, Vittorio Cappone apareció de la nada, interrumpiendo lo que crecía entre las sabanas de aquel departamento que con sacrificio Ofelia Cappone había adquirido y derrumbando su mundo en un abrir y cerrar de ojos.

Su sentencia fue clara: No dejaría que la sangre Cappone y Santineli se mezclara. Y cuando Terreen se enfrentó al suegro desestimado, no hizo otra cosa que obtener una orden de alejamiento. Eso y que su amada, ahora Ofelia Cappone, fuese arrancada por la fuerza de la vida que había construido y mandada a su natal Sicilia, donde fue enlazada con su propio primo: Misael Cappone.

— ¿Y entonces? ¿Qué paso? —pregunté consternada y esperando un poco más de la historia, pero Connor simplemente estacionó frente a la casa.

Se ha hecho un poco más de las 8: 30 am. Pero, con la historia de camino, el tiempo se ha pasado volando.

—Entonces nada —contestó soltando un poco el aire.

— Es que, parece una historia sin final.

—Hay veces, que las historias no tienen un final. Nada hermoso ni trágico. Simplemente quedan varadas en la nada: en la tierra de los cuentos inconclusos.

—Esto es absurdo, no responde nada.

— ¿Quieres una respuesta a tus preguntas? —Indagó volteándose del todo hacia mí— Pues pregúntale directamente a quien por ende debe saber; tu madre.

— ¿Mi madre? —Contuve una carcajada— Ella cree que estoy en otra parte del mundo y ni siquiera le importó.

—Tal vez pensó que era lo mejor dejarte ir.

—No he tenido una sola circunstancia en mi vida, en la que lo mejor, sea dejar ir a alguien que de verdad amas.

Connor se quedo mirándome evaluando mis facciones, para finalmente decir —: Pero las tendrás y lamentablemente para ti, será muy doloroso.

Abrió su puerta e intenté seguirlo, pero un bloque de carne y hueso se encuentra frente a la puerta y nos mira con ceño fruncido: Misael Cappone. El viejo zorro tiene sus brazos en jarra y no tarda en dirigir su reprimenda al mayor de sus hijos.

—Si vas a follartela, que sea aquí. No tienes que llevártela a ningún hotel.

Yo contuve una reacción de ofensa, ¿Qué se piensa éste viejo?

—Padre... —advirtió Connor pasando por su lado.

La nuca no me da las fuerzas para subir la cara y mirarlo, ¿Qué acaba de decir?

— ¡Padre nada! —Cerró la puerta. Y decidí que es mejor quedarme en los escalones del pórtico por un momento. Desde aquí, escucho las palabras del jefe de la mafia—: Has andado con la mitad de las subordinadas del ama de llaves. No te has liado a la cocinera por ser muy vieja y comprendo que ya vayas por la niñera, ¡Pero no puedes andar sacando al personal! —escucho como ruge y me erizo por completo.

— ¡Tú no tienes porque hacerle pasar a la chica una vergüenza tremenda!

— ¡Y tú no tienes porque sacarla!

— ¡Eres intransigente! —la voz de Connor se desvanece y la vergüenza me sube de golpe al darme cuenta de que puedo entrar a la casa.

Me quede sin habla, sí. Pero quizá es por lo que acabo de descubrir. Necesito con desesperación, poner los puntos sobre las íes. Porque de lo contrario, acabaré volviéndome loca. Creo que es mejor para mí, evitar la mirada humillante de Misael Cappone, así que me dirijo a la cocina; necesito procesar todo de una forma lenta, analizar lo que escuché del

mismo Connor que al parecer, sabe mi verdadero apellido, ¿pero cómo?

Mis sospechas, han sido la reserva que me he mantenido durante casi un par de meses que tengo aquí. No comprendo cómo ha adivinado mis preguntas y como, de cierta forma, le ha dado respuestas.

Lucy, Stela y Grayson están jugando cartas en la cocina. Ambas subordinadas, aún sin conocerme, me saludan con ligereza.

— ¿Quieres unirme? —pregunta Grayson sin levantar vista de su mano de cartas.

—Puede que después.

— ¡Vamos! —me anima Stela, una rubia de ojos miel y cuerpo perfecto. No comprendo cómo está limpiando esta casa, en vez de estar trabajando de modelo.

Lucy, la pelirroja un poco gorda de unos dieciséis años, me sonrío con timidez y dice —: Eres la única que no se ha tratado con los demás.

— ¿Qué quieres decir? —fruncí el ceño y tomé una botella de agua del refrigerador.

—Tal vez, está en su fase Connor —la rubia rodo los ojos y puso una carta sobre la mesa.

— ¿Fase Connor?

—Ya sabes, el tipo te coquetea y luego de que te hace pensar que eres el amor de su vida. Te cambia por la siguiente empleada de su papi

—Grayson tomo un sorbo de su jugo y después de decir esto me sonrió.

Así que por eso ha estado tan intenso conmigo...

Capítulo 16

14: Respuestas obvias bajo la almohada

El retrato de quien ahora reconozco como Ofelia Cappone descansa sobre la mesa de noche de Mileto, mientras, el niño absorto en su juego solo da señales de vida mediante la respiración. Connor tenía razón, le dio una PlayStation y desde que se despertó no ha dejado de matar... bueno, cosas que se matan en video juegos.

No ha querido ir al colegio, lo cual es bueno, porque mandaron un citatorio por tomar las riendas de una disputa. Pero de eso, se encarga la chica que estuvo a punto de escapar: Cecilia.

Mis pensamientos divagan en cuanto estoy sin nada que hacer. No hay distracciones que me saquen de lo inevitable: volver una y otra vez a mis preguntas sin respuesta y así, es como regresan a Betzabeth.

Betzabeth.

Quizá, la chica también sea otro juego de Connor o puede que hasta sea la novia principal y luego de su petición de que me aleje, ¿Será que siente que la amenazo en el campo amoroso?

Mileto volvió a perder en su juego y mirándome con desdén pregunta —: ¿Todavía estas aquí?

—Si me ves, pues lo estoy. No soy un holograma —rodé los ojos y él soltó una carcajada.

— ¿Puedes ir a ver qué hizo Morris para el almuerzo?

—Pero si ya paso.

El niño abre mucho los ojos.

— ¿En serio? —se encogió en hombros, recordándome con ese gesto a su hermano y me dedico una sonrisa— el tiempo pasa volando cuando uno se divierte. Pero en serio, tráeme algo de comer.

El niño corrió hacia el baño y me dejó sola en la habitación; sentada en su cómoda cama y observando a una mujer que comenzó el enigma que revolotea mi cabeza. ¿Cómo termina la historia de amor entre mi padre y

ella? No me creo lo de la tierra de las historias inconclusas, porqué todo tiene su final, bueno o malo simplemente finaliza. Así sea un intermedio, pero llegó hasta ahí, cerró su círculo desgarrador, o esperanzador, para bien o mal. Pues los «para siempre», fueron inventados por almas desesperadas por un poco más de tiempo.

Me levanto, y le hago caso a quien ahora me domina para conseguir dinero. Dinero, ¿hasta dónde es capaz de llegar el humano para conseguirle? Si, hasta el punto de permitir que un niño de primaria mande mis acciones, genial.

Recorro el pasillo por el cual resuena la advertencia de Betzabeth. Me permito pensar en las palabras de Stela: «La fase Connor». Por un momento, agradezco no haberme dado el lujo de ilusionarme, solo fue una atracción reversible, afortunadamente. ¿Fue así, no?

Suelto un suspiro y llego hasta la cocina. Morris está sentada, viendo en el pequeño televisor un programa de cocina. Hago el sonido de un «Toc toc» sobre el mesón provocando que ella ponga mudo al pequeño aparato color negro y levante la vista dirigiéndola a mi persona.

— ¡Mónica, querida! —Morris sonrió y se dirigió al horno microondas de un gris platinado al lado del refrigerador. Abre la puerta y saca un plato con macarrones y queso.

— ¿Cómo has sabido a lo que vengo?

—Por favor —soltó una carcajada—, Mileto puede estar muriendo, pero jamás deja de comer —puso el plato en una bandeja y saco un poco de jugo de la nevera—. ¡Jamás!

—Llevas mucho tiempo aquí, ¿no es así?

Ella me analizó con la mirada, pero finalmente respondió —: Algo así, ¿tienes alguna pregunta? —al parecer, se interesó y apoyó sus codos en el mesón en post de escucharme.

—Es solo algo que... Creo que ni debes saber.

—Niña, yo lo sé todo...

—Connor...—las palabras se quedaron atascadas en mi garganta.

Me puse a pensar en ese instante, que tal vez no deba preocuparme. Esto no tiene nada que ver conmigo y por más que él intente enamorarme, no quiere decir que por eso me vaya a dejar llevar.

— ¿Connor? —me miro extrañada, como esperando la continuación.

—Olvídalo —tome la bandeja y comencé a caminar hacia la salida, pero sus palabras me detuvieron —: No creas en lo que dicen muchas de por aquí, querida.

— ¿A qué te refieres?

—La envidia puede obligarnos a decir lo que sea. Solo con el comprobante de que la otra persona no obtendrá lo que se anhela, tenlo en cuenta —puso volumen a su programa de cocina y retiró su atención de mí. Por lo cual, con la curiosidad carcomiéndome, me dirigí a la habitación del muchacho.

Mientras lo veo comer, las preguntas pasan por mi cabeza ¿Será que me mintieron? ¿Será que Connor juega conmigo? ¿No corro peligro al ilusionarme? Mileto fue vencido por el sueño luego de comer. Ni cruzó palabra conmigo, simplemente cayó como un roble. Supongo que pasar jugando la mayor parte del día, cobra factura al final.

Salí sin hacer ruido, igual, yo también necesito descansar. O por lo menos la parte de mi cerebro que se encarga de fastidiarme con preguntas. Esa que al llegar a la cúspide se niega a rendirse y dejarse caer en picada.

Aléjate de lo que viste me repiten los fantasmas de los recuerdos. ¿Y por qué? ¿Qué se supone que debo dejar de saber? ¿El final de la historia? Siento que Betzabeth me debe respuestas y quizá hoy deba de recolectar algunas.

Con decisión me dirijo al pasillo de habitaciones, está a oscuras hoy al parecer la gente, o los empleados de esta casa se han recostado temprano. Toco la puerta de la habitación de Betzabeth, pero solo obtengo el silencio. Golpeteo de nuevo y lo vacío del interior me responde con nada.

Me quedo parada en frente unos minutos, esperando o pensando qué hacer. ¿Debo irme o esperar? ¿Esperar qué? Me responde el subconsciente. Lo único que, al parecer, me acompaña en estos momentos.

Suelto un suspiro y me dejo apoyar la frente en la puerta que cede al instante. Me quedo mirando su habitación no tan distinta a la mía, esperando que mi cerebro le dé la orden a mis brazos de cerrar la puerta. Pero en cambio, mis piernas no pueden evitar avanzar. Sé que está mal, pero la sed de preguntas deshidrata mi cerebro con ganas de saber verdades.

Me siento en su cama y me permito caer sobre su almohada, con ganas de convencer a mi indiscreto cerebro de que debo salir de aquí. Sin embargo, algo duro choca con mi cuero cabelludo.

Dejo correr mi mano bajo la almohada y lo que veo me sorprende: Betzabeth tiene una placa del FBI.

Capítulo 17

Mileto fue suspendido de la escuela y no es que no me enoje, es que, en realidad lo que más me molesta, es la actitud despreocupada del señor Misael. Y sí, se que en un principio comenzó la escuela por Cecilia y la abandono por el hombre detrás del dinero de la familia, quien se negó a pagar luego de lo mismo de siempre: Peleas.

Pero, por lo que veo al tenerlo en una escuela pública, no le molesta. Ya que ahora, no paga y puede «convertirse en hombre» aporreando a los hijos de alguien más. Ya veo a lo que se refería el niño, con: «muchas veces antepone su vida sobre mí»

No es que le faltaran muchas semanas de clases, solo una, e igual el lapso en el colegio, fue pasado con honores y un diez reluciente en la boleta. Mileto solo tiene eso: problemas con la ira. La preocupación del viejo en estos momentos, son sus hombres. Eso y un ataque a la casa Santineli que salió especialmente mal. Por lo cual, me ha delegado la tarea de ayudar al niño con sus problemitas y de prácticamente hacer el papel de su madre.

Falta una semana para navidad. Me recuerda mi subconsciente aún recostada en la cama. Me permito saborear los recuerdos de mis mejores, peores y desastrosas navidades en familia.

Familia.

¿Quién es mi familia?

En estos momentos, no estoy segura de nada, solo de que por motivo de las fiestas, se nos ha permitido escribirles una carta a nuestros padres y de que quizá no le escriba a la mía.

Digo: ocultarme que soy hija de un mafioso, no decirme que ante los ojos de la ley estoy muerta y darle muy igual mi supuesta huida del país, ¿no son motivos suficientes, para no querer verla de nuevo?

Quizá no. Quizá debería de escucharla o por lo menos leer lo que tiene para decir. El caso es que en estos momentos no tengo idea de qué decirle, de cómo empezar una conversación que tenemos pendiente hace años. Puede que deba preguntarle de frente, pero ¿y si no la vuelvo a ver? Suelto una exhalación y me siento en mi cama. Para ver frente a la ventana que indica una ventisca, las flores: Los lirios blancos.

Nunca me he sentado a preguntarme ¿Quién las pone ahí? ¿Por qué están en ese sitio? Porque puede que no sea la única que las recibe. Quizá sea una decoración que le gustaba a la señora de la casa. Y que, desde que

murió siguen religiosamente. Tal vez y solo las ponen ahí de decoración. Posiblemente. Mi cabeza está demasiado enredada como para incluir también: «el misterio de las flores en mi escritorio»

Supongo que uno cree lo que decide entender, así como cuando vemos algo. Tenemos la opción de cerrar los ojos, de asumir que todo es oscuridad, solo para mantenernos ignorantes. Creo que eso es la ignorancia: oscuridad.

A penas esta amaneciendo y hasta que el niño no despierte, no tengo que ponerme en mis labores. He durado tres meses aquí. Tres meses, en los que no he hecho más que torturarme con preguntas y de masoquista, conseguir las respuestas que me han dejado con nuevas interrogantes.

Me desperezo, abro mi closet, me consigo con la ropa de siempre y con la fotografía que he pegado en la puerta: Mileto sonriente. Me dice una vocecita en el interior.

No sé mucho de la procedencia de esta foto y aunque sea estúpido, son cosas que prefiero arreglar después. Por ahora, ando de metiche en lo que no me incumbe: La placa del FBI en la habitación de Betzabeth.

Tal vez eso sea solo un aliciente para mantener lejos a las mariposas de Connor, mariposas que he estado evitando los últimos días. Me mantengo lejos, simplemente cumpliendo mi trabajo que he llegado a disfrutar gratamente. No tanto por la jugosa paga que recibo a fin de mes y que guardo con ahincó para mi futuro. Sino porque de verdad me cae bien el niño, hay una especie de conexión. Conexión me susurra la vocecita. Conexión.

Recorro el papel envejecido y un poco arrugado, pensando en lo que recuerdo de ese supuesto momento: Nada. Un toqueteo en la puerta bastante insistente, rompe mi momento de rememoración. Miro la hora y me doy cuenta de que es bastante temprano: Cinco y treinta de la mañana.

Asustada, miro el jardín pensando en otro ataque, pero nada. Todo esta tan tranquilo como puede estar algo a esa hora de la mañana: Bastante. Con cautela, me dirijo a la puerta, ¿Quién le toca a estas horas? Me pregunto si acaso y viviendo en una casa de mafiosos, debería sacar el arma antes de abrir, pero no lo hago. Tomo una respiración y me hago la valiente. Al abrir la puerta, Betzabeth está expectante con las manos en jarra.

— ¿Tú? Pensé que era la única noctambula en esta casa.

—Lo siento si no cumplí con tus expectativas de visitante mañanero, pero hay algo de lo que necesitamos hablar, cariño —la última palabra la recito con una sonrisa hipócrita y automáticamente adopte una mirada de acusación.

— ¿Qué quieres? —dije todavía en la entrada y sin abrir del todo la puerta.

— ¿Ahora? —Simplificó su gesto y con una mueca gesticuló —: Pasar.

—Lo que tengas que decirme, puedes decirlo aquí.

Pareció analizar lo que dije y simplemente habló —: Te lo advertí, niña. Te dije que te alejaras, que no te siguieras metiendo. Y voilà, invades mi cuarto.

—Oye, oye —me hice la inocente— No sé ni bien de que hablas, como para que vengas a estas horas de la mañana a reclamarme algo que ni tengo idea.

—Ya sabía que eras ridículamente estúpida como para gustarle, pero no pensé que llegaras a ser capaz de tomarme el pelo —no me dio tiempo ni de pensar lo que dijo, cuando ya la tengo encima. Me toma del cuello y me lanza a la cama—. Aléjate de todo lo que has estado viendo —sostiene mi cuello con precisión y le aprieta, dejándome desesperada por respirar.

De repente, me doy cuenta de que no fue tan mala idea lo de la pistola.

—Le dije: era muy riesgoso, pero tú te metiste, arriesgándote. Pequeña imbécil —se mofó pareciendo así una niña de primaria.

Mis manos, petrificadas por la sorpresa, por fin reaccionan. La tomé por los cabellos y comencé a halar.

—Suéltame —le ordeno, aunque me falta el aire.

—Solo si prometes largarte.

— ¡Suéltame!

En ese instante, ella sintió el frío de un metal y yo, vi los fríos ojos de Connor.

—Hazle caso, Betzabeth.

Ella se echo a reír y apretó más su agarre.

—No te atreverías —masculló con una risita en sus labios. O eso creo ver mientras siento mis ojos arder.

Connor quitó el seguro de su arma y con total seriedad le dijo—: ¿Quieres apostar cuantas personas irán a tu funeral, colega?

Las manos que me ahogaban, ahora están elevadas en el aire. Toso y tomo una gran bocanada de aire. Por encima del peligro de muerte, solo algo me pasa por la cabeza: ¿Le dijo colega?

—El jefe se enterará de esto —replicó Betzabeth mientras sale de mi cuarto.

—También sabrá que intentaste matar lo que se supone, es nuestro objetivo proteger.

¿Nuestro objetivo proteger? Estoy aún sin habla, hiperventilando y desparramada de la cama.

—Por mí, puedes hacer lo que te venga en gana.

Betzabeth salió a toda prisa de mi habitación, pasando por el lado de Connor y golpeándolo con su hombro. Parece enfurecida, pero más lo estoy yo por toda esta situación.

Connor se detiene a mirarme, tan cerca de mí que siento que va a besarme, pero no lo hace. Solo toma mi mano y la aprieta con fuerza. Yo lo retiro, recordando las palabras de Stela. El chico aprovecha mi falta de habla para abandonarme y desvanecerse en la oscuridad del pasillo.

¿Qué pasa con el mundo? Me pregunto normalizando mis respiraciones y mirando al techo. Se han dicho muchas cosas hoy y no se han hecho ni las siete. Todo ha sido tan rápido: Betzabeth volando a mi cuello, Connor apareciendo con su arma, sembrando más preguntas en mi lista, Connor defendiéndome... ¿Betzabeth diciendo que le gusto? ¿A quién le gusto?

La cabeza me da demasiadas vueltas, por lo que me encamino por el pasillo hacia la cocina, pensando que tal vez no debí dejar ir a Connor. Pude haber rogado que se quedara. No por respuestas, si no por necesidad. Yo lo necesito. ¿Y por qué? Siempre me he infundido que soy autosuficiente. Y su relación con Betzabeth, ¿Qué son?

Niego con la cabeza y aparto esas ideas estúpidas. No tengo porque necesitar a nadie y menos a él que puede que sea intenso por anhelar un

revolcón en mi cama.

No creas en lo que muchas te dicen me dijo Morris, ¿y a que se refiere? ¿Cómo sabe que me dijeron algo? Siempre hay que confiar en lo que dice la persona mayor de la camada, tienen más experiencia en la vida. Pero ahora, mi cabeza está vuelta un caos y presumo que ni ella, ni su experiencia pueden resolverlo.

La mayoría de las luces están apagadas, incluida la de la habitación de Betzabeth. La mano con la cual tome su placa policial, me quema y pesa tanto como cuando tuve aquel pequeño pedazo de acero dorado, con el escudo del país y las siglas F.B.I en mayúsculas y bien contorneadas.

¿Qué significa esto? ¿En qué me estoy metiendo? Sería más sencillo que me aclararan las cosas. Pero no, prefieren que me meta en algo quizá peligroso, antes de dejarme claras las cosas como son. Siento que nadie me dice nada concluyente.

No sé si sea la falta de oxígeno, pero siento que estoy cayendo en una espiral de preguntas. En el abismo de los ¿Por qué? sin respuestas. Mi cabeza martillea y al llegar a la cocina, intento maquinara donde pueda estar guardada una aspirina.

Rebuscando entre muchas gavetas y gabinetes, encontré un par de paracetamol. Abrí la nevera, tome un vaso y me serví agua, intentando apartar lo que vi o escuche en este tiempo. Pongo una aspirina en mi boca y tomo agua a fondo. Quizá intente dormir. Pero la cama, se convirtió en lejana para mis pies.

Sabía que eras ridículamente estúpida, como para gustarle. La frase que dijo Betzabeth se repite miles de veces en mi cabeza, como un eco.

Colega. Masculló Connor.

Aléjate de lo que viste. Advirtió la muchacha.

¿Estoy siendo demasiado estúpida metiéndome en lo que no me incumbe? Después de todo, Connor fue quien me trajo aquí.

Connor. ¿Qué está pasando con Connor?

El mundo me da vueltas y siento como un delirio de imágenes y frases pasan por mi cabeza. Migraña. Betzabeth y su presión en el cuello me causaron migraña. ¿Fue eso? ¿O algo más? El cúmulo de preguntas se arremolina en mí, como siempre, pero esta vez, algo ocurre. Algo que no me esperaba.

Caí al suelo.

—Pásame la pelota, moni —gritó Mileto

Tomo la pelota roja, esa que saltaba por el jardín y la lanzo alto. El niño sonríe y yo también.

— ¿Te quedaras para la cena? —rió encantado el pequeño querubín.

—Le diré a mamá que hable con tu... con papá —me corregí y salió hacia la puerta de la abuela.

Mileto corrió hacia la casa de la abuela y lo siguiente que recuerdo, es a él saliendo de la casa, dando pataletas mientras un hombre le cargaba. Esa silueta la conozco: Misael Cappone.

¿Por qué Misael Cappone, se lleva a Mileto de la casa de mi abuela?

¿Por qué Mileto estaba jugando conmigo en esa casa?

Me despierto con una exaltación, pero no, no estoy en la cocina del ala de servicio. Estoy recostada en una cómoda habitación con paredes desnudas y desprovistas de madera. Están pintadas en blanco y los pisos y el techo, son lo único que sigue el patrón de la casa, ¿estoy en la casa? Hay un librero en el costado izquierdo, al lado de una ventana, que da a una azotea y deja entrar la luz a través de una simple cortina blanca.

Me doy cuenta de que estoy en una cama, mullida y de sabanas blancas, descansando mi cabeza sobre una almohada. Me doy la vuelta y Connor Cappone se encuentra dormido y con el torso desnudo. ¿Qué demonios? Me levanto de golpe y él debió haber sentido eso, porque imito mis movimientos bruscos.

—Mónica, no te alteres —me habló desde mi lado izquierdo. Provocando que dirija mi mirada hacia él—. Sé que esto puede parecer un poco extraño, pero era la única manera.

— ¿Qué paso? ¿Dónde estoy? ¿Y por qué? —alcancé a preguntar, un poco consternada. Intenté levantarme, pero él no me dejó.

—Debes calmarte y escucharme.

—Deja que me levante —exigí dándome cuenta de que aún llevo puesta pijama.

—Con cuidado —pidió con autentica preocupación en la mirada.

Me levanté de golpe, pero caí en ese mismo instante. Connor intentó atajarme, pero su cama hizo todo el trabajo.

— ¿Cómo llegue aquí?

—Te drogue con un adhesivo en tu mano, te traje cargada de la cocina hasta acá y...

— ¿Hiciste qué? —me levanté a la defensiva, con la ira hirviendo en mi interior. Sin embargo, su apariencia tranquila me calmó un poco. Y aunque parezca de locos, me volví a dejar caer con mi dolor de cabeza latente.

—Era la única manera.

—Habían muchas más, como hablarme en mi habitación —rugí casi pegando el grito.

—Escucha, no tenemos mucho tiempo.

— ¿Tiempo para qué? —indague percatándome de mi horrible tufo.

—Como sabes, eres hija de Terreen Santineli.

—Ese punto no lo tengo claro, como tampoco porqué debo meterme en tus cosas.

—Porqué también son tuyas...

Lo mire desde mi posición en la cama. Sigo recostada y con él casi sosteniendo mi cabeza en sus piernas.

— ¿A qué te refieres?

—A que estoy aquí para protegerte, desde siempre —se levantó y se dirigió a la puerta de vidrio que da a la azotea—. Soy informante del FBI, Mónica, pero también te protejo.

— ¿Me proteges? —me senté a observar su melancólica figura. Todavía sigo con miles de preguntas entre los labios, pero con solo una que saltó a la vista— ¿De qué?

El ambiente se puso tenso y con un silente rencor en su voz, respondió firmemente—: De mi padre...

Y con eso, de pronto todo cobro sentido, bueno, casi todo.

— ¿Protegerme de tu padre? —Había preguntado. Sin embargo, Connor simplemente respondió —: No puedo decirte más, no ahora.

Lo que no comprendo es que, si no iba a decirme ¿para qué me contó el principio sin el final? Siempre Connor acaba dejándome a medias y por lo que veo, haciendo que las cosas sean cómo y cuando él desea. Tiene un complejo de niño mimado, que abarca lo que tiene de personalidad a un noventa y cinco por ciento.

No te creas que sea amor. Me susurró el sentido común cuando me contaron su faceta de mujeriego. Pero igual, caí como polilla en el fuego; creyendo que era una bombilla y que no iba a quemarme.

No pedí protección y no estoy consciente de si parezco una damisela en peligro, pero cuando se negó a darme respuestas, cerré la puerta de su habitación de golpe. Un poco perdida, me hice el camino hasta la cocina, solo para encontrarme con Mileto intentando alcanzar el nuevo frasco de jalea.

— ¿Me lo pasas? —dijo aún de puntillas sobre el mesón de mármol.

—Ya baja de ahí. Si Morris estuviese en sus horas de trabajo y viera lo que le estás haciendo a sus mesones...—comencé a reprenderlo, mientras tomaba la jalea de Guayaba del gabinete más alto.

Ambos comenzamos a reír, él de mi regaño y yo de la forma en la que soné: maternal y protectora. Mi sonrisa fue rota por lo que vino después: la manera en la que Mileto echa su cabeza hacia atrás mientras sonrío.

Mileto sonriendo.

Una pelota roja.

Misael cargándole.

Los recuerdos azotaron con demasiada fuerza mi mente. Me lancé hacia atrás, sin ser consciente de que el niño me miraba con preocupación. Puse mis manos sobre mi cara y apoyé mis codos en el mesón. El dolor de cabeza ha vuelto.

—Moni, ¿estás bien?

— ¿Moni?

Lo miré extrañada, me dijo Moni. Mi mirada debe haber transmitido mis pensamientos, porque el niño abrió mucho los ojos.

— ¿Te molesta que te llame así?

—No, no es eso...—deje la frase a la mitad. Connor Cappone se apareció por el arco de la cocina, negando con la cabeza y siendo bañado por los rayos del sol de las nueve y treinta de la mañana.

—Ya sé que no es su territorio —intervino Mileto previniendo una posible disputa—. Me levanté tarde y necesitaba un desayuno —Morris solo prepara comida a determinadas horas del día.

—Da igual —contestó Connor y se sentó a observarme en una de las sillas altas del comedor.

El niño puso el pecho por mí, total y completamente inocente de lo que en verdad significaba la negación de su medio hermano. Fuimos a casa de tu madre. Debí haber dicho Cecilia.

—Mileto ¿Cuántos Sándwich quieres? —pregunté ignorando completamente a Connor, el cual, consciente de eso pasó por mi lado desfilando su media desnuda, logrando que mis traicioneros poros se erizaran ante la visión.

Connor volvió a su asiento en la mesa y con una exhalación, abrió el periódico. Me ha dado muchas respuestas y no dudo en la veracidad de lo que me ha dicho. Sin embargo de lo que si dudo, es de su sinceridad como persona.

Soy una Santineli protegida por el hijo del enemigo. El cual es, ni más ni menos, informante del FBI.

Puedo vivir con eso. Con lo que me niego a convivir, es con esa malcriadez construida, al parecer por su orgullo y cincelada por el destino. Quizá para que me cayera mal y evitar culminar las grandes historias que terminaron en tragedia. Evitar ser el karma de todos aquellos que en algún momento, nos quisieron ver infelices. Porqué no, no soy capaz de ser feliz con alguien como él.

Alguien como él. Me susurraron las traicioneras musas.

Aparte mis pensamientos y puse sobre un plato un par de sándwiches. Luego apoyé mis brazos sobre el mesón, rodándolo hacia Mileto y observándolo comer apresuradamente. Mi cerebro, adolorido aún por la estupidez de Connor, se revuelca en recuerdos. En los pocos recuerdos que adquiriré al llegar aquí.

Tengo el presentimiento, de que las repuestas están enterradas en la profunda mirada de Connor. Sin poder evitarlo, un impulso me recorre mientras Mileto me habla de la pelea con el niño, por doceava vez. Tomo

una servilleta, un lápiz que estaba en la cesta y cuando el niño se levanta a dejar el plato en el fregadero, escribo: «Mi habitación a las 10 pm»

Dejo el papel sobre el mesón, yéndome con Mileto a jugar video juegos y esperando que el muchacho no sea tan estúpido. O que la estúpida no sea yo. Hoy acabaré de darme respuestas. Hoy no quedaré a medias.

Capítulo 18

No se presentó. Quizá fui demasiado estúpida, impulsiva e inmadura al hacer eso. Pero fue sobre todo, la desesperación por querer conseguir respuestas. Sin embargo, las pataletas de ahogado no llevan a otra parte que no sea el fondo. Sentada en el borde de mi cama a media noche, luego de un día atareado, siento vergüenza por la estupidez que cometí.

Me levanto y abro mi armario, solo para encontrarme con la foto de Mileto y la mía sonrientes. He pensado en preguntarle, o incluso mostrársela, pero era muy pequeño y no creo que lo recuerde. Aparte, está muy chico para vivir con la duda que me carcome, esa que no va a sanar hasta conseguir respuestas. Sospecho que eso no llegará dentro de poco.

Me dedico a mirar las flores en mi escritorio. Me recuesto y comienzo a dejarme llevar por las manos de Morfeo y lo blanco de los lirios en el tosco frasco de pepinillos.

No dejes que la desesperación te gane. Lucha contra ella y entonces, conseguirás tu objetivo.

Y con ese pensamiento perdí la batalla contra el sueño.

La abuela, una señora de pelo cano, blanca como la leche y de grandes lentes, teje en cuanto entro sudada a la sala.

Esta es mi promesa de vacaciones de verano: pasar los días jugando los mismos juegos aburridos en el jardín y conseguir unos nuevos raspones para la colección.

—Ve a bañarte, luego baja para la cena —dijo sin dirigirme la mirada siquiera. Ya sabe que soy yo quien azotó la puerta.

Obedezco, se me ha inculcado la obediencia por encima de todo, como una pequeña soldadita. Mi madre siempre pintó a quien fue mi padre como un veterano de guerra. Subo corriendo las escaleras haciendo ruido. A mi paso, puedo ver que he alertado a alguien de mi presencia: Misael Cappone; está parado al final de la escalera con las manos su cintura, como en jarra. Sostiene una sonrisa maquiavélica y en sus manos, un presente envuelto en un brillante papel rojo que capta mi atención.

—Buenas tardes, señor Cappone —digo al llegar al final de la escalera, un poco temerosa, pero es que el señor me intimida.

—Chiquilla, ¿has visto al pequeño con el que vine?

—N-o, no, Señor —tartamudee y salí de ahí disparada hacia el baño. Debe estar acostumbrado a que se huya de él o eso es lo que me digo mientras me desvisto a toda prisa.

El baño de esta tarde fue helado. Temerosa de que la puerta se abriera y bajo una regadera simple, con unas baldosas verdes y con una cortina casi transparente, me puse a temblar. No por lo frío del agua, sino por la mala espina que inspira el hombre.

Pase con flash a mi cuarto. Es la única puerta en un corto pasillo a la izquierda, pero esta vez, se me hizo largo. Me apresuré a vestirme. Ahora con el aliciente de que la abuela, luego de obedecerle, me recompensa como si fuera un cachorrito: con galletas.

La mente de un niño es fácil de distraer, pero no olvida tan rápido. Cuando salí con mi ropa recién cambiada, conseguí gritos del lado opuesto de mi pasillo. La puerta de mi madre está abierta.

Con sigilo, me dirijo al sitio de donde proviene una cacofonía de llanto mezclada con acusaciones y blasfemias. Una y otra vez Misael Cappone repite los insultos y mi madre, sentada en un rincón con sus brazos abrazando sus rodillas junto a su armario, reitera su llanto más y más fuerte.

— ¡Quieres esconder el secreto, pequeña ilusa! —El señor tomó a mi madre por el brazo, obligándola a levantarse.

— ¡Te dije que no sé nada! ¡Se lo llevo todo! —mi madre volvió a romper en llanto.

—Tuvo que haber dejado esos papeles, ¿pero en donde los escondiste? ¡Grandísima zorra!

Lanzó a mi madre contra la cama y abrió la puerta del closet de golpe. Comenzó a sacar todo: Ropa, zapatos, incluso la papelera. En ese momento, mi madre, envuelta en llanto, dirigió la mirada hacia la puerta. Debí haberme visto, porque en sus labios pude leer la palabra: Vete.

Pero entonces, Misael Cappone la escuchó.

— ¿Quieres que me vaya? —Comenzó a carcajearse y la tomó por el cabello— No me iré hasta obtener lo que ese bastardo me arrebató.

—Se llevó el secreto a la tumba —le gritó mi madre.

—Yo te llevaré a la tumba, sabes que puedo hacerlo.

La respiración entre cortada de mi madre, los ojos llenos de ira de aquel tipo. En ese momento quise ser obediente e irme, pero los pies se me anclaron al suelo.

—Sabes que se lo dejo al hijo bastardo...—las palabras de mi madre sonaron con resentimiento.

— ¡No sabía de la existencia de Mileto!

Sin embargo, luego de eso, no pude hacer otra cosa que dar un paso hacia atrás. El sonido de una bofetada congeló el aire. Entré a mi habitación e imite la postura de mi madre, temblando de miedo. Me senté y puse mis rodillas a la altura de mi pecho, abrazándolos.

No entendí muy bien todo esto. Pero para un niño, ver a su madre siendo golpeada o aporreada por alguien, es como ver a Barney suicidarse en pleno Show.

Me desperté ahogada, clamando por aire. Le ordené a mis pies levantarse, abrí de golpe el closet y arranqué la foto. Mis pies descalzos son fríos ante las baldosas del pasillo. Es de madrugada, pero esta es otra cosa que no me importa. Lo que me importa, son los secretos que me han estado ocultando toda la vida. He vivido una vida para la cual no nací o tal vez, nací para ser engañada, traicionada y criada bajo una mentira.

Quizá y naciste para ser protegida. Me grita mi sentido común. Quizá y se lo callan porque te aman.

Pero no, aparto estos pensamientos de mi cabeza, junto con mis lágrimas. Ahora recuerdo un poco, pero estoy consciente de una cosa: tengo una nueva razón para permanecer aquí.

Abro con brusquedad la puerta de la habitación de Connor. Pero entonces, solo me encuentro a Misael Cappone en medio de la estancia iluminada. Tomo con fuerza la foto y la escondo en mis espaldas.

—Oh, brillante muchacha. No he tenido la oportunidad de felicitarte por... Hacer tan maravilloso trabajo con Mileto —viste un traje azul marino y lleva un trago dorado en mano.

—Usted lo ha dicho, es mi trabajo, señor —la última palabra la enmarqué con una sonrisa cínica.

¿Será posible que no sepa quién soy?

— ¿Vienes por Connor? Yo vengo por el mismo motivo...—el hombre parece calmado, relajado, como si hubiese bebido mucho de lo que trae en su vaso.

Lo observo con desprecio, recostada en el marco de la puerta.

—Al parecer no está en su habitación —respondo con una sonrisa sarcástica.

—Sí, creo que vine por gusto —me di la vuelta y sin siquiera dar las buenas noches, desaparecí en el pasillo. Me detuve justo en la esquina e hiperventilando miré la foto de Mileto conmigo.

Mi medio hermano y mi razón de quedarme aquí.

Capítulo 19

Estoy en el jardín jugando ajedrez con Mileto. El hijo bastardo de mi padre, como lo llamó mi madre en aquel recuerdo. Pero para mí, no es así; quisiera poder decirle las cosas como son, pero un reflejo de cordura en mi cabeza me advierte que no lo haga. Debo averiguar por qué está aquí y sobre todo, ¿por qué no lo recordaba?

Aparte, está en casa de un mafioso y es enemigo de mi verdadera familia. Por lo cual, debo evitar perecer en el intento. Mantener perfil bajo o todo será en vano.

— ¿En serio debo jugar esto? —se queja Mileto mientras mueve el caballo hacia el camino de una de mis torres y con eso, trae la muerte para mi pieza.

—Fue... Una petición de tu padre —el título me sonó casi tan vacío como la mirada del niño.

—Ya lo sé, dice que me volverá un gran estratega.

Me estremezco recordando las palabras del niño: Quisiera que toda mi familia desapareciera, y que solo quedaras tú. Si tan solo supiera que su familia soy yo.

—Prometo dejarte dormir una hora más tarde, solo si terminas esta partida.

De inmediato el niño levantó cabeza, casi animado con el incentivo de poder dormirse a las diez de la noche y comenzó a mover mejor las piezas de ajedrez.

¿Por qué no me había dado cuenta antes? Antes de esto, ni siquiera sabía que tenía un medio hermano, es más, ni conocía el apellido de mi padre. Claro, porqué se me hizo pasar por muerta.

¿Qué es lo que buscaba Misael Cappone con mi madre? Papeles. ¿Qué papeles? ¿Qué se supone que debió haber sido dejado a Mileto?

— ¿Mónica? ¿Estás en este planeta?

Mileto me sacó de mi ensimismamiento y volviendo a la realidad, me doy cuenta de lo mucho que ha cambiado en estos últimos meses. ¿Hubiese preferido la anterior?

—Sí, bueno —vi la cercanía de su caballo a mi rey e hice una mueca de alegría. Moví mi peón, matando así a su alfiler y él sonrió con la franqueza

que solo un niño sabe regalar.

—Jaquemate —gritó el niño en medio de la alegría sin saber que me deje ganar.

Lo que hizo a continuación, me congeló y me llenó de alegría; se levantó y me formó un collar con sus brazos, abrazándome y haciéndome sentir la más feliz del mundo. Ahora debo fraguar la manera de averiguar las cosas que se me ocultan y de sacar al pequeño niño de aquí; darle lo que, por derecho, todos los niños merecen: felicidad.

Abro los ojos y Connor me sorprende desde la puerta corrediza de la cocina. Mantiene su postura relajada, lleva un traje y está recostado al marco con los brazos en sus bolsillos. Asiente cuando ve que mi mirada está posada en él.

—Mileto, ¿Por qué no vas a conectar la PlayStation?

— ¿En serio dejaremos de jugar? —masculló con una sonrisa formándose en sus labios.

Me limité a asentir y el niño salió prácticamente volando a su habitación, tanto así, que ni se percató de Connor o de su presencia. Al quedarme sola, sentada en la mesa de metal que finamente se contornea formando delicadas flores y haciendo juego con las sillas, Connor se me acercó.

— ¿Te decidiste a revelarme algunas cosas? —pregunté mientras él hala la silla que anteriormente estaba ocupada por Mileto.

—Mi padre dijo que me buscabas ayer en la noche.

Su mirada es penetrante, así como un bosquecillo mágico, de esos que invitan a perderse.

—Sí, bueno, cuestiones de impulso —contesté sin inmutarme y en post retadora imité la pose que ha adquirido: sus codos sobre la mesa y sus manos sosteniendo su barbilla.

— ¿Tienes algo que decirme?

—Curioso, porque yo podría plantearte esa misma pregunta y ambos sabemos que la respuesta es bastante larga.

—Y yo podría escribirte otra nota citándote en mi cuarto, porque lo que queremos hacer, debería ser ahí.

—Mejor ahórrate los impulsos —dije desafiante.

—Comienzan a gustarme los tuyos.

—Si vas a comenzar con tu intensidad fingida, es mejor que calles. No me gusta que me repitas lo que seguro has dicho a alguien más —me levanté o por lo menos hice el intento, porque él tomó mi mano e impidió mi fantástica huida.

—No tengo conocimiento de lo que dices, Santineli. Pero independientemente de eso, estoy aquí por una razón.

— ¿Cómo cuál? —escuché atenta, aún levantada y observándolo por encima de mi hombro con cautela.

—Mi jefe quiere conocerte. El jefe del FBI —se levantó y alisó su traje —. Está noche, a las diez, detrás de mi retrato en la biblioteca.

— ¿Qué si no voy? —pregunté sarcástica, levantando una ceja y plantándole en cara el brillo de su ausencia aquella noche en mi cuarto.

—Tú te lo perderías, pero créeme, te conviene —dicho esto, miro su reloj y se dirigió a la casa sin mediar palabra.

Me conviene y si me conviene, es porqué habrán respuestas

Mileto no resistió la hora que le prometí y quizá por eso le dije que podía dormir hasta esa hora: sabía que caería en brazos de Morfeo solo media hora más tarde de lo normal; eso batallando contra sus pesados parpados.

Ahora me encuentro con la perilla en mis manos, con los nervios y los miedos de cruzar la puerta de su cuarto. La puerta que guiará mis pies hacia otro lado que no será mi recamara precisamente. No esta noche. Sé que cuando mueva la manilla y cruce los límites de la puerta llegaré a mis respuestas; llenaré los vacíos que tienen mi alma y las lagunas mentales que se forman en algunos espacios de mi mente.

Pero, ¿qué me pasa? Me he pasado buscando respuestas y ahora que sé que las tendré, me congelo. Me quedo pensando en si de verdad debo hacer esto. Aparto los debates entre mente y pies y giro la puerta con lentitud, saliendo así hacia el pasillo donde los recuerdos de Betzabeth y su «Aléjate», se sienten a flor de piel.

Sin embargo si fuese otra huiría. Si no tuviese una razón, que no estuviese analizada por mi corazón y cerebro minuciosamente me iría y justo por eso, es que estoy aquí. No pienso dejar a Mileto en manos de esta gente, ni tampoco parte de una vida que no conozco. Mis pasos son

toscas y emiten un pequeño sonido parecido a un aleteo mientras camino. Mis piernas son de pasta y cuando me detengo frente a la puerta de la biblioteca, mi corazón se desboca.

Respuestas, respuestas, respuestas. Clama mi mente con sed del saber. Sed de conocimiento sobre mi vida, sobre secretos que me conciernen y sobre todo: sed de conocer a las personas en quien confié y que hoy desconozco.

Trago en seco y empujo la puerta, la cual emite un chirrido espantoso, como de película de terror. La biblioteca está más silenciosa de lo normal. A penas y escucho mi respiración, acompañada por el latido de mi corazón acelerado, ¿qué voy a descubrir? El frío me recorre cuando me encuentro frente al retrato de Connor. Aquí a las diez, justo la hora que marca el reloj con un par de minutos más.

¿Quién será su jefe? ¿Me conoce? ¿Qué quiere de mí? Con lentitud, mi mano se acerca temblorosa hasta el retrato. Supongo que así se abre, porque eso hizo la vez pasada. No me equivoqué, el retrato se hizo a un lado, dejando a la vista a Connor, Betzabeth, y un señor caucásico con una brillante calva.

—Puedes pasar —me animó Connor con un tono particularmente serio.

El hombre calvo me examina con la mirada, casi como interesado hasta en el fabricante de mis medias. Betzabeth, por su parte, está sentada limando sus uñas con los pies puestos sobre la mesa y su silla reclinada hacia atrás.

Obligó a mis piernas a moverse mientras Connor viene hacia mí y yo enmudezco. Sin embargo paso por mi lado sin mirarme, solo viendo hacia el frente. Devolvió el cuadro a su lugar y los modales que no he perdido, fueron dirigidos a nuestros acompañantes en la sala.

—Buenas noches —susurré un poco intimidada por la mirada de aquel desconocido.

—Buenas noches —responde el hombre rápidamente halándome una silla y carraspeando.

—Quedamos en que sería tolerante, no dijiste nada de amable —masculló Betzabeth con indiferencia.

Todas sus palabras, las que entendí y las que no, vienen a mi mente en un torbellino. No obstante, todo lo que traía en mente, es arrastrado por mi duda y curiosidad, cuando tomo asiento a la mesa y veo la gran carpeta que descansa sobre la misma. Es amarilla y está tan desgastada por el tiempo, como por el exceso de información que descansa en su

interior. Son incontables los bordes blancos que se ven dentro de ella. Papeles. Los documentos misteriosos que Misael quería...

—Yo...

—Es un placer conocer a la superviviente.

— ¿Superviviente? —lo miré con extrañeza mientras que Connor, al otro lado de la habitación, pone una pose tensa. Se puede notar cómo se contraen sus músculos.

— ¡Esta niña es sorprendente! —dijo el amable señor de ojos café, nariz tosca y labios carnosos.

Connor simplemente asintió. Betzabeth, por su parte, en su pose de «no me importa nada» suspiró, bajo sus botas de piel de la mesa y acomodó sus brazos sobre la superficie quedando de esta forma mirándome a los ojos.

—Misael Cappone, intentó asesinarte cuando eras niña, de hecho —rodo los ojos—. El idiota se cree que lo logró, pero no. Se te mato legalmente para que fueras cuidada por —señaló a toda la sala, supongo que los presentes— «El equipo niño del FBI».

El señor se quedó petrificado, dirigiéndole una mirada entre rendijas a la muchacha. Connor, parado en la esquina, tiene sus manos metidas en el bolsillo del pantalón, sospecho que en puños. Y yo, bueno, estoy como detenida en el tiempo... Como si alguien hubiese tomado el control y me hubiese puesto pausa; estoy viviendo con un tipo que cree que estoy muerta.

—Pero, ¿Por qué? —miré todos los rostros: el tenso de Connor, el indiferente de Betzabeth y el del jefe de ambos. Este último lleno de vergüenza y horror.

—Porqué heredaste algo que él quiere...

Me sobresaltó y lo miro con cautela.

— ¿Herede qué?

El hombre muere su lápiz e imita la posición que tenía Betzabeth.

—Territorio, quiere territorio y por consiguiente más poder —intervino Connor dirigiéndome la mirada por primera vez desde que estoy aquí. Me quedé helada, con las imágenes del sueño pasando en Flash Back.

—No deseo...

—No es cuestión de desear —respondió el Comisario— Es cuestión de ser inteligente. Por ahora, necesito que te mantengas pegada a Connor. Créeme si te digo que hay peligro, peligro a que te reconozcan.

Peligro. Siempre hay peligro, pero no necesariamente tiene que ser acompañado por el miedo. Sin embargo, yo tengo ambas y quizá no le tenga miedo al peligro, si no al futuro.

Lástima que sé que no por miedo al porvenir voy a dejar de vivirlo.

Capítulo 20

Ha llegado navidad y no es que la fecha no me importe lo suficiente, es que las personas que deberían ser importantes no están conmigo, como mi madre, por ejemplo. Digo, no es que no entienda sus razones, pero es que, siendo egoísta: descubrir a los dieciocho años que toda la vida que conozco ha sido construida por el FBI y su equipo de «niñeros» y que, probablemente lo único de lo que tengo conocimiento acerca de mí de una forma verosímil, es mi primer nombre, no son cosas fáciles de digerir.

Ahora que conozco muchas cosas, o quizá solo la punta del Iceberg, tengo otra interminable lista de preguntas obvias, como: Si es tan peligroso, ¿Por qué Connor, sabiendo quién soy, me trajo aquí?

Las flores, un poco marchitas, descansan en su lugar habitual y los preparativos a cargo de Betzabeth, van viento en popa en el gran salón. Es una parte del personal de confianza y eso, por lo que veo, es su misión u objetivo en esta casa: ganarse la confianza del jefe. Ella y yo tenemos un acuerdo, no firmado ni hablado de que si no nos acercamos, todo bien. Ella cree que soy una chica estúpida y aunque en ocasiones, creo concordar con su parecer, eso no le da el derecho de querer matarme.

Algunas de las cosas que dijo antes de poner sus manos en mi cuello, aún rondan en mi cabeza: Sabía que eras ridículamente estúpida como para gustarle. Gustarle. ¿Gustarle a quién? ¿A Connor? Mi corazón se acelera ante la posibilidad. Mi traicionero corazón.

El muchacho no es más que otro niño mimado de esos acostumbrados a obtener lo que quiere. Llego al punto de drogarme y llevarme a su habitación. Eso y la frialdad que lo consume desde que lo conocí, dice mucho. Aunque hay cosas en él que no entiendo, puede ser un chico normal y reír, llorar, mostrar emociones, pero no aquí. Connor Cappone puede tener la habilidad de enamorarme. Sin embargo no es mi objetivo, no es mi misión buscar algo con cliché y tan gastado, como el susodicho «amor de mi vida».

¿Cuántas veces se supone que debo decirle a alguien, «amor de mi vida» para que desaparezca y aparezca el siguiente? Para una adolescente cuya mejor amiga era la rompe corazones en el instituto, eso se resume a sus sobras y uno que otro chico lindo que me llevo al juego de fútbol americano.

Mejor amiga. De repente, mi fuero interno tiene un chispazo ante una nueva idea y yo, le respondo saliendo con todos mis impulsos al pasillo y luego a la sala. Ahí está Cecilia con su habitual ropa de diseñador, ordenándole a alguien en la escalera hacia donde debe mover la estrella

del árbol de navidad gigante en medio del recibidor.

No le prestó atención a los duendecillos robot a lo largo de la habitación, ni a los calcetines colgando de las ramitas del árbol, o sus bambalinas y cintas alrededor. Simplemente la observo desde la entrada del pasillo. Si se sintió observada, no lo sé. Ella solo miró en mi dirección, bajó los brazos y sonrió.

—Déjala donde dijimos en el principio, Bob —camina hacia mí, será pensando en pedir nuevamente disculpas. Sin embargo, se equivoca, no estoy aquí precisamente para eso.

—Lo sabías desde el principio, ¿no es así? —la interrogo cuando la tengo cerca.

— ¿Saber qué? —parece sorprendida por mis preguntas, como si hubiese lanzado sobre ella un balde de agua fría.

—Por eso te acercaste a mí, nunca has sido sincera —la miro con mis ojos entre rendijas—. Debí saberlo...

Cecilia se queda paralizada, sin otra cosa que su tez más blanca de lo normal y un «no entiendes» entre los labios, me hala por el brazo y me conduce de nuevo a mi habitación.

— ¡Puedo caminar sola! —digo zafándome de su agarre cuando estamos pasando por la pequeña sala de estar.

—Lo siento, es solo que yo... —se detuvo a pensar y luego volteo a verme, como cuando estábamos en el pasillo del secundario y tenía un chisme que contarme.

—Tú has estado mintiéndome desde que te conozco.

—No entiendes que solo intenté protegerte...

—Pero lo sabías, sabias todo. Te acercaste a mí con un interés, confié e hiciste lo mismo que todos...—y con la voz herida, agregué—: Engañarme.

— ¿Prefieres que te engañen o que te maten? ¡No seas tonta!

—Prefiero que me digan la verdad, puedo defenderme sola, ¿no es así? ¡Sabias lo de Mileto! ¡Lo de mi padre! ¡Creo que podría haber sabido cómo cuidarme!

Ella me toma por los brazos y me zarandea —: ¡Estamos hablando de mi padre! —Me mira a los ojos buscando algo en ellos y por ultimo susurra—:

Nadie se cuida de la mafia, ni siquiera los que me rodean.

Hiperventilo, mirarla de esta forma, tenerla con los ojos clavados en los míos, me devela que sus intenciones nunca han sido malas; que aunque su acercamiento no fue una cruel burla del destino, se ha unido a mí para protegerme.

Me siento en el sofá de la pequeña sala de estar, dándome cuenta que es primera vez que los ocupo.

—Mi madre, Connor y los demás...—afirmo, aunque ella lo toma en forma de pregunta.

—Todos nosotros intentamos protegerte. Tu madre sabe que estas aquí —pretende tranquilizarme colocando su mano en mi espalda.

— ¿Y por qué me trajeron aquí? ¿Por qué si soy tan importante no me dejaron en mi ignorancia?

—Porqué creo que es mejor tener cerca el objetivo que proteger, antes que el enemigo le localice —la voz calmada de Connor interrumpe la conversación. Él y su forma sorpresiva de aparecer.

— ¿A qué te refieres? —contesto levantándome. Percatándome de que acaba de salir de mi habitación.

—Sabe que estás viva y Misael Cappone está buscándote... Pero es demasiado orgulloso para pensar que alguien es capaz de burlar su seguridad e introducir a la razón de su tormento, sus noches sin dormir y su enemiga, en su propia casa.

Un escalofrió recorre mi cuerpo. Si la mafia me busca, si Misael Cappone me encuentra, correrá mi sangre. Cecilia, con sus manos frías aprieta mis manos, infundiéndome aliento. Las palabras del jefe del FBI vienen a mi mente.

No te apartes de Connor. Si lo dice, es porqué quizá Connor sea el único que puede protegerme de lo que se aproxima. Nadie puede protegerse de la mafia. Y quizá «nadie» sea el muchacho con mil demonios que tengo en frente. Aunque me pese, Connor es mi único boleto para seguir en este mundo.

Suelto un suspiro los miro a ambos —: Acepto su ayuda.

—No tenías opción —dice Connor rodando los ojos—. Ahora, Mileto quiere que nos acompañes a la cena navideña, así que debes estar en el gran

comedor a las once en punto.

Cecilia le mira con los ojos como huevos fritos, pero él simplemente la observa con indiferencia y se va; dejándome helada, pensando en que voy a comer con el enemigo y con la parte adolescente que me constituye, mirando a Cecilia como preguntando —: ¿Qué voy a ponerme?

Parece estúpido que me preocupe que vaya a vestir esta noche. Digo, teniendo en cuenta que quien estará en la silla principal de la mesa, representa el mayor peligro que puedo correr. O eso creo. Sin embargo, hay algo que me empuja hacia ese gran salón, o tal vez hasta mi muerte.

Mi reflejo en el espejo me devuelve una visión de una chica en vestido negro sencillo y ceñido al cuerpo, con zapatos de taco alto y pelo bien arreglado cayendo en ondas. Un nudo se me instala en la garganta y me pregunto ¿Qué voy a hacer? Escapa. Me responde mi fuero interno, ese que sostiene un plan para irme de una buena vez.

No obstante, pienso en Mileto; en quien sin saberlo es mi medio hermano y me embarga la decepción que va a sentir si un día no me encuentra. El niño no tiene culpa. En realidad, a pesar de que sospecho es fruto de un amor prohibido, de una alevosía, no pienso dejarlo solo. El corazón se me instala en la garganta cuando descubro que los lirios, una vez marchitos, están perfectamente renovados y con agua nueva en su lugar habitual.

Estas volviéndote loca, hay mejores cosas en las que pensar. Me regañan mis pensamientos. O quizá y solo soy yo, intentando hacerme la loca para quitarme la decisión de las manos. La habitación se me hace chica y los pensamientos cortos. Al final, todo se resume a un par de palabras con las mismas longitudes, pero con diferentes efectos y significados: Si o no.

Mi madre sabe que estoy aquí. Después de todo, no sería sorpresa para ella que la llamaran para decirle que estoy tirada en una alcantarilla y con una bala en el cerebro. Mi madre, Cecilia, Connor y hasta Betzabeth, todos parecen conocerme mejor de lo que yo le hago. Todos han tenido algo que ocultarme.

Todos.

¿Habrá otra cosa que no sepa? Como por ejemplo, ¿Cómo se enteró Misael Cappone de que estoy viva? El sentimiento de morir me atrapa, me pone la piel de gallina y me obliga a sentarme en el borde de mi cama. ¿Por qué no pude quedarme con mi vida anterior? En total inocencia del otro mundo, de ese que no conozco. Me pregunto si antes de Colón, los

del viejo mundo estaban mejor sin saber que existía América.

Me cuestiono si tal vez estuviese mejor en la total ignorancia y no puedo evitarlo: lanzo mis tacones a la cama y prácticamente me asfixio mientras corro descalza hasta el jardín. No iré. Por más que Connor esté presente, por más que decepcione a Mileto, por mucho que Cecilia se preocupe al entrar a maquillarme y no encontrarme. Por encima de eso, está algo más valioso que cualquier sentimiento de una persona hacia mí: mi vida.

Hiperventilando, me lanzó al pasto sin importarme que el vestido sea prestado, de marca y lo ensucie, me voy de bruces sobre él. Me acurruco en posición fetal y miro el gran muro que me separa del exterior. Como si fuera una cruel burbuja que se burla de todo. Lloro. Sin que nadie me mire, lloro.

Me dejo llevar por las evocaciones de todos los recuerdos que he tenido estando aquí, analizando ¿en qué fallé? ¿Por qué me toco ser la chica a la que han engañado durante toda la vida y que no sabe quién es ni su lugar en el mundo?

Nunca he creído en la magia, pero juro en estos momentos, que desearía volver a la ignorancia. Con todo y eso, desearía que los deseos si se hicieran realidad. Ahora sí le doy la razón a los que me rodean. Intentaban protegerme y no fui capaz de agradecerlo. Solo pretendían evitarme esto: Que mi vida me aplaste agarrándome desprevenida.

Me abruman un centenar de cosas, de realidades, falsedades y desconocimientos. Pero sobre todo: preguntas y enigmas sin resolver. No sé en qué momento dejé que todo esto me abatiera. Lo cierto es que estoy aquí: jugando a ser la presa de un tigre con un león como protector y sin saber cuáles son los motivos de ese león para defender mi vida.

Me estremezco cuando abro los ojos y veo un par de zapatos italianos, que solo pueden pertenecer a una persona. Me siento en el pasto de golpe y veo hacia arriba advirtiendo que Connor Cappone me observa inexpresivo o simplemente analizando la situación.

—Así que aquí estas —suelta un suspiro y se sienta a mi lado.

El jardín está iluminado por las farolas, —sospecho robadas de un parque— y le dan un aire europeo al rostro del chico.

—Si me ves, es porque aquí estoy —intento sonar sarcástica, como si no me hubiese pillado con la muralla baja.

—Sabes, la naturaleza siempre me ha parecido un buen lugar para

pensar.

—Y las personas como yo tienen muchas cosas pasando por su cabeza, supongo —digo perdiéndome en la nada, ignorando los límites de todo.

— ¿Puedo ayudarte en algo? Se supone que no debes...

—Alejarme de ti, debo permanecer a tu lado. La cosa está en que nunca resuelves mis preguntas, ¿Por qué lo harías justo ahora?

—Porqué ya sabes a que te enfrentas y veo que me cediste el derecho de protegerte.

— ¿Y por qué quieres hacer eso?

—Porque es mi deber. En realidad no es tanto el deber, sino el querer —siento su cálida mano sobre la mía, a pesar de que la noche sea fría— Veo mucho de ella en ti —susurra y aunque no dice el nombre, sé bien a quien se refiere. Me parece irónico, que vea a su madre justo donde corre la sangre del enemigo, de la razón por la cual murió.

—Peleaban siempre por las mismas estupideces. Median su orgullo y su carácter en el espejo que tenían en el otro. —comenzó hablando y mirando la misma nada que veía en un principio— Se arriesgaban con inmadureces y eran el vivo reflejo de los opuestos. Sin embargo, no se podía ignorar algo en común: Estaban perdidamente enamorados del otro.

— ¿Vas a ponerle final a la historia inconclusa?

Se digna a mirarme. Al parecer el tema le pesa, pero simplemente niega con la cabeza.

—No le puedo poner un final, porque alguien más ya lo hizo.

— ¿Y si le inventamos uno?

Suelta una sonrisa sincera y luego una carcajada.

— ¿Devolviendo el tiempo?

—O reviviendo la historia y volviendo a vivirlo.

Me pierdo en sus ojos con color a esmeralda olvidando sus defectos, los míos, mis preguntas. Me pierdo sin saber que nos llevó al tema. Me dejo llevar olvidando las advertencias, simplemente acercando mi aliento al suyo. Me permito guiarme por mis impulsos, sabiendo que cuando roce sus labios, el mundo va a detenerse. Sin embargo, algo me congela en el

acto.

No debes. No debes. No puedes sentir atracción.

Salgo de mi ensimismamiento y me detengo justo cuando sus labios están demasiado cerca. Me levanto, le ofrezco mi mano y él demasiado confuso le acepta.

¿Qué está pasando conmigo? Connor Cappone no debe entrometerse en mi realidad, es solo un chico que me protege. Solo eso. Me reitero, una y otra vez, que todo esto es un error mientras camino hacia la casa de su brazo.

Solo mi protección, no el amor de mi vida.

Capítulo 21

Primera vez en 18 años que no ceno en la noche de navidad. Mi estómago se cerró en cuanto mis pies descalzos pisaron las baldosas frías de la casa y esa noche, tampoco se me hizo dormir; me la pasé cuestionándome si de verdad quiero saberlo todo, si es que entonces quiero seguir haciéndome daño y siendo una masoquista empedernida.

Hoy me encuentro mirando los mismos muros y esperando a que Mileto termine su clase mensual de tiro al blanco con un arma. Juro que cuando se entere de la realidad, me iré lejos con él y no tendrá necesidad de disparar otra arma.

Agradezco al cielo porqué mi contacto con Misael Cappone, sea limitado. No imagino lo que haría conmigo, pero tampoco sé cómo estoy segura viviendo en su propia casa. Lo único de lo que estoy segura, es que sin Mileto no me voy. Y creo que sería prácticamente ilegal llevármelo sin permiso de su «padre». Eso y que levantaría sospechas de quién soy y por ende, mi cabeza rodaría resbalando con mi sangre.

Debo escapar, escapar con Mileto.

Es sorprendente ver cuánto puede cambiar la vida de alguien en solo segundos. ¡Cuánto puede hacer una simple oración!, una palabra puede significar un giro del destino para una persona. Un segundo, puede significar desconocerse a sí mismo, cambiar de rumbo, cambiar la vida, los sueños. Solo un momento en el que te descuidas, provoca que nada vuelva a ser igual.

— ¡Hey! —Me despierta Mileto de mis ensoñaciones—, ¿quieres aprender a disparar?

La pregunta quedo en el aire, porqué ya sé disparar. La evocación de Connor enseñándome, me revuelve el estómago. Lo he mantenido a raya desde la noche de navidad y no precisamente porque él quiera, sino porque Yo quiero.

—Yo... Ya sé cómo hacerlo —contesto apenada, aunque no sé muy bien porque.

— ¿A si? —El niño frunce el ceño y se acerca hasta la mesita donde jugamos ajedrez hace poco—, ¿Estás bien? —se relame los labios, en busca de las chispas de chocolate de un helado que le preparó Morris.

— ¿Por qué no lo estaría?

—Uh, no lo sé, has estado pensativa estos últimos días, desde la cena de navidad a la que faltaste y...

—Estoy bien —le paso la mano por el cabello. Sin embargo, la suavidad que no he sentido antes, me indica que es primera vez que hago esto. Hecho por el cual la quito rápidamente.

— ¿Segura? —Se encoje en hombros— Hemos terminado por hoy, Sr. Charles.

El hombre frívolo de traje blanco y sombrero a juego, asiente e inexpresivo, se aleja hasta la casa.

—Ahora sí, ¿Puedes decirme todo?

Todo me recorre como un impulso eléctrico y por primera vez, le pido al cielo que mejore mis habilidades de mentirosa.

—Todo —digo con una sonrisita nerviosa.

Mileto no tiene por qué saberlo, no ahora. Y entonces, me encuentro en el sitio de todas aquellas personas que me guardaron las cosas y los entiendo perfectamente, los entiendo aún más.

— ¿No me escondes nada? —pregunta. Pero más bien me sonó a una afirmación. Como si el niño, aún con su corta edad, tuviese la necesidad de reafirmarse algo.

La edad no fija la inteligencia.

Mileto sabe que hay algo tras bastidores. Algo tan grande, tan estremecedor, que cambiará su vida tanto como a mí. O tal vez menos, porque al menos su vida es producto del amor.

Me recorre un escalofrió al recordar lo que le dijo a Connor una vez. Quizá y el niño sabe de dónde viene, pero puede que no sepa quién soy. Y a como están las cosas, yo preferiría que nadie lo supiera.

Una ventisca helada nos inunda de pies a cabeza, recordándonos que mañana será fin de año. Recordándome que este año, le dio un toque radical a lo que consideraba perfecto.

—Bien, entonces vamos a dentro —el niño se lanza al pasto y yo no tan renuente lo sigo.

Entramos a la casa y nos conseguimos con el olor del pavo de Morris en el

horno.

— ¿Preparativos para año nuevo? —pregunta el chico deleitándose con el fantástico olor y viendo la no tan hermosa fachada de Morris.

—Agotadores —responde la mujer, con la respiración acelerada, picando rápidamente el repollo para la ensalada.

— ¿Tendrás tiempo para hacerme otro helado? —indaga el chico con vergüenza. La mujer, detiene lo que está haciendo y lo mira acusadoramente.

—Acabaras matándome —exhala por fin, luego se detiene a mirarme y me apunta con el cuchillo—. A ti te buscaba Connor.

Mileto me mira, como esperando que rompa mi posición petrificada, pero asiente, lo que solo significa «Ve»

—Está en su habitación —bufa la mujer volviendo a sus verduras—. Vino para hacerse un Sándwich. Al menos él se hace sus cosas por si solo —mira por encima del hombro a Mileto. El niño que aún espera su helado sentado en el mesón y sin muchas ganas de darse por vencido.

Abandono la cocina escuchando a Morris musitar, con estrés, que no le tienen consideración. E intentando mantener sus palabras en mente, para distraer un poco mis pensamientos de todo lo que me ocurre.

Me adentro en los pasillos, los cuales, revestidos de decoradores, chicas limpiando y bonitas estrellas navideñas, que no consiguen siquiera animarme. Connor me busca y vengo como una borrega obediente. Me cuestiono frente a su puerta, pensando que tal vez debí hacer caso omiso. Cuando tomo una respiración, para decidir si tocar o irme, Connor Cappone abre su puerta vistiendo solo unos pantalones de chal. Solo eso.

—Me... Buscabas —mi voz sonó estrangulada. Más de lo que hubiese querido.

—Iba justo a tu habitación, pero ya que estas aquí —abre la puerta del todo y levanta su ceja al ver lo negada que me encuentro a pasar.

—Sabes que trabajo —digo rindiéndome y pasando a la estancia.

Debo aceptar que tengo miedo de haber estado jugando en el bosque y que el lobo haya regresado a comerme.

—Sabes que siempre te espero... —su voz suena acolchada mientras cierra

la puerta tras de sí.

— ¿Y bien...? —digo yendo al punto con los nervios traicioneros recorriéndome por estar aquí y casi regañando a mis instintos, esos que se despiertan al estar cerca de él.

Me doy cuenta de que, de forma inconsciente, estoy alejándome de él como si estuviese haciendo el baile de Michael Jackson. Él, aún parado en la puerta contiene una risita y dice —: No voy a comerte.

—No he dicho eso...

Connor niega con la cabeza y suelta una media sonrisa.

—Quieren que te lleve mañana.

Frunzo el ceño todavía sin entender...

—Los Santineli, quieren que cenes con ellos por año nuevo.

Treintaiuno de Diciembre: último día del año, víspera de año nuevo, día número trescientos sesenta y cinco, a un paso del nuevo comienzo, y... El día que conoceré a mi verdadera familia. Al oscuro secreto que mi madre guardo durante años, a la sangre que no me vio crecer, pero que, al fin y al cabo, guardo una curiosidad infinita por conocer.

Así sean del lado de un padre que apenas recuerdo y que casi no conocí. Los estúpidos lirios, descansan inertes sobre mi mesa de escritorio. Creo, que debería pedirle a una de las que limpian la habitación, que cambien las flores por algo más fresco. Que pongan algo nuevo para variar.

Veo el vestido que usé en noche buena, está perfectamente doblado al pie de mi cama. Es negro y se moldea al cuerpo, tiene un escote muy revelador en forma de corazón, aunque el largo es adecuadamente un centímetro bajo la rodilla.

Cuando me levanté del pasto, tenía una gran mancha verde en la retaguardia. Sin embargo, sospecho que fue lavado y traído de vuelta. Creo que debería comenzar a poner el pestillo de la puerta antes de dormir. No tanto por la aparición misteriosa del vestido, sino por Mileto apareciendo por la puerta de pronto.

— ¡Hoy es el último día del año! —el niño se me lanza encima y eso que no me he levantado bien.

—Sí, sí, pequeño. ¿Estuviste comiendo mucho helado de nuevo?
—pregunto viendo la hora en el reloj y percatándome de que son las siete de la mañana. Eso, es decir demasiado temprano para que Mileto Cappone abra los ojos.

—De hecho, fue la tarta entera que tenía Morris de postre para esta noche
—el niño pone su mano en la boca y suelta un pequeño eructo.

Abro los ojos de golpe.

— ¡Morris va a matarte!

—Oye, era una tarta fría de fresas en el refrigerador a media noche —me regaña, o algo parecido. No obstante, lo cargo en peso y lo llevo frente a la primera puerta, que creo es la de la habitación de Morris.

— ¡Quieres que me asesinen!

—No, quiero que pagues por tus actos. Así que estate quieto mientras abre —toco la puerta y espero pacientemente, sosteniendo los hombros de Mileto, que intenta escapar.

Pasan un par de segundos y la pelirroja en cuestión no da señales de vida.

—Te dije, debe estar aprovechando que tiene todo listo y no hay trabajo a la vista —el pequeño intenta fugarse, pero lo sostengo antes de que salga corriendo. Y justo ahí, la gran masa de cabello rojo, Morris, aparece intentando abrir los ojos.

— ¿Adivinas quien se comió la tarta?

Morris dirige la vista a Mileto, ahora sí con los ojos bien abiertos y da el grito al cielo.

**

Por fin, algo en lo que distraer mi mente. Morris y Mileto me divierten. Ella buscando algo en su libro con lo que suplantar el bizcocho y Mileto persiguiéndola y pidiendo disculpas.

—No hay ingredientes —se detiene la mujer de golpe, mirando a un Mileto pálido. Me limito a mirarlos desde el marco de la cocina, intentando aliviar los pensamientos y bajarle dos a las preocupaciones.

Siempre he sabido que la risa, puede que sea el mejor paracetamol y es muy conveniente ahora, porque el dolor de cabeza comienza a asomarse.

Esta vez, no es por alguna droga.

—Tendremos que ir a comprar más —Morris pone sus brazos como jarras, disgustada. Su plural me desboca el corazón, ¿podré salir de esta jaula?

— ¿Eso está permitido? —mi pregunta sonó interesada, casi desesperada. Ella, ignorando mi repentino interés en su discusión con el niño, asiente. Toma una llave de detrás de un tarro de galletas y nos dice a ambos —: Síganme.

**

Morris, nos guió hasta un pequeño centro comercial. Conduce un camión de verduras un poco chico. En el camino, Mileto no hizo más que quejarse por el olor a fruta podrida.

Estamos en una sucursal de un supermercado dentro del centro comercial. Morris, escogiendo unas frambuesas con un ojo crítico, nos explica —: Misael Cappone me dio ese camión. Alguien tiene que hacer las compras de la casa, ¿no?

— ¿Te permite que salgas? —pregunto distraídamente, tomando la mano a Mileto e impidiendo que salga disparado hacia el pasillo de golosinas.

—Sabe que no voy a irme —se encoge en hombros y mete las frutas dentro de la cesta.

— ¿Y yo? Se supone que no debería salir —la mujer me mira por encima del hombro.

—Sabe que eres valiosa. Haz aguantado a la personificación de Daniel el travieso, ¿Qué esperabas?

Suelto un suspiro y sigo sosteniendo a Mileto.

— ¿Daniel el travieso?, ¿Es lo mejor que tienes? —El niño suelta la carcajada.

La mujer levanta la ceja y luego me mira.

—Es temprano. No hay tráfico por esta zona y supongo que el centro comercial está abierto para las compras de último minuto. ¿Por qué no te apresuras y te compras algo bonito?, necesitas relajarte. Estaré en el pasillo de carnes —Sonríe, y de forma tensa toma al niño del brazo— No sé si sabías, pero estuve en la milicia alemana —susurra dirigiéndose al niño.

—Así que eres de la época de Hitler —Escucho que dice Mileto mientras me alejo. Me prometo que serán diez minutos. Pienso que quizá y compre algo para lucir entre mi familia.

Mi familia. El caso cómico me había distraído de la realidad y aunque las ilusiones son bonitas, la realidad es verdadera.

Me dejo pasear sin rumbo al salir del pequeño abasto. Quizá queriendo ser la misma chica normal, que se pasea buscando un vestido para una cita con su novio, de la mano de su mejor amiga. Pero resulta que no, la cita no es con mi novio y mi mejor amiga, me guardo el secreto de mi vida.

Las personas pasan apresuradamente, una que otra empujándome. O pasando por mi lado tropezando con mi hombro pidiendo disculpas. Sin saber lo que en realidad sucede en mi mundo, en mi medio universal. Pendientes de conseguir un regalo adecuado, una lata de esto, o aquello, el collar perfecto para aquel vestido.

Es sorprendente como nos inmiscuimos en nuestras vidas. No somos capaces de pararnos a pensar que aquella chica que ignoraste en la calle, tiene un predicamento mucho más grande que el tuyo, que quizá y una estrella se esté comiendo el centro de su universo.

Algo frío, en la parte baja de mi espalda, me detiene en el acto.

—No te muevas, no grites, actúa normal.

— ¿Quién eres?—digo congelándome e intentando reconocer esa voz familiar.

—Eso no importa demasiado... Importa más quién eres tú —dice la voz empujando su pistola y obligándome así a caminar— Misael Cappone no tiene ni idea del tesoro que tiene en su casa —masculla el hombre mientras intento voltear para verlo. Me sorprende que con tanta gente, nadie haya visto el sudor en mi frente, ni el hombre demasiado pegado a mi cuerpo.

—No sé de qué me habla —intento sonar neutral, mientras me conduce por una serie de pasillos abarrotados de tiendas.

—Que no tendría que andar pidiendo recompensa por la Santineli, si hiciera requisita entre su personal —miro a un lado, a una vitrina, con el corazón latiéndome a mil kilómetros por hora. Estando consciente de que este hombre sabe quién soy, que me conoce. Cuando veo su reflejo, el alma se me queda en un hilo.

— Sr. Marshall —dejo escapar con la voz ahogada.

El hombre se detiene en seco dándome tiempo para voltear lo suficiente. Esto me permite ver como se desvanece el hombre con sombrero negro y abrigo largo, en los brazos de Connor Cappone.

Un homicidio en pleno centro comercial. Pero cuando veo a Connor quitar el pañuelo blanco de la cara del tipo doy cuenta de que no está muerto. Un grupo de ancianas nos miran, como rezando o chismoseando sobre lo ocurrido. Pero en general, la indiferencia entre las personas es normal.

—Intenta salir con un arma —recomienda el chico, intentando parecer calmado, pero tiene un tono que me pone los pelos de punta—. Ahora, muévete, hay que llevar a este chico al FBI.

—Pero yo...

—Están camino a casa —masculla cargando al hombre como si estuviese ebrio, quitándole el arma y poniéndola en su bolsillo.

Estando en el estacionamiento abarrotado de gente, lanza al Sr. Marshall en el puesto de atrás y me abre la puerta del copiloto. Al parecer, que un hombre lance a otro a la parte de atrás de su vehículo, es tan normal en estos lados, como que un gato se trague una bola de pelos. Connor, deja escapar un suspiro, enciende el Bugatti y salimos a toda prisa.

—Mónica, creo que te has dado cuenta de lo valiosa que eres —dice de repente, mirándome a los ojos—. No solo para el FBI, ni para tu familia, o la mía, sino para mí.

Capítulo 22

No supe bien cómo interpretar aquellas palabras de Connor y al final del día, luego de dejarme en la casa y partir hacia no sé dónde con el Sr. Marshall, aparece como si nada en la puerta de mi habitación sosteniendo un vestido nuevo.

— ¿Esperas que acepte eso? —le pregunto mirándolo de arriba a abajo. Aún con mi bata de baño —bastante larga— y mi cabello recogido en una coleta.

—No es de mi parte. —Soltó con una carcajada— Si yo lo hubiese escogido, fuera más revelador —miró el vestido con estilo griego: un solo hombro y la falda llega por debajo de la rodilla —o es sospecho—, con un bonito color gris.

— ¿Y quién lo manda? —pregunto intentando examinarlo bajo la bolsa transparente de plástico.

Él mira el vestido y luego a mí —: Tu familia...

El corazón se me instaló en la garganta y con las manos temblorosas le arrebaté el vestido.

—Quiero que estés en la entrada a las 9 y 30 —luego de eso, le azoté la puerta en la cara.

Vaya detalle, mandarme ropa para una cena de año nuevo. Con Mileto bañándose luego de hacer desastres haciendo el pastel, tengo la noche libre y aunque sean las 7 y 30 y falte algo de tiempo, una pregunta se me instala en la cabeza. ¿Connor Cappone me llevará con los Santineli? ¿No son enemigos?

Tomo una respiración profunda, lanzo el vestido sobre la cama, pienso en lo que haré y en esta extraña confianza que me inspira Connor. Esa, que a pesar de todo lo que he vivido, no debería existir, pero que sin embargo, está ahí. No debería confiar en nadie. Quiero ser una muralla infranqueable de concreto. Pero no, soy todo lo contrario y comienzo a cuestionarme si eso es una virtud o un defecto.

Desconfiar, después de todo, es el instinto más profundo del ser humano. Sin embargo, yo estoy justo en el borde, con miedo a desconfiar por herir o simplemente errar y alejar la luz de mi camino. Soy un manojo de decisiones mal tomadas, de caminos truncados y de corrientes de aire desaprovechadas. Quizá y por eso estoy donde estoy.

Me convertí en una botella mensajera en el océano: tome corrientes que me llevaban a ninguna parte, fui destapada sin leer mí contenido y lanzada de nuevo al mar. Vagando sin rumbo, me transformé en un misterio, no para quien me lanzó, sino para quien debería conocerme mejor; yo misma.

Agradezco no haber asentado amistad con nadie, pues no seré extrañada en la cena de fin de año para el personal. Y, en todo caso, le di a entender a Morris que sus frambuesas excelentemente escogidas, me causaron malestares estomacales.

Me dejo caer en la cama y me permito que los recuerdos de este día me abracen. De repente me pregunto: ¿Cómo sabía Connor donde me encontraba? , ¿Le pusieron precio a mi cabeza?, ¿Quién le informó a Misael Cappone de que estoy con vida? Aquí, es donde pongo en duda la sinceridad de Connor. Aquí, es donde pongo en duda la veracidad de todo lo que me sucede.

Sin embargo, sé que aunque quiera cambiar lo que ha sucedido estos últimos meses, nadie más que yo puede ser esa chica que vivió en una vida prestada; construida con base de anime, para que justo cuando estuviese a punto de llegar a la cima, se derrumbara como si fuese un lego.

Respiro frente al espejo y me observo. El vestido luce demasiado bien. Solo tiene un tirante, a medio hombro con algunos bolados, es un poco ceñido al cuerpo, pero no tiene un escote tan revelador y la falda llega hasta la mitad de la pantorrilla.

Dejo mi cabello aburrido caer en ondas y no me pongo mucho maquillaje. Supongo que deben conocerme como soy, ¿no? Abro lentamente mi puerta, viendo que son las nueve y veinticinco. Todos por lo visto, están encerrados alistándose para la comida de las diez.

Mis zapatos bajos no hacen ruido mientras camino y esto es una ventaja, pues obviamente no quiero que nadie se entere, mucho menos que Mileto me extrañe. Cuando estoy cerrando la puerta principal, suelto por fin el aire.

No es que el trayecto de la puerta a acá sea largo, es que se me hizo kilométrico mientras daba cada paso. Por suerte, la gente de la casa no está a la vista, o eso pienso, porque justo cuando veo el Corvette estacionado en la entrada, recuerdo que en la casa hay circuito cerrado.

El corazón se me instala en la garganta mientras me acerco al auto. Pensando en las excusas que podré meter si me atrapan infraganti, y en que quizá y debería proteger a Connor o sacarle las patas del barro. Sin embargo, cuando estoy del lado del copiloto, la puerta del auto y el portón

de la casa, se abren. En el auto negro, está un Connor Cappone sonriente en un traje de vestir.

— ¿Vas a quedarte ahí esperando que nos descubran?

Me monto en el auto las ruedas hacen crujir la gravilla bajo mis pies.

— ¿Cómo estás tan seguro que no seremos descubiertos?

Él suelta una carcajada.

—Soy el jefe de seguridad de la casa: estoy a cargo de las cámaras y puedo borrar cuanto se me dé la gana —contesta conduciendo y haciendo que desaparezcan las luces de la casa a nuestras espaldas.

— ¿Y no te extrañaran en la cena? —pregunto examinando el interior del auto: compacto y con asientos de cuero, todo negro y elegante.

—Paso fin de año en el cementerio —dijo sin más, adquiriendo un tono de seriedad. E imaginando en cual cementerio y en que tumba no hago más preguntas.

El motor tiene un leve ronroneo, lo cual no permite que cualquier sonido irrumpa en mis pensamientos. Sin embargo, cuando Emimen comienza a sonar en la radio, solo me limito a mirarlo de soslayo.

— ¿Qué? —pregunta volviendo a ser el mismo Connor sarcástico, cínico e infranqueable.

—Si los Santineli y los Cappone son enemigos...

—No todos los Santineli y Cappone —responde mirándome directamente. Aunque ya salimos a la autopista, y los autos pasan a nuestro lado zumbando, y preferiría que mirara al frente, no puedo dejar de admirar la sinceridad en sus ojos. —: Que mi padre los odie, no quiere decir que yo también lo haga. Fíjate, eres una de ellos y yo...—se detiene, mira al frente y aprieta sus labios, uniendo el inferior y superior.

— ¿Y tú...?

—Te protejo —dice por fin. Aunque sospecho que hay o habían otras dos palabras.

De repente, se desvía, tomando un sendero que hay en el bosque justo a los lados de la carretera.

— ¿A dónde vamos? —digo dándome cuenta de que se aleja de la

civilización.

—A tu casa. —responde aumentando la velocidad y haciendo que las hojas en el sendero se levanten a su paso.

El camino es sumamente hermoso. Los árboles y la zona le dan un aspecto de cuento de hadas. Sin embargo, no puedo evitar que el corazón se me instale en la garganta cuando me doy cuenta de algo: hay un hombre en medio del sendero, sostiene un arma y nos acaba de disparar.

El auto se detiene y Connor me mira como rogando que no me meta, pero es demasiado tarde. Sin pensarlo dos veces busco bajo el asiento y efectivamente encuentro un arma.

—No pensaras que dejaré que vayas solo.

—No pensarás que tu familia nos dejará solos —miro al frente y veo al hombre tirado en el camino junto a...

— ¿Grayson?

—Mi padre no conoce a su personal... Ni a su hijo.

El tono en el que lo dijo me heló la sangre. La misma que se supone debo defender, pues algo que dice que si alguien nos disparó, esto es el principio de algo grande.

Grayson viene corriendo hasta nosotros, tiene un traje blanco y mantiene una gran sonrisa en la cara, al tiempo que guarda el arma en su chaleco y abre mi puerta.

— ¿Prima? —Sonríe divinamente aunque yo me quedo congelada, sin entender mucho— ¿Te parece si caminamos un poco hasta la casa y te aclaro algunas cosas?

Aún no consigo entender, o más bien procesar que Grayson sea parte de mi familia. Que comparta mi sangre y que haya estado ahí desde el inicio. Nuestra caminata nocturna es muy esclarecedora. Me he dado cuenta, de que tengo que prestar más atención a mi entorno y así darme cuenta de que nada es lo que parece.

—Te dije que a mi padre lo mató otro policía y es la verdad; fue Misael Cappone.

— ¿Misael Cappone? —frunzo el ceño— ¿Era policía?

Grayson suelta una carcajada.

—Muchos por aquí, trabajan de los dos lados de la ley — en ese instante, el auto de Connor pasa zumbando a nuestro lado—. Solo que no podía contarte toda la verdad, no en ese momento y me disculpas los teatros.

Suelto un bufido. Teatro. Toda mi vida ha sido un teatro y una que otra improvisación. Siempre siendo un montaje en escena. Todo porque se supone que soy valiosa. Pero no en el sentido en el que todos lo somos: sino más bien en el sentido de que, si bien un lado de la mafia quiere mi cabeza, el otro quiere que le gobierne y ocupe mi lugar.

Mi lugar en la mafia. Con pensar en eso, me recorrió un escalofrío.

—Así que la mafia comanda la policía.

—Y la mayoría de las oficinas de justicia en el estado —se encoge en hombros—. Por eso no creo en ella, no en la humana por así decirlo.

Lo entiendo, con la luna llena en lo alto entrando por la copa de los árboles, uno que otro esplendor en el cielo y el sonido de la nada a nuestro alrededor: entiendo que nacimos para errar, no para juzgar. Nacimos para ser desperfectos, tener tornillos sueltos y ocupar un lugar en el mundo. Solo que no sé cuál es el mío.

—Sabes, —dijo deteniéndose de pronto— eres la última esperanza para que mi familia se redima.

— ¿De qué? —pregunto aminorando el paso y volteándome a mirarlo.

—De todo esto —abre sus brazos, como señalando el todo— De vivir escondidos, de iniciar matanzas contra el enemigo... Siempre he querido irme a la milicia estadounidense —traga en seco e infla el pecho— Y sé que él hubiese querido lo mismo —mira al cielo y sin nombrarlo, sé a quién se refiere.

— ¿Y por qué no lo haces?

—Es nuestro deber Mónica, debemos proteger lo que se nos fue dejado...

— ¿En serio pelean por un pedazo de tierra?

Suelta una carcajada.

— ¿Todavía no lo entiendes?, peleamos por ti, por tu vida y por lo que solo tú puedes reclamar. Eres la única heredera de años de sacrificios de

nuestros antepasados y de prácticamente el cincuenta por ciento de los negocios en Italia.

La vida se me detiene, o mejor dicho, la tierra deja de girar para mí.

— ¿Pero...?

—Los Cappone, tienen un poco menos de la otra mitad. Quieren matarte para que ese cincuenta por ciento sea de nadie y entonces reclamarlo como suyo.

El móvil de Grayson suena y agarra la llamada. Tomo aire, ¿cincuenta por ciento de negocios en Italia? ¿Y quién le dijo a mi padre que quería eso? «Luego entenderás cuanto te quiso tu padre» ¡Dejarle a tu hija la mitad de toda Italia y una familia de mafiosos persiguiéndola; no es amarla! Me dan ganas de gritarle al cielo.

Si Terreen Santineli hubiese pensando mejor, si no me hubiese entrometido en su vida de mafioso... Fuese una chica normal de Florida, no tuviese a la mayoría de mi familia engañándome sobre mis raíces; tampoco la muerte detrás de la oreja o una cabeza con valor en dólares.

Miro el rostro pálido de Grayson y sin pararme a pensar en su expresión, me doy cuenta de que no soy la única que quiere ser normal. Yo puedo ser cabecilla de esa familia y encaminar todo lo que me fue dejado hasta otro objetivo.

El notable y gran problema, es que para hacer eso debo mostrar quien soy...Mostrarle a Misael Cappone quien soy. Grayson despega el móvil de su oído y me mira expectante.

— ¿Qué sucede? —indago extrañada.

—Están en la casa...

— ¿Quiénes? —lo miro aún sin entender.

—Debemos salir de aquí —saca un arma de su traje. Sospecho la misma que mató al hombre en el camino. Toma mi mano y corremos hacia la carretera.

Un pensamiento me atraviesa la cabeza: Connor.

Me detengo y todavía cuando estoy siendo halada por Grayson que no se frena porque yo lo haga. La sola idea de que mi familia muera por mí y que sangre fluya por el suelo, por el simple hecho de que yo no quiero

aparecer, me causan náuseas.

El arma que saqué del asiento de Connor, no pesa nada en mi mano. Me zafó del agarre de Grayson y emprendo una carrera hacia no sé dónde. O más bien sí sé: voy a la casa Santineli. Mileto estará mejor sin mí, la sangre dejará de correr y los Santineli podrán ser otra cosa. Nadie reclamará mi jugosa herencia y Misael Cappone se hará de la mitad de Italia.

Betzabeth tendrá su puesto de honor en el FBI y no tendrá de cuidar a la chica estúpida, porque sé que eso es lo que le molesta de mí. Grayson se hará militar y todos serán lo que hubiesen sido si no hubiese aparecido.

Simplemente corro, corro hasta la nada y justo cuando abro los ojos, lo veo: Un claro con una casa ardiendo en llamas. Se escuchan gritos, disparos y llanto. Aunque por encima de eso, solo puedo escuchar mi respiración acelerada.

Ya sé lo que voy a hacer y estoy segura.

Aprieto el agarre del arma con mis manos temblorosas. En la entrada del claro, la dirijo hasta el costado derecho de mi cabeza. Cierro los ojos y respiro profundo. Quizá sean las últimas moléculas de oxígeno que entren a mi cuerpo. Pero justo cuando estoy a punto de disparar, algo me detiene.

No algo. Alguien. Connor Cappone tiene una de sus manos en la cintura, y la otra, está en mi mano derecha, alejando lentamente mi cabeza del arma.

—Debemos irnos —susurra cuando está seguro que no haré nada,

—No haré tal cosa —digo viendo arder la casa y a las personas disparándose entre sí, formando un fuego cruzado y sintiendo como el humo sustituya al aire.

Connor se encoge en hombros y me toma en brazos. Lo siguiente que sé, es que estoy en su auto y que Grayson está en el asiento trasero plácidamente dormido.

El reloj del auto marca las once y treinta y la mandíbula tensa de Connor, enmarca su malestar.

— ¿A dónde vamos? —pregunto incorporándome e ignorando el silencio de Connor.

— ¿Puedes responder? —respiro hondo, intentando calmar el

entumecimiento en mi cuello.

—Georgia —responde sin más y con un tono profundo.

— ¿Me preguntaste si quiero largarme del estado? —suelto en un grito, pero sin provocar que Grayson despierte.

Connor aparca a un lado de la carretera, soltando el aire y dejándose caer sobre el volante.

— ¡Debiste dejarme morir en el claro! ¡Me importa muy poco mi herencia!
—suelto entre lágrimas.

— ¡Y a mí me importa mucho más tu vida! ¡Me importa más que cualquier estúpida venganza! —ruge acercándose hacia mí y dejándome contra la puerta del copiloto— ¡Si tú mueres, no me quedará nada de ti! ¡Y no quiero pasar eso de nuevo! Tu vida es valiosa, no para ellos... Sino para mí.

— ¿A qué te refieres? —digo sin entender, y bajando un poco el tono, para que haga lo mismo.

—No lo entenderías —contestó alejándose de mí y volviendo su cara hacia el vidrio de su lado, sospecho para que no lo vea llorar—. Ahora, vamos a irnos del estado, el FBI nos espera y a ti: la más hermosa de las vidas.

Capítulo 23

Parte dos

«Dos caminos se abrieron ante mí, pero tomé el menos transitado y eso marcó la diferencia»

Robert Frost

Capítulo 24

Llevo casi dos años de mi vida en New York. Sí, mi vida pasó de ser una adolescente con problemas emocionales que no sabía prácticamente nada de la vida, ni de la de ella propia, a ser custodiada por el FBI, el cual me cambió el nombre —de nuevo— a Amberly Mitchell.

Sin embargo, eso no es todo. Soy la esposa —la flamante esposa—, de un militar, pues me casé con Grayson Santineli, ahora Brandon Mitchell. Se me obligó a cambiar la vida que llevaba, a apartar los miedos y darle un empujón a mis impulsos. Se me exigió madurar de golpe, dejar de llorar en las noches y aprender a vivir en los suburbios de la pujante Manhattan.

Se me obligó a cambiarme desde el nombre, hasta el universo. Pero lo que nunca permití fue que me cambiaran los sueños, pues ahora, con todo el dinero que me gané con los meses trabajando con los Cappone, tengo un estudio de arte. Y una de las mejores galerías de arte en New York.

La vida es vacía. Se me alejó de todo lo que tenía para salvar mi vida. Lo que no sabían era que perdiendo todo eso, ya me estaban poniendo las horas contadas.

La luz se filtra por las ventanas de mi habitación. La casa es gigante, pero mi recámara pequeña. Mía, porque a pesar de que me casé con mi primo, no comparto la intimidad. Creo que fue como todos los matrimonios: por conveniencia.

Abro los ojos lentamente, aun esperando ver a Mileto entrar corriendo a mi habitación, así como aquella mañana. La última mañana en la casa Cappone. La última mañana con mi hermano.

¿Qué he sabido, desde que partí la mañana del primero de enero? Nada.

Se me ha mantenido alejada de todo, de todo mi pasado. Se me ha persuadido para empezar de nuevo, para soltar mis alas, tener hijos con mi buen amigo Grayson y olvidarme de Florida, pero no. Cuando intento olvidarme de todo esto, un peso se me instala en el pecho y un nudo en la garganta: Mileto. Mileto y su decepción al descubrir que me he ido. Mileto ignorando que yo quizá sea lo único que le queda. No puedo evitar pensar que he sido egoísta, me fui por salvar mi vida hundiendo la de él.

Mi habitación, me reconforta un poco. Las paredes están pintadas en un hermoso turquesa y al techo intenté pintarle las galaxias. Me identifico con ellas, con el universo; tan grande, conteniendo todo y a la vez tan

vacío y frío como la nada. Mi cama esta justo en medio, rodeada de estanterías con acuarelas, blogs de dibujo, lienzos sin terminar y miles de ojos en verde, intentando recrear aquellos ojos enojados que vi en un principio, pero sin encontrar aún el tono indicado. Ese es mi pasatiempo en los insomnios; intentar pintar mi pasado en un lienzo y a oleo.

— ¡Margaret!, necesito que lleves mis trajes de pintura a la tintorería —le grito a la señora de limpieza mientras bajo las simples escaleras marrones y me hago una coleta. Debe estar en alguna otra parte, intentando limpiar en una semana lo que es casi infinito. Sin embargo, me escucha o eso espero.

He intentado llenar mi vida de cosas superfluas, quizá para llenar mi vacío y soledad. Tomo las llaves que están en una cesta de la cocina gigante que ni uso; tiene mesones de madera haciendo juego con los estantes y gavetas, estilo rupestre por así decirlo. Recojo una manzana verde del refrigerador y pongo en marcha mi día.

Toda esta casa nos la regaló el FBI, mi vida ha sido totalmente regalada —y una total farsa—. Me he refugiado hasta donde voy ahora: mi estudio, mi vida y muchas pinturas inéditas de mi medio hermano.

La madera del pórtico cruje bajo mis pies. Mi pequeño Jeep rojo está afuera: pequeño, como he insistido que sea todo lo que poseo. Pero, mi flamante esposo me da lo más grande y mejor... Genial, un combatiente caído en el friendzone. Porque no es que no lo quiera, es que no podré quererlo como algo más que un primo y lo único que me queda de lo que debería ser mi vida.

Por los momentos, está en Afganistán y estoy mejor así: sola en una casa inmensa con un simple contacto profesional con quienes asean mi casa. Yo simplemente duermo en ella y paso los días pintando o atendiendo en mi negocio. Trato de hacerme lo más real posible, lo que en realidad no puede ser otra cosa que una rutina instaurada sobre la mentira.

Sin embargo, cuando hago sonar la alarma de mi auto, algo me detiene; la manzana se me cae de la boca, las manos me comienzan a temblar y los ojos se me llenan de lágrimas, comienzo a boquear como pez y me quedo sin aliento. En mi auto, con pintura o aerosol negro, está escrita la palabra: «Cuídate»

Conduzco a toda velocidad con el corazón en la boca y las lágrimas corriendo. He huido por una vida que no quiero, por proteger a mi familia, a esa que nunca he podido conocer y que irónicamente ha muerto por mí. Abandoné todo lo que aprendí a querer y me abandonó de quien enamorarme y ahora, siento que toda la parte mala está volviendo.

El tráfico está fluido, tal vez y para que vea las cosas como son: para que vea la columna de humo que viene desde la calle donde está mi galería, me termine asfixiando, aún sin estar ahí. Cuando me bajo de la acera contigua, encuentro la escena: Las ventanas de enfrente están rotas, la gente se arremolina alrededor y los bomberos intentan apagar el fuego que merma de a poco.

Abro paso, empujando gente sin tan solo un poco de éxito. Me detengo, con las lágrimas corriendo en mis mejillas, vuelvo al auto y me doy cuenta de que en la floristería de enfrente, alguien pintó con el mismo aerosol que en mi auto: Puedes correr, pero no esconderte.

Hiperventilo. Estoy tirada en el piso del baño llorando e hiperventilando. No me quedan dudas de quién está detrás de esto. Razón por la cual no pude hacer otra cosa que irme de ahí.

No llamé a la policía, aunque claramente iban llegando cuando me fui. No hice mucho escándalo, la gente no tiene por qué enterarse de mis problemas. No rogué al cielo porque nada de lo que estuviese dentro, se hubiese perdido. No creo en milagros.

En cambio, si se me hubiese quemado el alma, fuera un problema mayor. Aunque inexorablemente, con todo esto ya ha comenzado a quemarse solo los bordes de mi alma rota.

Los fríos pisos de mármol blanco en mi baño son los únicos acompañantes. No hay familia, no hay amigos... No hay nada más que recuerdos y lágrimas. ¡Vaya vida la mía!, aunque supongo que he sido yo la que me he aislado, la que lo he querido así.

Abrazo mis piernas y mirando lo blanco y poco animado de las paredes de esta estancia, los recuerdos no hacen otra cosa que azotarme como un vendaval.

Flash Back

La mañana del primero de enero del 2012 Georgia, nos da la bienvenida con el FBI tomándonos en custodia.

— ¿Es ella? —pregunta un hombre de tez morena, tiene unos lentes de sol y cuerpo atlético. Su calva brilla con el sol, cuando nos detenemos frente a un edificio de vidrios negros. Supongo que se refiere a mí y aunque tras sus aviadores no puedo verlo, siento su mirada evaluarme.

Connor asiente y solo se limita a eso.

—Watson —dice pasándome su mano y manteniendo un rostro inexpresivo.

—Mónica —respondo a su saludo y sin saber que otra palabra agregar. Tengo un nudo en la garganta y las lágrimas formándose en mis ojos, al darme cuenta de que Mileto no está aquí.

—Nada de eso —bufa el hombre, justo cuando Grayson, con cara de dormido, aparece a mi lado sosteniendo lo que parecen ser un par de maletas.

— ¿A qué se refiere? —frunzo el ceño y miro a todos los presentes. Siento la mano de Connor posarse en mi cintura y me doy cuenta de que me impulsa al interior del enorme edificio federal.

—Todo estará bien —me susurra mientras caminamos y sin poder evitarlo, siento un impulso eléctrico cuando su aliento choca con mi oreja.

—Te llamarás Amberly, naciste en... —dice el hombre leyendo la identificación en su mano— el 94 —me pasa el pequeño pedazo de plástico y me veo con el cabello rojo y corto justo por los hombros, los ojos azules y la nariz un poco más perfilada.

—Pero esa...—refuto viéndome en la pequeña foto.

— ¿No has pensado en un cambio de look? —una voz femenina aparece detrás del hombre. Es una mujer menuda, con los ojos y el cabello color avellana, aunque las raíces comienzan a notársele un poco. Viste una camisa de botones, la cual amenaza con explotar en cualquier momento en el área del busto. Sin embargo no se ve vulgar, por la chaqueta negra, el pantalón a juego y los zapatos de tacón alto.

Ese día, no estaba de humores para replicar nada. De hecho, no lo estuve por mucho tiempo. Me planté la idea de que todo esto es por Mileto. Mileto y su seguridad, ¿qué le pasaría que se supiera que yo soy su hermana?, ¿qué le haría un hombre como Misael Cappone?

La chica tomó mi cabello e hizo lo que quiso con él. Me hablaba, pero yo estaba en el aire y me limitaba a responder con una sonrisa, asentir o negar con desdén.

— ¿Y prefieres casarte en ceremonia o que nos encargemos de ello?

Esa fue la pregunta que me sacó de la bruma, ¿casar? ¿Qué? La miré a través del espejo mientras secaba mi cabello corto. Ella debió darse cuenta de mi sorpresa, porque rápidamente agregó —: El chico con las

maletas y tú...

¿Y Connor? Me dijo rápidamente el raciocinio y el nudo en mi garganta rápidamente se fue a mi estómago.

— ¿Quién ha decidido eso? —pregunté percatándome del color rojizo de mi cabello.

—Nadie lo decidió. De hecho, fue una sugerencia de tu otro acompañante... Tu vida debe dar un cambio gigante, ¿sabes? —intentó montar platica por encima del sonido del secador— No debe parecerse a la que llevabas.

Casarme, nunca pensé en casarme. Digo, todas las chicas piensan en ello. Pero yo vi esa posibilidad tan lejana... No eran mis planes a futuro. Pero si a eso vamos, el futuro tiene sus propios planes y al parecer, no le gusta que uno se haga los suyos. Tampoco pensé que la única posibilidad amorosa en el horizonte, sugiriera que me casará con mi primo.

—Solo sugirió —contesté pensando en la posibilidad de negarme— No es como si fuera a hacerse realidad.

—De hecho... —señaló el pequeño pedazo de plástico, con el cual me había limitado a jugar. Lo miré y me encontré con una razón más para un retorcijón en mi panza: Casada. Estado civil: ¡Casada!

Eso puedo repararlo, pensé de ingenua en aquel entonces. Oh, le propondría matrimonio a Connor Cappone. Pero mi plan falló. Cuando salí a la pequeña sala de espera, con la muchacha de gran busto y cabello avellana, solo se encontraba Grayson y un par de maletas.

Mi príncipe azul italiano, se fue en su caballo de hierro.

Fin del Flash Back

Todo estará bien. Las últimas palabras que me dijo, han rondado mi cabeza durante mucho tiempo. El estado se encargó de ponernos el acta de matrimonio. El estado, de hecho, se encargó de todo. Nosotros simplemente nos fuimos construyendo una vida.

Sin embargo, si miro bien la mía, no se compara en nada con lo que se ha hecho quien ahora es Brandon Mitchel. La de Amberly es vacía, casta y frívola. Lo único que llena de color mi vida, son las acuarelas, el óleo y los lápices de color.

No puedo negar que siento miedo. Estoy prácticamente sola en una ciudad y una casa enorme. Solo he hecho conocidos; cómo la mujer viuda que

vive al lado, pues Brandon conoció a su marido en uno de sus viajes.

He añorado a Cecilia y también rogado porque Connor les haya explicado lo sucedido. Tanto a ella como a Mileto. Les debo mucho.

Se podría decir, que lo único que me sostiene en estos momentos, es Brandon. Aunque decirle eso, claro está, le daría las esperanzas para un amor que para mí es meramente fraternal; superfluo algunas veces, ante la máscara que nos ármanos en las fiestas que se empeña en dar cuando regresa.

El espejo me regresa la mirada. Es grande y refinado. Hay luces, empotradas en el techo de yeso que iluminan mi cara, pero solo eso. No emociones, no algo a lo que aferrarme, no esperanzas, no maquillaje. Solo bombillas amarillas y un poco de agua de la canilla.

Dejo escapar un suspiro mientras me agarro del lavamanos. Supongo, que solo puedo aferrarme a una cosa; la esperanza de ver a Mileto de nuevo.

Se puede decir que he vivido en un estado depresivo constante. Me he llenado de dinero con mis pinturas, el trabajo de Grayson que paga muy bien y la pequeña fortuna que hice trabajando para mi enemigo. Mi enemigo y mi pasado. Que por lo que veo, se ha empeñado en perseguirme y creo que me encontró.

Un toque insistente en la puerta del baño me saca de mi trance ante el espejo. Debe ser la mujer de servicio. Intento lavarme la cara, para que no se dé cuenta de que lloré y le abro lo más sonriente posible. He aprendido a fingir sonrisas, a esconder lágrimas y a no aferrarme a nada que no sea mi pasado. He aprendido a vivir en vidas prestadas.

— ¿Pasa algo?

La mujer de unos treinta años, parece algo nerviosa. Juega con sus manos y suda un poco. Algo así como cuando rompió un perfume que tercamente, Grayson me regaló como presente por nuestro «aniversario».

—Hay una mujer que la busca —pensé en Madeleine, la viuda. Sin embargo, eso no explica su reacción— Tiene una placa del FBI y quiere hablarle...

Yo la dejo con la palabra en la boca y con rapidez bajo. Permito que mis zapatos hagan ruido en las escaleras de madera pintadas en mate y sencillas. Al detenerme, una sorpresa me llena de golpe.

Creo que nunca me dio tanto placer ver a Betzabeth. Sin embargo, siguiendo nuestro comportamiento en la casa, fruncí el ceño. Aunque

tengo ganas de correr y abrazarla.

— ¿Quién te invitó a pasar?

—No se le invita a pasar a un funcionario del estado...—contesta de una forma déspota, viendo unas fotos de la ceremonia falsa sobre la mesa en mi sala de estar— Aunque, si fuera tú y como están las cosas en estos tiempos, le dijera a la boba de tu sirvienta que no le permita a nadie el paso, Santineli.

La sola mención de mi verdadero apellido, hace que mi sangre fluya con más rapidez. El tiempo no ha pasado sobre Betzabeth. Aunque el cambio de vestimenta, del soso uniforme Cappone, al pantalón de vestir y camisa de botones, le hace un cambio favorable.

— ¿Viniste a regañarme o a matarme? —pregunto con cautela, aún al pie de la escalera.

Ella suelta una sonrisa cínica.

—Hay cosas que no se olvidan...

—Ve al grano —espeté impaciente por saber el motivo de su visita.

—Vine a advertirte, deberías agradecer —la sonrisa se borró de su cara, y su tono se volvió profundo y serio—. Te encontraron, Mónica. Debes irte...

La sola idea de irme de nuevo, de cambiar mi vida otra vez, me causó una parálisis. ¿Voy a vivir huyendo de mi pasado?, ¿Corriendo en el bosque mientras el lobo no está?

—No...—comencé a balbucear. Betzabeth simplemente sonrió, esta vez de forma sincera.

—Ven conmigo —dijo tomando su chaqueta y colocándosela, como la chica que me cambió de peinado.

— ¿A dónde vamos? —contesté aún sin avanzar.

—No eres tan estúpida como pensé —puso una tarjeta al lado de un portarretrato, se despidió con la mano y desapareció dando un portazo.

Capítulo 25

Al parecer, las autoridades de este país no se cansan de fastidiarme; los bomberos vinieron a reportar los daños esta mañana y la policía a ver si quería reportar el siniestro. Encontraron combustible dentro de la galería aunado a unos cuantos cigarrillos en el suelo. No hay que tener estudios en criminalística, para saber que fue un atentado y no tengo que ser una detective, como para saber quién es el responsable, o quiénes fueron los responsables.

Dije que no. No voy a levantar cargos, porque quiero vengar las cosas por mi cuenta. Acabar todo esto de una vez y retar al enemigo así sea para perder. Si pierdo, lo que tengo no es tan valioso como lo que obtendré: paz y liberación. Liberarme de una carga que después de todo, nunca pedí, pero que me ha hecho más fuerte.

Solo puedo decir, que luego de tener años huyendo, no les temo. No vamos a jugar eternamente el juego del conejo y la tortuga. No voy a esconderme en otro caparazón cada que aparecen.

— ¿Está bien, Señora Mitchell? —Mariza, la ama de llaves, aparece por mi puerta. Estoy recostada y sin muchas ganas de construir una plática.

—Luego de tener horas sin dormir, una preocupación más haciendo fila para ser analizada y un hambre voraz. Creo que sabes la respuesta —bufé sin mirarla y viendo fijamente las galaxias que me pinté en el techo. Esperando ser, alguna vez, una de esas estrellas en el cielo.

—Creo que puedo resolver lo del hambre voraz —la mujer dice con un tono bastante animado. Lo aprecio, pero creo que no entiende, o es que es ignorancia y falta de leer sentimientos. Pero, en realidad, lo último que quiero en mi vida, es un amigo.

Quizá es una forma de aferrarme a mi pasado el hecho de que en mi presente no quiera construir un futuro y dejar todo igual.

En vista de que no respondo, ella entiende mi indirecta secamente agrega —: Pensé en traerle unas galletas que hizo Rose, casi nunca come lo que prepara la cocinera —dejó una bandeja en mi mesa de noche y aún sin mirarla, cerró la puerta y me quedé en la soledad absoluta.

Cerré los ojos y descasé. Intentando soñar con lo que debería ser mi vida y consiguiendo nada.

Me desperté de súbito, sintiendo que debería estar en algún lado. Miro la mesa de noche y ahí está: al lado de las galletas se encuentra la tarjeta

que Betzabeth me dejó.

**

Siempre lo supe: Betzabeth me ha visto como una estúpida desde que llegue a esa casa. Aunque me lo dijo de frente aquella vez que intentó matarme.

Sabía que eras ridículamente estúpida como para gustarle. ¡Y vaya que sé a quién se debe esa frase!

Connor Cappone. El mismo que me abandonó en una oficina federal, con un matrimonio arreglado. Sí, ese Connor al que debería guardarle una que otra pizca de rencor. Más sin embargo, no siento otra cosa que ganas de ver de nuevo sus ojos verdes.

Las ganas a veces son traicioneras. El deseo de hacer algo, puede conducirte a lo más profundo de tus placeres. O a la más grande de tus caídas. Sin embargo, todo se limita a las decisiones. Y aquí estoy: en la casa número quince de la calle Wallace.

Eso es lo que decía la tarjeta de Betzabeth y eso es lo que como una borrega tonta hice: confiar en ella y venir aquí. Confiar en alguien que en el pasado intentó matarme, parece demasiado tonto de mi parte. Pero esto me comprueba una cosa: Amberly no mató a la chica tonta de las películas de terror.

Tomo un respiro y decido si bajar o partir. ¿Qué pretende Betzabeth con todo esto? Dejo caer mi cabeza sobre el volante de mi Jeep y pienso si sería mejor quedarme en el confort de sus asientos en cuero negro. Por lo menos, ahora pienso antes de hacer las cosas. Ahora sé que un sí o un no, puede cambiar el curso de mi vida, de mi historia. Nadie escribe mi destino, solo yo con mis decisiones.

Abro la puerta de mi auto, no sin antes mirar de nuevo por la ventana del Jeep. Es una casa pequeña, pintada en un azul que se está desconchando, con un ligero toque de blanco en los marcos de las ventanas, que por lo menos, están limpias. Hay una hamaca colgando entre los pilares, que sostienen un barandal de un color a juego con el marco de las ventanas y un escalón de madera roto para llegar al pórtico. Lo sé, porque lo recorrí para poder llegar aquí: a la pequeña puerta que tiene como a dos centímetros el timbre estridente, que hago sonar con un poco de desdén.

¡Sorpresa! Parece que me faltó gritar esa palabra a los cuatro vientos como si fuese una fiesta de cumpleaños.

—Vas...—Connor parece incómodo, mientras se pasa la mano por su barba

de dos días— ¿Vas a pasar?

— ¿Vas a invitarme? —me doy cuenta de que viste una bata de baño verde manzana, la cual está un poco descosida en los bordes. Debajo, tiene unos pantaloncillos cortos y una franelilla.

Él está sin habla, así que solo asiente y abre un poco más la puerta y me adentro a la pequeña casa con un poco de impacto. El interior está hecho un desastre.

Hay una mesa en el recibidor, con un par de cervezas de lata y ropa amontonada sobre ella. Las sillas están dispersas con las respectivas cestas de ropa vacías. Miro a mi izquierda y me encuentro con una pequeña cocina; está tiene una gran pila de platos sucios y vasos derramados.

Observo a mí alrededor, iluminado solo por una luz tenue y amarilla procedente del techo y me pregunto ¿qué le paso a Connor Cappone?

—No es mía —explica, poniendo una de las cestas sobre la mesa. Me pasa la silla de madera, bastante sencilla y yo tomo asiento— Me la facilitó el trabajo... Con todo y mugre —todavía le percibo nerviosismo en la voz, como si se preguntara, ¿qué hace aquí?

—Yo...—comienzo a hablar y él toma asiento frente a mí— Betzabeth, me dijo dónde estabas —le paso la pequeña tarjeta estilizada, y suelta un bufido mientras la examina.

Pensé en encontrarlo. Imaginé como sería verle de nuevo, la explosión de recuerdos, las preguntas y respuestas. Pensé en todo, pero no que los pendientes con los que quedamos y lo abrupto de su adiós sin palabras, se unieran en un gran cúmulo de silencio y hastío.

—El trabajo, ¿eh? —solté mirando las paredes en rojo.

Asintió sin mirarme a los ojos.

—Sigo en el FBI.

— ¿En cubierto?

—Esa es mi área...

Me di cuenta de que si él no me mira a los ojos, no es porque no quiere, es que no puede, al igual que yo. Que mil y un cosas pasan por su cabeza, como por la mía y que su corazón, tengo la esperanza, esté tan acelerado

como el mío.

—Así que... Te fuiste —dije por fin. Reuniendo las palabras y el coraje suficiente. Intentando que las lágrimas que comenzaban a acumularse en mis ojos, pareciera una simple alergia por tanto sucio.

Él pareció detenerse en el tiempo, congelarse ante mis acusaciones.

—Era necesario —masculló sin mirarme directamente—. Te mereces lo que tienes...

Me merezco lo que tengo, ¿en serio?

En ese momento, me entraron ganas de pegarle. Tuve ganas de abofetearlo y gritarle en cara mi abandono.

Sin embargo, puedo notar que esas eran cosas de Mónica y me doy cuenta de que Amberly, es todo lo contrario. Soy una gran caja de diplomacia, infundida en controlar sus impulsos y lo suficientemente madura, como para permitir que su depresión constante le permita hablar las cosas.

— ¿Y que tengo? —dije soltando una sonrisa sarcástica— Creo que Mónica lo perdió todo aquel Enero y que Amberly, de un modo contradictorio, se ganó la soledad...

— ¿Soledad? —me miró de pronto, como si no entendiera— Te casaste —pronunció la última palabra como si significara mucho.

—Según la ley y las máscaras que he montado durante dos años.

— ¿Y qué me dices del imperio que construiste con tu arte?

—Claro, —sonreí con cinismo— la chica que casi no tuvo educación en el arte, surgida de la nada y que pinta grandes ojos verdes cuando tiene insomnio.

Connor se levantó de golpe al tiempo que se pasa sus manos por su cara. Está un poco más relleno y su cara de niño, se ha suplantado por la de un hombre maduro. Sus ojeras, comienzan a hacerle trasfondo a sus ojos. Pero no causándole fealdad, sino más bien haciendo que parezcan un poco más oscuros. Sí, Connor Cappone sigue siendo tan atractivo, creído y confuso como siempre.

—Creí que era lo mejor para ti.

—Nunca preguntaste que era lo que quería...

— ¿Y que querías? —sus ojos tienen dos grandes interrogantes. Sin embargo, me levanté y me dirigí a la puerta.

—Eso ya no importa —susurré decidiendo irme. No obstante, cuando abrí la puerta, recordé preguntar lo que me ha estado torturando estos años. Pero cuando me di la vuelta, tenía los ojos de Connor de frente.

—Ya saben dónde estás —dijo en el pequeño y estrecho pórtico— ¿Es por eso que Betzabeth fue a verte? —sus palabras sonaron más como una afirmación.

Yo di un paso hacia atrás.

—Creo que sí. —dije sin saber que responder— Pero me niego a huir...

Él parece estar considerando las cosas, pensándolas un poco.

—Misael Cappone, no merece mi miedo —contesté un poco más segura de mi misma, como justificando mis palabras y las razones para quedarme.

Connor se acercó un poco más.

—Misael Cappone, murió en el ataque Santineli hace dos años...

La noticia me dejó helada, como si me hubiesen abofeteado.

—Pero, ¿cómo? ¿Quién me busca entonces?

El chico se acercó con cautela, como temeroso de lo que iba a decirme.

—Mileto, quedó a cargo de la mafia. Mileto Cappone, es quien da las órdenes ahora...

—Es solo un niño —le grité pensando en mi pobre hermano.

—Al que mi padre le dejó todo...—reflexionó en un tono cortante— Y él decidió tomarlo, luego de que te fuiste...—negó con la cabeza.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y entonces lo supe: Mileto quiere asesinarme.

Salí corriendo a casa. Dejé a Connor en su pórtico, tomé mi vehículo y sin escuchar más conduje a toda velocidad.

Mi propio hermano intenta asesinarme. Pero, ¿por qué? No he hecho más que amarlo estos dos años, esperar volver a verlo y arrepentirme una y

otra vez de abandonarlo. No he hecho más que detener mi vida. Ponerle stop al Puzzle que construía y esperar a tenerlo para volver a comenzar.

Mis lágrimas caen mientras conduzco. Aunque estoy sola, ver a Connor me ha reconfortado un poco. Ese encuentro, comenzó a llenar a cuentagotas el vacío que se ha cernido en mi interior en este espacio de tiempo, en estos dos años en los cuales he vivido aferrándome a mi pasado.

Bajo de mi auto un poco aturdida. Con el mundo girando, o quizá la que gira soy yo. Me dejo caer en el pasto de la entrada a mi casa. El sol está en su punto más alto en el cielo y el sudor recorre mi cara, mezclándose con mis lágrimas.

Me quedo aquí. Como si intentara hacer ángeles sin nieve, preguntándome ¿qué haré con mi vida? Y sin saber muy bien, como sobreviviré o si es que quiero hacerlo.

Debí haber muerto hace tiempo, pero siempre hay alguien que lo impide. Siempre hay dos centímetros entre la muerte y yo. Eso y una gran muralla que me resguarda.

Sé que sonaré mal agradecida, pero no quiero tener un protector. Quiero más bien dejarme caer al vacío, liberarme del mundo o que el mundo se libere de mí.

Debería morir y si lo hubiese hecho ya la vida no sería tan complicada para algunos. Si hubiese fallecido, Mileto no querría matarme y yo no tendría que cargar con este peso de saber que hay una vida que debo vivir, pero que no puedo porque me he quedado atascada.

Cierro los ojos, dejo escapar el aire, me siento en el césped y me enjuago lágrimas con mis manos.

¡Me parece estúpido! ¡Toda mi vida me parece tonta y una gran farsa! Huyendo sin saber de la mafia, de mis raíces. Protegiendo mi vida por el bien de los demás, luchando por mantener a flote el egoísmo de mi familia y ahora esto: mi propio hermano quiere verme muerta. Me tiene en el juego del gato y el ratón: dándome el ultimátum, dejándome correr. Pero tarde o temprano, acabará matándome. Una ola de ira me recorre y me siento patética tirada en el suelo.

De repente, cuando miro hacia la casa y observo que están unas maletas en la entrada. Me levanto y corro hasta el pórtico estilo colonial. En ese momento me percató de que Grayson está en casa. Sus llaves están en la mesa del recibidor y cuando miro a la sala puedo ver que está leyendo el

periódico en el sofá.

El mismo periódico donde dice lo ocurrido en la galería.

—Te enseñó a manejar y desapareces por obra del hada madrina —dice sin bajar las noticias y dignarse a mirarme.

—No te esperaba...

—Debías saber que estaría aquí en unos seis meses —bajó el periódico y me miró a los ojos. Está un poco más bronceado y se puede ver que ha adelgazado más.

Tiene razón. Sabía que volvía este mes, pero estaba tan distraída pensando en mi pasado, que se me olvidó estar pendiente de mi futuro.

—Yo... Lo siento —susurré— He estado pendiente de otras cosas...

— ¿Otras cosas? —se levanta con una sonrisa sarcástica en la cara. Lleva unos pantalones de chal y una franelilla azul índigo— Si queremos que este matrimonio funcione...

Lo miro incrédula al tiempo que interrumpo su oración —: Si tú quieres que éste matrimonio funcione. Y no es ningún matrimonio —le recrimino señalándole con el dedo—. Sabes bien que es una gran farsa.

Me mira fijamente, parece herido luego de lo que he dejado salir.

—Vaya —suspira, toma su barbilla y mirando hacia abajo. Tengo ganas de disculparme, de decir que lo siento, pero sé que con eso no lograré reparar nada.

—En realidad, tienes razón —susurra—. No he hecho más que suponer que me amas —entonces todo se detiene y aunque he estado todos estos años sabiéndolo, él nunca ha dejado salir la siguiente frase—, porque yo te amo.

Los ojos se me llenan de lágrimas, ya sé que me han amado, pero no es lo mismo que alguien lo diga y aunque no siento lo mismo que él, algo me impulsa y me lanzo a sus brazos. Grayson es lo único que tengo y quizá deba darme una oportunidad con él. Aferrarme a algo, sostenerme de él para no terminar cayendo.

Debo hacer lo que debí hacer hace tiempo: crearme una oportunidad al progreso, una vida para Amberly. Apartar todo lo que ha sucedido, comenzar de nuevo. Olvidar que mi hermano quiere matarme y volver a

huir incansablemente.

Sus brazos son fuertes, sin embargo, no hacen que me sienta ni la mitad de protegida de cómo me sentí cuando Connor puso su mano en mi cintura. Me veo obligada a apartarle de mis pensamientos, porque justo en ese momento e inesperadamente, Grayson me besa.

Sus labios son fríos y saben a café. Nos hemos besado antes, en las fiestas que ofrece cuando vuelve. Pero esta vez, no sé porque creo que es más íntimo, más voraz y no tan satisfactorio.

Lo aparto trémula y tiesa al mismo tiempo, con la mente maquinando a mil por hora. Hay una distancia de cinco centímetros entre ambos y es lo más cerca que he estado de él en dos años de matrimonio.

—Mileto...—comienzo a decir.

—Te busca —completa— y no voy a abandonarte. Te protegeré —susurra y coloca un mechón rebelde de mi cabello tras mi oreja—. Quiero que comiences de nuevo conmigo.

Y aunque me parece que sus palabras son reconfortantes, sus razones me parecen egoístas.

Capítulo 26

Mileto me busca, la mafia viene por mí y aunque suena amenazador viéndolo desde una perspectiva distinta, a mí no me asusta. Si viene por mí, quiere decir una cosa: Veré a mi hermano de nuevo.

La fachada de mi pequeña galería me entristece un poco. Para ser sincera, es un recordatorio constante de mis raíces, mi pasado. El pasado que siempre es presente.

— ¿Vas a esperarlo? —pregunta una voz que hace eco por la construcción, negra y destruida.

—No sé dónde hacerlo —le contesto a Connor, aún sin mirarlo a la cara.

Escucho una sonrisita y luego siento su mano en mi hombro.

—Él ya sabe dónde encontrarte, así que no tienes que esperar en algún sitio específico.

—Sé que puede que sepa dónde estoy, pero pensé que volver aquí sería mostrarle que estoy desarmada.

Las lágrimas comienzan a extenderse por mis mejillas y con la gran magnitud que me permite el pecho, agradezco que esté aquí. No le demuestro nada, sigo de espaldas a él observando la destrucción y los tres únicos pilares consecutivos que siguen en pie. Lo demás está quemado, en el suelo o roto.

—Tendrán que trabajar mucho en esto —Connor cambia de tema sabiendo que hay emociones que comienzan a abrumarme.

—El lunes comienzan las reparaciones —aclaré encontrando mi voz.

— ¿Y cuándo comenzarás a reparar tu vida? —tomó posición frente a mí y me miró a los ojos.

— ¿Cómo es que sabes siempre donde me encuentro? —indagué tratando de cambiar el tema y aunque parezca extraño, con la esperanza de que ignorara mis palabras y volviera al caudal por el que iba.

Sin embargo, no fue así.

—El FBI dejó de seguirte desde que te renovaron la vida.

—De nuevo —apunté recordando que nunca he vivido como debería.

Él ignora eso y siguió hablando —: Pensaron que estabas fuera de peligro. No obstante, conozco a la mafia y sabía que no era así...

—Y no te equivocaste —completé su frase y él me señaló dándome un punto a favor.

—Seguí trabajando para ellos, mejoré mi vida y aun así, seguía metido en la tuya. Siempre que tenía oportunidad —mordió la parte interior de su mejilla y continuó su frase— Soy tan masoquista que te buscaba, te ubicaba y cuando supe que Mileto hacía lo mismo...

—Mandaste a Betzabeth a buscarme —abrí los ojos como platos mientras asentía en respuesta.

—Siempre cumplo mis promesas, por más dolorosas que sean. Mi palabra vale más que muchas cosas. Sin embargo, el costo de tu vida está por encima de mi palabra, de mis principios y de tu herencia.

Al recordarme lo último, una sobrecarga de emociones me recorrió.

—Mi herencia...—dejé salir en un grito.

—El FBI quiere que te olvides de todo eso, Mónica —no sé por qué, pero al dejar salir mi nombre de sus labios, un choque de nostalgia me invadió de tal forma, que no pude evitar llorar.

—No puedo hacer eso —contesté evitando su mirada.

—Pero puedes evitar llorar —me toma por las mejillas al tiempo que limpia mis lágrimas.

—Si no quieres estar en mi vida, entonces ¿por qué siempre te apareces?
—pregunté sintiendo mi alma más rota que nunca.

Parece que mis palabras acaban de dejarle indefenso, vacío y con un sabor agrio a melancolía. Retiró sus manos de mi cara, se alejó dos pasos y respondió —: Supongo que sé que me quieres en tu camino y que en el fondo comprendo que te quiero en el mío. Sin embargo, es mejor que nos tratemos como desconocidos.

Comenzó a caminar hacia la salida custodiada por una cinta amarilla; aunque lo llamé con insistencia no caminó ni miró hacia atrás. Entre lágrimas me quedé ahí: en los escombros de mi vida vacía.

Siento que he nacido para esto: para vivir llorando y en depresiones constantes. Mi alma, debió haberse portado mal en algún momento para

recibir un castigo así. Sé que cuando muera, a manos de mi hermano quizá, seré el eterno fantasma triste de la heredera y pintora que vaga por las calles de Italia.

**

El frío, se extiende por mi cuerpo en cuanto el azote de la puerta principal, se extiende por la casa.

—Así que vas a dejarme —la voz de Grayson suena afligida. Yo lo escucho desde el suelo de la sala. Aquí estoy: recostada, mirando el techo y pensando que debí haber pintado estrellas por toda la casa.

—Nunca he dicho que fuera a hacerlo, porque para ser sinceros, jamás ha existido nada entre los dos.

Mi primo, porque jamás tendrá otro parentesco real conmigo, toma asiento a mi lado.

—Viene a verte —y aunque no lo nombra, sé a quién se refiere.

—A darme caza, lo sé.

— ¿Sabes qué lo más probable es que te mate?

—Las probabilidades, no son sucesos sostenidos por el tiempo o las palabras. Están ahí, estáticas y dependiendo de mil y una cosa del futuro para volverse reales —sigo mirando el yeso, pero ahora luego de decir eso, las lágrimas han comenzado a formarse en mis ojos. Porque sé que no hay nada que diga para que él no acabe matándome.

El silencio se hace dueño de la habitación y la respiración de Grayson me abraza.

—Puedes quedarte con la casa —le digo a ese casi desconocido que tengo al lado. Ese que está sentado con los pies pegados al pecho y la mirada perdida.

—No tendré nada con que llenarla —dice por fin y siento que está aceptando el inminente divorcio.

Suelta un suspiro y extiende su mano por mi cabello.

—Lo siento —susurra y entonces veo el pañuelo blanco en mi cara; lo siguiente que recuerdo es la nada.

No veo nada, ¿o es que estoy rodeada de nada? Mis brazos duelen y siento una suave brisa con un leve olor floral. ¿Cómo es posible estar rodeada de nada? Lo último que recuerdo es a Grayson. Grayson sosteniendo un pañuelo blanco sobre mi cara. Luego oscuridad.

—Grayson —clamó en busca de su aparición. Tengo la esperanza, de que haya cambiado mi ubicación, apartándome del mundo. — ¿Grayson? —intento localizarlo o al menos saber que no estoy sola. Sin embargo, al devolverme el eco de mis palabras, me doy cuenta de que solo la amiga soledad me acompaña.

Mis manos están amarradas. Lo sé, porque una presión fuerte, provoca que mis manos comiencen a hormiguear. Mis sentidos están en su máximo volumen, aunque siento que aún estoy medio dormida.

Me culpo por esto. Me recrimino el haber confiado en alguien alguna vez. En haberle dado la mano a una persona, para que luego me halara al suelo. Siempre he estado en el suelo. De hecho, sé que no me he levantado y es mi culpa.

Me he aferrado a la puerta del pasado. No me he percatado de que el tren me dejó en la estación, que por mucho tiempo pensé equivocada. Sin embargo, la vida jamás se equivoca y menos te deja donde no mereces.

Estoy aquí: tirada en el helado piso de una habitación, de quien sabe dónde con los ojos vendados, las manos amarradas y la vida en un hilo. El tren me dejó donde aprenderé la mejor lección. Solo debo descubrir cuál es.

¿Qué puede enseñarme todo esto?, ¿es una cruel burla del destino? ¿Acaso alguien allá arriba se ríe de mis desgracias? Tomo una bocanada de aire y sigo percibiendo este olor familiar, peculiar y sublime.

— ¿Alguien puede oírme? —copio las palabras de la típica película de terror. No obstante, hay un problema con ello: esas historias no tienen finales felices y quizá yo tampoco tenga uno. El único final conocido en cada historia, es la muerte.

Bueno, el final completo, porque entonces me doy cuenta de que todas las historias escritas con un «vivieron felices por siempre» están a la mitad. Les falta un pedazo. Todos, absolutamente todos, acabamos muriendo y tal vez este sea mi final no tan feliz, pero al fin y al cabo final.

Otro problema con esa última pregunta: luego de vocearle, quien te escucha no es la ayuda, sino la desgracia. Desgracia. Se puede decir que mi vida ha estado marcada de ellas. Un sin número de símbolos de mala suerte, se juntaron cuando nací y el producto fue una reacción en cadena de explosiones inmemorables: La hija de un mafioso. La heredera de una gran fortuna maldita. La hermana del jefe de los Cappone. La esposa postiza de un traidor y la enamorada sin remedio de un soplón.

Sí, Mónica Santineli has nacido bajo el signo de la desdicha. Sin embargo, apartando mi reciente sentimiento de autocompasión, me doy cuenta de que también estoy descalza y sin ataduras en los pies. Vaya captor ingenioso, amarrar mis manos, cerrar mi visión y dejar mis pies a la deriva.

— ¡Grayson! —vuelvo a gemir su nombre. Estoy hecha polvo, debo admitirlo. El cansancio y las punzadas en mi cabeza, comienzan a caerme encima.

El olor a flores comienza a molestarme y de repente, reconozco los olores que me rodean: Lirios. Los lirios blancos sobre el escritorio de la casa Cappone. Un estremecimiento me recorre al recordar que es primera vez que las huelo en dos años y medio. Mi memoria me transporta a mi antigua habitación y mis recuerdos hacen que me hunda de nuevo en las lágrimas.

Si debí o no abandonar a Mileto, ya no importa demasiado. Lo hecho quedo ahí: escrito en tinta sobre el papel imaginario del destino. Ahora mismo, sé que estoy pagando la ley de causa y efecto. Me temo, que muy a mi pesar, alguien allá arriba me odia.

Unos pasos me sacan de mis cavilaciones. Alguien está cerca. Alguien me acompaña. ¿Será la muerte? Pero, la venda que me aislaba del mundo se retira de mi cabeza. La oscuridad de a poco maltratándome la vista, me da la bienvenida a un espacio iluminado por la luz del día. La sombra, le da paso a mi antigua habitación.

Jamás estuve feliz de estar en la casa Cappone. Llegué prácticamente secuestrada la primera vez. Recuerdo el miedo y el pensamiento de que iba a morir. O más bien no es tanto un recuerdo, sino una realidad.

Hoy también llegué secuestrada y hoy sí voy a morir.

Mi vista se fue adaptando a la estancia. Vi de nuevo los lirios, esta vez están un poco marchitos. El closet, el suelo en mármol con mis pies descalzos y en la puerta la vi.: Cecilia Cappone está sonriendo y un muchacho un poco más alto le acompaña.

Mileto y Cecilia me dan la bienvenida a la casa.

—No entiende nada —bufó Mileto con una sonrisa sarcástica. He vuelto a verlo y las palabras se han quedado atascadas en mi garganta.

—Siempre ha sido un lirio —se jactó Cecilia—. Ni hablar del estúpido de Grayson. No se dieron cuenta de que fui yo quien sugirió a mi padre que seguías viva; debieron ver su cara cuando descubrió que no había nada en aquella tumba.

Las palabras mordaces de Cecilia, me han dejado un hueco en el estómago y observando desde el suelo a Mileto, me doy cuenta de lo mucho que se ha comenzado a parecer a mi padre.

— ¿Qué? —de una forma patética, esa pregunta fue lo único que logré articular.

Las facciones relajadas de Mileto, se transforman en un gran cumulo de ira que arremete contra mí.

—Me abandonas por dos años y solo me preguntas: ¿qué? —el muchacho intenta lanzarse. Sin embargo, por lo que logro ver a través de mis lágrimas, Cecilia lo contiene.

—Mileto —susurra ella—, no vale la pena gastar energía en esto —lo sostiene por sus mejillas y lo mira a los ojos—. Ella no merece ni tu odio.

¿No merezco qué? Las palabras de Cecilia convierten mi corazón en hielo. Pero, no tengo tiempo para llorar.

— ¿Qué pretendes hacer? —Completo lo que intenté preguntar— Mileto, hay mucho que explicar —mis palabras sonaron esperanzadas. Pero, el chico apago todo ánimo con su mirada emponzoñada.

—Te espero abajo —mascullo el chico hacia Cecilia y salió sin mirar atrás.

Mi cuerpo, sentimientos, mente, alma y corazón, comenzaron a desintegrarse al escuchar los pasos de Mileto alejarse. Quise gritar, pero la rubia mirándome desde la puerta me dejó aún más confundida.

—Mi madre amaba el jardín y las flores. Me enseñó todo sobre las plantas y sus significados —comenzó a hablar la rubia con un tono déspota—. Y tú, eres un lirio... Tan inocente e ingenua. Te los dejé como una pequeña advertencia —rio entre dientes y cerró la puerta. Me dejó ahí, con más preguntas que respuestas y como es de costumbre, con una lágrima a media mejilla.

Capítulo 27

¿Cómo llegué aquí? Mis ojos arden, pero no por la venda, la falta de visión prolongada, o el posible consumo de drogas. Ha sido por llorar. Me he pasado los últimos años en eso: Llorando. Y es que, cuando mi vida ha rondado en círculos a la desgracia, ¿qué más me queda?

No he querido avanzar, no es por ser estúpida. Sino por la presunta razón por la que los fantasmas rondan la tierra: Sé que algo queda por hacer en esta vida antes de seguir mi camino. ¿Me he convertido en un fantasma? Quisiera que fuera así. Desearía que todo esto fuese producto de la otra vida y hace tiempo haber muerto. Haber descansado en paz.

Mi baja autoestima me asegura que todo estaría mejor sin mí. Sin embargo, aquí estoy: Dando la pelea sin quererlo y luchando por razones insuficientes. Puedo irme. Puedo dejar esta casa o esta vida si así lo deseo. Pero no, no puedo dejar a Mileto así. No puedo escapar sin aclararle que aún sin saber que existía, lo he amado de una forma infinita. No quiero dejarle el capítulo así, debo cerrarle el libro brindándole aquellas respuestas que ni a mí me han dado.

Me quedo mirando con fijeza las flores y comprendo cómo es que aparecían. Por fin proceso lo que pasó luego de que Mileto se fuera: Cecilia me odia por alguna razón. Cecilia dejó estas flores para recordarme que soy ingenua. Para recordarme mi miseria.

Grayson. ¿Cómo pudo traerme hasta acá?, ¿por qué hizo tal cosa?, ¿por qué a mí? Esa última es muchas veces la razón de mis insomnios.

Estoy en medio de mi antigua habitación, en la cual nada ha cambiado. Miro hacia el armario y me pregunto si todavía descansa tras su puerta, aquello tan valioso que dejé hace años: Mi foto con Mileto.

Volví, no sé muy bien cómo pero estoy aquí: En la casa del enemigo. En la casa de mi enemiga. Cecilia Cappone, quien una vez creí Regina y mi amiga. Vaya impacto, aunque me fallé creyendo en ella y esperando caramelos. Sin embargo, al final me regaló la semilla para la planta de limones.

No esperes nada de nadie me regañó el subconsciente. Y es que, las personas son como los ríos: A veces son transparentes, pero tienen piedras en el fondo y no sabes que está debajo de estas.

Si no acabé por conocerla, ¿cómo voy a saber sus razones para querer herirme? Por lo visto, ella sí me conoce. Cecilia sabe que no voy a irme,

no por voluntad propia.

Intento levantarme, mis pies se sienten inestables al igual que mi cabeza. Mis muñecas siguen atadas y comienzan a gritar por un poco más de sangre.

Como puedo, me voy hacia aquel escaparate abandonado o eso me hace suponer esta capa de polvo que lo recubre. Parece que nadie más lo ha tocado. Me quedo en frente de él, pensando como haré para abrirlo con mis manos atadas.

El cerebro me regala una idea: me pongo de espaldas y ubico la cerradura de este entre mis ataduras. Halo hacia el frente y con un estremecimiento, consigo mi cometido. El escaparate está abierto y deja frente a mí algunas cosas olvidadas, entre ellas lo que busco.

El pequeño Mileto sigue sonriente, inocente y con las vagas aspiraciones del futuro que se tienen a esa edad. Ojalá se hubiese quedado así. Siento el deseo de tomar la foto entre mis manos, de tener a ese pequeño niño de nuevo entre mis brazos. Deseo que mi vida no hubiese cambiado, que siguiera igual. Sin embargo, algo que detiene.

Mis sentidos se sienten más claros, más agudos y puedo sentir los pasos de alguien en el pasillo. El corazón se me acelera y me pregunto si debería estar sentada esperando a la muerte.

Con la rapidez que mi reciente dopaje me permite, me recuesto contra la puerta, provocando así que con un chirrido acabe por cerrarse. Mis manos sudan y si no he intentado soltarme, es porque de una manera muy estúpida espero que Mileto venga y se compadezca de mí.

Sé que es patético depender de la lástima, pero en estas instancias, la compasión es lo último que me queda para poder hablarle y contarle como fueron las cosas.

La manilla de la puerta se mueve hacia un lado y mi corazón es lo único que se escucha en unos cuantos metros a la redonda. No sé qué esperar. No sé qué cara veré cuando esa puerta se abra, lo único de lo que estoy segura, es que acabaré infartada o con un disparo entre mis cejas. Inevitablemente, acabaré muerta por una herencia que no me interesa, o por el odio incomprendido de Cecilia Cappone.

Cuando por fin la puerta está abierta, un estremecimiento me recorre por la columna vertebral.

—Grayson y sus planes estúpidos —resopla Connor observándome desde

la puerta.

— ¿Me encuentras atada de manos y no haces otra cosa que mirarme?

—Te ves hermosa hasta secuestrada —rueda los ojos y me ve con fijeza—. Hay un plan, Mónica.

Que diga mi nombre, hace que me estremezca, aunque en estos instantes no es buena idea que se ponga a lanzarme flores.

—Habla de una vez —rugí un poco cansada de su actitud confusa.

Me enoja que alguien más haga planes en torno a mi vida. No obstante, si ya me metieron en esto, no me queda más que seguirle. Me mira con actitud seria, cierra la puerta y suelta un suspiro. Así como de alivio.

—Cecilia cree que estamos de su lado —suelta de una vez—. Sin embargo, yo estoy aquí para protegerte.

Pone sus manos en los bolsillos y viendo mi cara de confusión termina de hablar.

—Te casaste con el amor de su vida —dice aclarando mis pensamientos—. Esto no es por tu herencia, tu dinero o Mileto. Eso que tiene en tu contra es personal.

El corazón se me instala en la garganta y mis manos comienzan a temblar y sudar más que antes.

—Pero tú...

—Lo sé —bajo la mirada al piso y con un asentimiento comprendió lo que iba a decirle—. Fue mi culpa. Sin embargo, ya está hecho. Grayson y yo les mataremos y...

— ¿Mataremos? —el plural me puso el corazón en la boca.

—Mileto la alaba, Mónica —se puso en cuclillas, como cuando se le explica algo a un niño de preescolar—. Si Cecilia no te dispara, Mileto lo hará —la seriedad en sus ojos verdes, me heló los huesos.

Mis lágrimas comenzaron a asomarse, renuentes a la posibilidad de perderle.

— ¡Es solo un niño! —grité tanto como la discreción me dejó.

—Tenemos que arrancar de una vez ese tumor de tu vida —susurró Connor en un tono conciliador—. Si quieres estar tranquila, debemos

quitar la hierba mala.

Un frío se me instaló en la boca del estómago. Todo se reduce al final, entre mi vida o la de mi hermano.

—Es tu medio hermano —susurré con esperanzas a flor de piel.

—Y tú el amor de mi vida —sus palabras en un momento como este, me parecieron absurdas. Sin embargo, con todo y eso, el sentirme querida en un momento como así, me produjo una sensación de paz. No obstante, no duró mucho, porque lo que vino luego me dejó fría—. Él fue la razón por la que mataron a mi madre —Connor se levantó y con vacilación prosiguió.

>>Cuando Misael Cappone se enteró de que mi madre estaba embarazada, enfureció. Al nacer Cecilia, un año después que yo, se hizo una vasectomía; era imposible que Mileto fuera suyo. Sin embargo, calló. En silencio comenzó a buscar al padre. Así que esperó que el niño estuviese por nacer y cuando estaba en la clínica llamaron anónimamente a tu padre, esperó a que saliese de tu casa y... —sus lágrimas comenzaron a correr. Pero, no me mira— que resultó ser el tuyo. Mi madre y tu padre, se encontraron luego de muchos años, con un amor intacto y siendo la mitad del otro —no pudo seguir hablando y se arrodillo de nuevo.

Sus palabras me enmudecieron y al quedar a mi altura y con sus ojos comenzando a enrojecerse, susurré —: Así como los números son la mitad de otro, las personas también somos una parte de otra. Mileto no tiene culpa de...

Connor se puso tenso y no me dejó terminar cuando se levantó.

—Sé que eres mi mitad, pero la situación nunca se ha dado para un romance —secó sus lágrimas y volviendo hacia la puerta agregó —: Saldrás de aquí, no voy a perderte.